la importancia de los
ETCÉTERAS

Col·lección d'altres núm. 35

Autores textos: ~~Isabel Blas, Antonia Jover, Adoni González, Lola González, Paquita Cruz~~

Corrección: Mar Olivé

Transcripción: Romina Martínez

Coordinación del proyecto: Quim Cornelles, Manuel Moreno

Fotografias:
Arxiu Fotogràfic Fundació Pere Ardiaca, Archivo familiar Isabel Blas

Maquetación:
DeBarris sccl

Portada: Juan Linares

Dibujo portada: Irene Sá

Edita:

FUNDACIÓ PERE ARDIACA
www.fpereardiaca.org
Av. Portal de l'àngel, 42, 2on
08002-Barcelona

DeBarris
www.debarris.com
c/ La Perla, 31 baixos
08012 Barcelona

con la colaboración de:

MINISTERIO DE LA PRESIDENCIA

Imprime: Zukoy

Depósito Legal: B-6.481-2011
ISBN: 978-84-938421-4-7

La importancia de los etcéteras

Índice

Presentación, ...5
Introducción 9
Isabel Blas 15
Antonia Jover..... 73
Adoni González..... 97
Lola González..... 117
Paquita Cruz 147

Presentación

Joan Josep Nuet i Pujals

Preguntas de un obrero ante un libro (1934):

Tebas, la de las Siete Puertas, ¿quién la construyó?
En los libros figuran los nombres de los reyes.
¿Arrastraron los reyes los grandes bloques de piedra?
Y Babilonia, destruida tantas veces,
¿quién la volvió a construir otras tantas? ¿En qué casas
de la dorada Lima vivían los obreros que la construyeron?
La noche en que fue terminada la Muralla china,
¿adónde fueron los albañiles? Roma la Grande
está llena de arcos de triunfo. ¿Quién los erigió?
¿Sobre quiénes triunfaron los Césares? Bizancio, tan cantada,
¿tenía sólo palacios para sus habitantes? Hasta en la fabulosa Atlántida,
la noche en que el mar se la tragaba, los habitantes clamaban
pidiendo ayuda a sus esclavos.
El joven Alejandro conquistó la India.
¿Él solo?
César venció a los galos.
¿No llevaba consigo ni siquiera un cocinero?
Felipe II lloró al hundirse
su flota. ¿No lloró nadie más?

Joan Josep Nuet i Pujals
Secretari General del Partit dels i les Comunistes de Catalunya

Federico II venció la Guerra de los Siete Años.
¿Quién la venció, además?
Una victoria en cada página.
¿Quién cocinaba los banquetes de la victoria?
Un gran hombre cada diez años.
¿Quién pagaba sus gastos?

Una pregunta para cada historia.

Bertolt Brecht escribió en 1934 este magnífico poema en el que habla de los hombres y las mujeres desconocidos pero protagonistas de la historia. Y es cierto, la historia ha sido escrita por los vencedores, y la mayoría de veces esto coincide con los poderosos, o sea, las clases que impusieron sus intereses y sus representantes políticos, económicos, sociales o culturales.

Recuerdo últimamente dos actos en los que he participado y en los que utilicé parte de este poema como inspiración de mis palabras, el primero en el barrio de La Pau de Badalona, en el 50º aniversario de su asociación de vecinos. Allí hablé de la gente que verdaderamente ha construido Catalunya, como los vecinos y vecinas del barrio de La Pau, cuyos nombres son muy conocidos, vinculados al sindicalismo, al movimiento vecinal, a la militancia de izquierdas. Personas llenas de pequeñas y grandes heroicidades que son poco o nada citados por los libros de historia. El otro acto fue en el municipio de Montcada i Reixac, donde resido, en un homenaje a viejos militantes como Diego Álvarez, militantes que lo han dado

todo por la lucha vecinal y revolucionaria y que a cambio no han pedido nada para ellos y ellas, simplemente el placer y el orgullo de la militancia comunista.

Los liderazgos políticos o sociales de la lucha emancipatoria requieren una plena relación con el sujeto colectivo, lo que llamamos las masas, las personas, nuestro pueblo en general y los trabajadores y trabajadoras en particular. O al revés, la acción emancipatoria de las personas requiere liderazgos vinculados, surgidos o plenamente representativos. Hay que establecer el equilibrio entre los valores de las personas y la representatividad colectiva, ninguna de las dos facetas puede quedar oculta y nunca, nunca, los objetivos personales deben sobreponerse a los del conjunto. Hay que entender también que estos luchadores y luchadoras eran, sin lugar a dudas, personas excepcionales. Hay que recordar con paciencia pedagógica los ejemplos de nuestros luchadores y luchadoras, especialmente en los tiempos que corren, en los que el pensamiento neoliberal quiere ganarnos la batalla de las ideas, ideas que quieren imponer una visión individualizada de las vidas personales vinculadas exclusivamente a una forma concreta de entender la vida y el "éxito" en ésta, el dinero, la fama y la supeditación a los dictados de los intereses del sistema de los poderosos, el capitalismo. La rebeldía, la crítica al poder, la supeditación de lo personal a lo colectivo son hoy conceptos infravalorados, y la tradición de las izquierdas debe luchar ideológicamente para ponerlos de nuevo como ejemplo y referencia de las actuales y de las futuras generaciones.

Dejar en la política, en la lucha militante, algunos o muchos de los mejores años de la vida de una persona, supone una acción no sólo loable sino imprescindible. Hoy se pretende ensuciar esta acción confundiéndola con el enriquecimiento o las acciones interesadas de vividores profesionales, para arruinar así el paso de querer de forma activa transformar la

sociedad y dejar de esta manera en manos de muy pocos la acción sobre los asuntos públicos.

Por eso, recoger el ejemplo, reconocer la trayectoria y dedicar una parte de nuestra memoria a que no se olvide la acción de los militantes de base y de dirigentes muy arraigados en el territorio, en la fábrica, a la pesada tarea de "hacer partido", constituye una acción necesaria siempre, pero ahora más como parte del combate político e ideológico contra el pensamiento neoliberal.

Recordemos, ya que si lo hacemos no sólo ejercemos justicia, si lo recordamos todo luchamos por ellos y por ellas, por nosotros y por los que crecen y vislumbran un futuro de cambio.

Introducción

Manuel Moreno

Este trabajo que presentamos tiene su inicio en una cita del dirigente comunista, ya desaparecido, Atanasi Céspedes. Este dirigente histórico del PSUC en los años de la transición insistía en la importancia de las miles de personas que no eran reconocidas por la gente de la calle, y que habían luchado durante los años de la dictadura franquista por la libertad y la democracia en nuestro país.

Decía Atanasi que cuando se mencionaba este periodo de lucha se acostumbraba a reconocer el trabajo militante de personas como Gregorio López Raimundo, Pasionaria, Carrillo, Antoni Gutiérrez, etcétera, etcétera. Y ahí se encontraba lo importante, en los y en las etcéteras.

Son personas anónimas que padecieron el miedo y la represión, que sufrieron torturas, palizas, que transitaron por las cárceles españolas, acumulando años y años de prisión. Hombres y mujeres que dejaron parte importante de su vida en la lucha por un mundo mejor y más libre.

Manuel Moreno
Área de Historia de la Fundació Pere Ardiaca

Se trata también de las familias que acompañaban a los presos, que les ayudaban a sobrevivir en las cárceles franquistas, con un poco de comida y mucha solidaridad y cariño. Aquellas y aquellos que escondieron en sus casas a los huidos, a los clandestinos. Desde los que realizaban la recolecta del dinero que habría de ser gastado en la asistencia a los encarcelados a quienes tenían las imprentas y el valor para distribuir la propaganda que recordaba a los españoles que la lucha por la libertad seguía viva.

Trabajo en la calle de las ciudades y los pueblos y también trabajo en los montes, en la guerrilla que hasta mediados de los cincuenta aún se oponía con las armas a la dictadura.

Recoger todos estos testimonios no cabe duda de que es un trabajo inabarcable, pero es importante ir recogiéndolos. Sus voces, las imágenes, todo aquello que nos permitirá reconocer su labor y mostrar a las generaciones futuras la dureza de la dictadura y la determinación de hombres y mujeres por organizar la resistencia y la lucha.

Cuando se inició la llamada "transición" del franquismo a la democracia, se instalaron algunas vallas publicitarias con el eslogan "Los hombres que hacen posible la democracia en España", y en ellos se veían las caras de los lacayos más adelantados del franquismo, aquellos que se "adaptaban" a los tiempos que venían. Todo un insulto para los que habían luchado.

Esas vallas debían contener los rostros de las Trece Rosas, de Julián Grimau, de Numen Mestre de los miles de fusilados por el franquismo. Deberían mostrarnos la cara de Soledad Real, Trinidad Gallego, María Salvo, Tomasa Cuevas, Conxa Pérez, Manola Rodríguez, Francisco Rabato, Marcos Ana, entre miles de presas y presos que dejaron años y años tras los muros de las prisiones. Deberían reflejar la cara de Lola González, que

pateó todo el territorio nacional para acompañar a su marido, preso comunista, y trabajó en las peores circunstancias para evitar que muriera de hambre y enfermedades.

Son ejemplo de miles de "clandestinos". Tanto duró la dictadura que es imposible recoger ni tan solo sus nombres, pero es necesario el reconocimiento a quienes no aspiraron a cargos ni a premios. Todos y todas las que no salieron en la prensa o en la televisión pero que eran el alma de la lucha antifranquista.

Ellas y ellos organizaron las Asociaciones de Vecinos, los sindicatos. Se infiltraron en las organizaciones del propio régimen, como las organizaciones de Consumidores y de Amas de Casa. Los habríamos podido localizar en cada una de las entidades populares, casas regionales, deportivas, culturales. Los y las etcéteras crearon un tejido tan tupido de complicidades que cuando murió el dictador se hizo imposible la supervivencia de su "democracia orgánica".

A finales de los setenta se debería haber impulsado el reconocimiento de sus sacrificios, la creación de Memoriales donde dejar constancia de los y las que lucharon por la II República y su gobierno legítimo, quienes debieron marchar al exilio y quienes se quedaron a luchar desde las tripas de la bestia fascista.

No fue así. Un vergonzoso pacto de silencio se extendió por las fuerzas de la izquierda, temerosas de una involución, de un golpe de estado. En los locales de los partidos se reunían las y los luchadores sorprendidos de tener que ocultarse nuevamente, oyendo a sus jóvenes camaradas que les decían que no les contaran "batallitas", ignorantes de la historia que había hecho posible que estuvieran allí.

Nadie hablaba de la fosas, ni de las cárceles. A nadie parecía interesar el ejemplo y la dignidad de quienes se mantuvieron

firmes en sus ideales. Los y Las etcéteras seguirían en la clandestinidad más de treinta años.

Hoy en día han pasado treinta y cinco años de la muerte del dictador y aún ahora la derecha arremete contra las entidades dedicadas a la recuperación de la memoria histórica. Hablan de revanchismo y de venganza, hablan de atentado contra la convivencia, de vuelta al pasado.

Nada más lejos de sus afirmaciones. Se trata de justicia y reparación.

Poco a poco se van conociendo las cifras de los represaliados, de los y las encarceladas, y su número sobrepasa en mucho las estimaciones oficiales. Una amiga, Dolores, nos contaba que cuando finalizó la guerra, en 1939, se inició otra mucho más larga y sangrienta, la que los sublevados dirigieron contra la población civil. Represión y hambre.

Contra toda la barbarie, hombres y mujeres de todo *El País* se organizaron y lucharon por la restauración del gobierno legal republicano, por la recuperación de los valores progresistas de la II República, por un mundo más libre y digno.

Estas personas son nuestros etcéteras. Nuestro agradecimiento individual y colectivo a su ejemplo de militancia por la vida.

En este trabajo hemos recogido las experiencias de cinco personas luchadoras. Nos han contado lo que ellas creen que tiene importancia de su vida e incluso lo que tenía importancia en la vida de los que ya no pueden hablar: padres, madres, hermanos, amigos y camaradas que aunque sobrevivieron al franquismo no pudieron hacerlo al olvido y el anonimato.

Contamos con las experiencias personales, relatadas en primera persona, de Isabel Blas, Adoni González, Paquita Cruz, Antonia Jover y Lola González. Nos han abierto su casa y sus recuerdos. Nos han dado a compartir muchas penalidades pero también las alegrías de su lucha.

Como se puede ver, hemos creído más necesario dar mayor relevancia a las mujeres ya que éstas son las más olvidadas de los olvidados, las más ignoradas de entre los etcéteras.

Y, como no, en este apartado de los agradecimientos debemos citar al historiador Fernando Hernández Holgado por su ayuda y apoyo. Al Ministerio de la Presidencia que ha facilitado los medios y a Juan Linares al que prácticamente asaltamos para que realizara el video y al que nos encontramos absolutamente entregado y encariñado con los personajes. Igualmente una mención que es como un abrazo a Romina Martínez y a Mar Olivé, transcriptora la una y correctora la otra por su trabajo impecable y primoroso.

Por supuesto, el mayor de los agradecimientos es para Isabel, Adoni, Paquita, Lola y Antonia, por legarnos sus testimonios y por ayudar en este esfuerzo de abrir las ventanas y dejar que pase la luz de la verdad ante tanta oscura desmemoria.

Gracias. Muchísimas gracias.

Mi querida y anónima familia (Y algunas cosas más…)

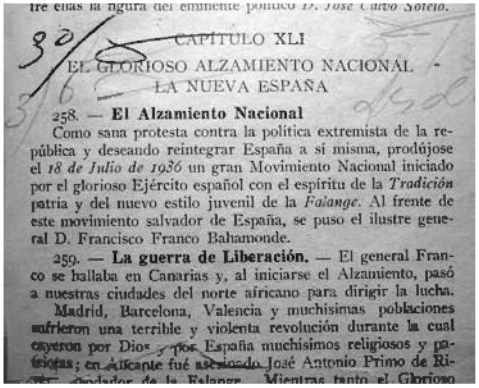
Isabel Blas

Solamente ahora cuando, según las estadísticas oficiales, soy una anciana, puedo ver con claridad que en mí debió de haber dos *isabeles* y trato de escudriñar en mi mente para saber cuándo una dio paso a la otra. De la primera casi me compadezco. Cómo no hacerlo de una muchachita tímida y callada, que aunque podía atesorar en su corazón haber sido una niña feliz y muy querida por padres, abuelos y tíos —hija única, y nieta y sobrina única durante varios años—, no tenía temperamento ni encontraba fuerzas para hablar con todos ellos de cosas que traspasaban los límites permitidos a una adolescente nacida a mediados de los cuarenta. De la segunda, reconociendo que algo hizo cuando se despejó su horizonte —no sé si mental o emocional—, siempre me quedará la duda de que algo más pudo hacer y de que, a pesar de lo conseguido, el mundo sigue girando y girando de manera que no parece que nada de ello haya servido, en verdad, para algo.

Desde muy pequeña tuve conciencia de mi pertenencia a un mundo de gente obrera, de familias con salarios escasos que daban lo justo para vivir sin más que lo necesario para no pasar hambre pero donde no existían lujos ni, mucho menos, se permitían extravagancias. La casa en que nací era una casita baja que, junto con otras cinco, se apiñaba alrededor de un patio interior. Tenía una sola habitación y un comedor donde se colocó una cama mueble para mí. Disponía de agua corriente pero no de váter, que era un habitáculo exterior compartido con

Isabel Blas
Nacida de familia socialista y republicana, a comienzos de los setenta se incorpora a las luchas y reivindicaciones del movimiento feminista. Más tarde, a la acción sindical como representante de los trabajadores por el sindicato UGT

los vecinos. Mi padre, el mayor de cinco hermanos —con otros dos varones y dos mujeres—, trabajaba de albañil, siguiendo la estela de mi abuelo Boni, y mi madre, tejedora en una fábrica de alfombras —con el paréntesis de la guerra—, dejó el trabajo cuando nací yo. Mi padre siempre deseó lo mejor para mí y que mi madre protegiera mi infancia fue prioritario para él, aun a costa de renunciar a un jornal que hubiera venido muy bien en la casa. Pasarían muchos años antes de que, ya en mi época de colegiala, fuera tomando conciencia de que, además de obreros —varios albañiles, algún electricista, algún encuadernador, algún maletero—, todos los miembros de mi familia eran socialistas, republicanos y habían perdido una guerra de la que no tuve conocimiento hasta los libros escolares.


CAPÍTULO XLI

EL GLORIOSO ALZAMIENTO NACIONAL
LA NUEVA ESPAÑA

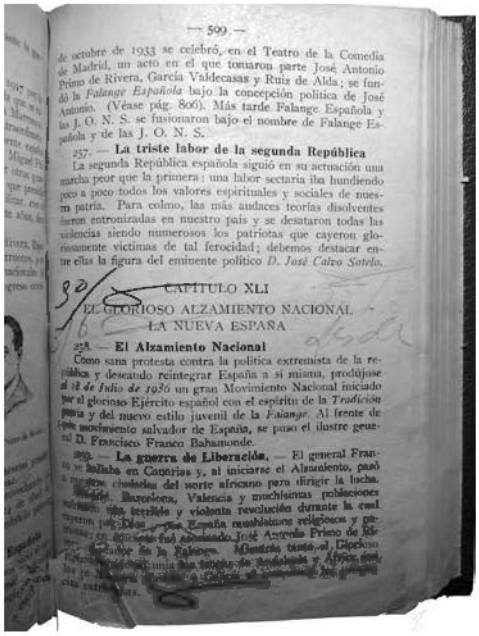
258. — **El Alzamiento Nacional**

Como sana protesta contra la política extremista de la república y deseando reintegrar España a sí misma, prodújose el *18 de Julio de 1936* un gran Movimiento Nacional iniciado por el glorioso Ejército español con el espíritu de la *Tradición* patria y del nuevo estilo juvenil de la *Falange*. Al frente de este movimiento salvador de España, se puso el ilustre general D. Francisco Franco Bahamonde.

259. — **La guerra de Liberación.** — El general Franco se hallaba en Canarias y, al iniciarse el Alzamiento, pasó a nuestras ciudades del norte africano para dirigir la lucha.

Madrid, Barcelona, Valencia y muchísimas poblaciones sufrieron una terrible y violenta revolución durante la cual cayeron por Dios y por España muchísimos religiosos y patriotas; en Alicante fué asesinado José Antonio Primo de Ri-

Enciclopedia Pedagógica. Grado Superior, *Gerona-Madrid, Editorial Dalmau Carles Pla, S.A., p. 509.*


— 509 —

de octubre de 1933 se celebró, en el Teatro de la Comedia de Madrid, un acto en el que tomaron parte José Antonio Primo de Rivera, García Valdecasas y Ruiz de Alda; se fundó la *Falange Española* bajo la concepción política de José Antonio. (Véase pág. 806). Más tarde Falange Española y las J. O. N. S. se fusionaron bajo el nombre de Falange Española y de las J. O. N. S.

257. — **La triste labor de la segunda República**

La segunda República española siguió en su actuación una marcha peor que la primera: una labor sectaria iba hundiendo poco a poco todos los valores espirituales y sociales de nuestra patria. Para colmo, las más audaces teorías disolventes fueron entronizadas en nuestro país y se desataron todas las violencias siendo numerosos los patriotas que cayeron gloriosamente víctimas de tal ferocidad; debemos destacar entre ellas la figura del eminente político *D. José Calvo Sotelo.*

CAPÍTULO XLI

EL GLORIOSO ALZAMIENTO NACIONAL
LA NUEVA ESPAÑA

258. — **El Alzamiento Nacional**

Como sana protesta contra la política extremista de la república y deseando reintegrar España a sí misma, prodújose el *18 de Julio de 1936* un gran Movimiento Nacional iniciado por el glorioso Ejército español con el espíritu de la *Tradición* patria y del nuevo estilo juvenil de la *Falange*. Al frente de este movimiento salvador de España, se puso el ilustre general D. Francisco Franco Bahamonde.

259. — **La guerra de Liberación.** — El general Franco se hallaba en Canarias y, al iniciarse el Alzamiento, pasó a nuestras ciudades del norte africano para dirigir la lucha.

Madrid, Barcelona, Valencia y muchísimas poblaciones sufrieron una terrible y violenta revolución durante la cual cayeron por Dios y por España muchísimos religiosos y patriotas; en Alicante fué asesinado José Antonio Primo de Ri-

Enciclopedia Pedagógica. Grado Superior, *Gerona-Madrid, Editorial Dalmau Carles Pla, S.A., p. 509.*

Quizá porque en esos libros escolares se hablaba con exaltación de quién gobernaba los destinos de España y yo comentaría con mis padres las lecciones que mi maestra me mandaba estudiar, quizás porque ellos hablarían entre sí con motivo de alguna noticia recogida en el *ABC* que mi padre compraba exclusivamente los domingos —«ahora ya no hay nada que hacer, Chon, Estados Unidos se ha puesto de su lado»—, quizás porque mi

madre, más habladora, contó alguna vez algo que yo no entendí en ese momento —*«lo que no sé, Paco, es cómo salí con vida de Ventas, si no salieron mis compañeras,* Las Trece Rosas*, que tampoco tenían delitos de sangre»*—, yo fui absorbiendo una información no facilitada conscientemente, no explicitada nunca, pero que entró en mí por ósmosis, aunque, en esos momentos, no calara más allá del puro conocimiento.

Sobre escrito por la abuela de Isabel Blas, Amparo López Guijarro, a su hija Asunción Buedo López –madre de Isabel- encarcelada en la prisión de Ventas (Archivo familiar)

Con esa información —no solamente mis padres habían perdido una guerra que en mi colegio conocí como de glorioso alzamiento nacional, sino que habían estado en la cárcel por ello— también me llegó otra información tampoco comentada pero tan triste y conmovedora como la anterior: el deber del silencio.

Un silencio causante de que nada se hablara, de que nada se dijera, de que ni siquiera hoy, cuando aún no he conseguido ningún expediente penitenciario de mi padre, sepa yo nada de cómo vivió él su estancia carcelaria, qué noches lloró o qué compañeros lo sostuvieron. Por fortuna, al morir mi madre y deshacer su casa encontré tres cartas suyas. Una fechada en Madrid, el 6 de noviembre de 1939 y dirigida a mi abuela y a mi madre (entonces su novia), tranquilizándolas:

"La petición fiscal ha sido de seis años y un día de prisión menor (…); la revisión de la causa yo no la he pedido, lo que ocurre es que los que no tenemos denuncia y no hay más que el delito de auxilio a la rebelión volvemos a revisión y hasta ahora todos han salido absueltos; yo no sé si iré pero creo que sí porque me juzgaron el 15 de septiembre y hasta la fecha no he firmado nada, y esto es lo que me induce a sospechar que iré a revisión (…); ni el fiscal ni el abogado me hicieron preguntas, fui propuesto para sobreseimiento por el fiscal y cuando me veía absuelto no lo aceptó el tribunal (…)".

En la segunda y la tercera, fechadas, respectivamente, en Alcalá de Henares los

días 23 de octubre y 27 de noviembre del mismo año, no se ocupa casi nada de su propio estado en la prisión. Las cartas están dirigidas a tranquilizar a mi madre por el ataque de viruelas que está padeciendo por esas fechas en la cárcel de Ventas donde está presa y del que él ha tenido noticias. «¿Por qué lloras? —le pregunta— ¿O crees que no te voy a querer por lo que te ha sucedido?». En las últimas líneas le reafirma su amor: «Te diré que por cada señal que lleves en la cara, será un beso el que entre en esas huellas».

Será lo que les quede. Su mutuo amor. Porque el manto de silencio está a punto de extenderse.

El deber del silencio

Sin duda, pues, fue ese silencio mantenido a machamartillo lo que hizo que otros conocimientos, otras informaciones que fueron llegando a mí, lo hicieran más como asuntos que había que mantener en privado que como vanaglorias en un corazón filial orgulloso, tal como son en estos momentos. Así, fui sabiendo que mi gente había luchado en el bando republicano. Mi abuelo Boni con su actividad sindical como tesorero en la Sociedad de Estucadores a la Catalana de Madrid —organización integrada en la Casa del Pueblo— y en la Sociedad de Obreros Albañiles El Trabajo de UGT; su hermano Guillermo y su hermana Nicolasa con sus actividades en el frente de Madrid; mi padre y mi madre, milicianos en el Batallón Largo Caballero; mi tío Ángel —un hermano de mi madre—, cabo en no sé qué otro frente; mis abuelas Paca y Amparo y mis tíos más pequeños padeciendo una retaguardia madrileña donde nadie sabía si eran peor los bombardeos fascistas o el hambre de un Madrid desabastecido de todo.

Otras historias fueron surgiendo de labios de mi madre o de mis tías, quizá propiciadas por las fotografías familiares de una caja de zapatos que había en casa de mi abuelo Boni y que fue, algún que otro domingo, actividad lúdica en mis años infantiles. Nunca, en todo caso, surgieron de mi padre. Mi padre jamás habló de los tres años de la guerra —en los que intervino desde su mismo comienzo—[1], ni de los trabajos que tuvo.

[1]«Una compañía del Batallón Margarita Nelken y otra del Batallón Largo Caballero, dirigieron ayer desde las proximidades de Las Navas, un violento ataque contra los facciosos, que habían tomado posiciones en el Cerro Cartagena, muy cerca de Navalperal. Los milicianos se portaron valientemente y con un coraje admirable desalojaron a los fascistas de los puestos que habían ocupado». *La Vanguardia,* 21 de octubre de 1936, p. 9.

"He resuelto que el personal del segundo batallón local de Transporte Automóvil, en Valencia, que figura en la siguiente relación, pase destinado al tercer batallón de Transporte Automóvil. Firmado: Largo Caballero. […] Equiparados a sargento"[2].

Nada comentó de los meses del año treinta y ocho en que estuvo en Paterna (Valencia) para hacer un curso de oficiales y del que salió promovido a «teniente de campaña del Arma de Infantería»[3], ni de los días que regresaba del frente tan agotado que aunque su barrio recibiera ese día el bombardeo de los aviones alemanes o italianos, él no interrumpía su sueño.

Jamás habló de su estancia en la prisión Casa de Trabajo de Alcalá de Henares donde estuvo detenido «a disposición del Auditor del Ejército» ni del Campo de Concentración Miguel de Unamuno de Madrid donde ingresó en el Batallón de Trabajadores y desde el cual debió de pasar al Batallón de Trabajadores número 29 de Villafría (Burgos), donde estuvo hasta julio de 1940. Ni de sus compañeros. Ni de sus jefes. Nunca habló de personas ni de situaciones. Ni de las condiciones, sin duda penosísimas, de las cárceles. Ni de la extrema debilidad física que tenía cuando salió en libertad y de la que tardó meses en reponerse. Ni siquiera habló nunca de

Foto presumiblemente tomada en la sierra de Madrid, de un grupo de milicianos. El padre de Isabel Blas es el primero por la derecha (Archivo familiar)

[2] *Diario Oficial del Ministerio de la Guerra*, Valencia, Año L, núm. 115, Tomo II, 11 de mayo de 1937, p. 307.

[3] *Diario Oficial del Ministerio de Defensa Nacional*, Año LII, núm. 2, Tomo I, 2 de enero de 1939, p. 25.

Franco. Solamente el día de Nochevieja, cuando ya dispusimos en casa de televisor y preparábamos el plato de uvas con que celebraríamos la entrada de un nuevo año con las campanadas del reloj de la Puerta del Sol, mandaba quitar el sonido cuando el dictador aparecía en la pantalla para contarnos —suponíamos que para contarnos, puesto que nada le oíamos—, lo bien que se vivía en este país desde que él gobernaba. Siempre sospeché que llegar tarde a la sesión del cine a la que, algunos sábados, mi madre y yo casi le obligábamos a asistir —él, que fue un empleado que consiguió todos los premios de puntualidad en su trabajo— era un acto voluntario para no ver el No-Do.

Niños de Algemesí

Pero las fotografías hablaban, ya lo creo que hablaban. En una aparecían los hermanos de mi padre, Ricardo, Boni, Manola y Concha, muy compuestos y elegantitos. El reverso de la fotografía decía que había sido hecha en Algemesí (Valencia).

Viéndola, mi tía Manola siempre recordaba la historia de ese alejamiento, doloroso pero necesario, que sus padres decidieron para los cuatro hermanos pequeños —mi padre era el único que se incorporó al frente aun teniendo diecisiete años—, al objeto de eludir las bombas que caían en Madrid[4]. Siempre pensé que si en vez de haber sido *niños de Algemesí* hubieran sido *niños de Rusia* yo no hubiera, quizá, conocido a mis tíos pa-

[4]«En pocos días, ocho mil niños de guarderías infantiles, colegios municipales y asilos de beneficencia, han salido para Levante. Irán muchos más. Hasta veinte mil. Hasta treinta mil, si se puede. En los vergeles del Este Hispano, entre montañas y playas, donde no resuene el cañón, bajo cielos azules, gozando de las caricias de un sol radiante, olvidarán lo que vieron y oyeron y serán dichosos. Y Madrid, sabiendo que lo son, se sentirá más fuerte…». Fabián Vidal, *La Vanguardia*, 21 de octubre de 1936, p. 9.

ternos. Pero Valencia fue maternalmente acogedora para todos ellos. Mi tía Manola fue a casa del querido señor Vicente y de la amorosa Pepica, una cariñosa pareja con una hija con quien se ha mantenido una amistad que ha llegado hasta hoy. Mi tía es «la tía» para la ya tercera generación con la que se intercambian fotos o postales de Navidad. Mi tía Concha fue acogida por el señor Pascual y la señora Eugenia, una bondadosa pareja sin hijos donde el hombre, agricultor, debía estar atento a las necesidades de la niña —tan pequeña— porque la esposa, mujer muy buena y amable pero enfermiza, no siempre estaba en condiciones de preocuparse de ella. Mis tíos Ricardo y Boni hubieron de ir juntos a casa de la señora Társila y del con tanto cariño recordado señor Daniel porque, según contaba éste con palabras valencianas y gracia mediterránea, no hubo forma humana de separar al pequeño del mayor cuando intentaron llevarles a casas diferentes. Agarrado Boni a las piernas de Ricardo con una fuerza hercúlea que nadie sabía de dónde salía en un cuerpo tan enclenque, nadie pudo separarle de su hermano.

Yo me pongo en su lugar. Veo a veces esas imágenes antiguas recogidas por un incipiente cinematógrafo español donde los niños que salieron para Bruselas o para Rusia portan algún hatillo tan pequeño como sus propios cuerpos y llevan colgada una cinta con una etiqueta con sus datos y comprendo a mi tío Boni. Los veo con esos ojillos desmesuradamente abiertos, llorosos en muchos casos, asustados en todos, porque no saben dónde van ni por qué, porque no entienden el llanto de su madre que les manda alejarse y comprendo a mi tío Boni. Debe ser el miedo más absoluto que puede sentir un niño: que te separen de los tuyos. Y luego veo también a esas mujerucas de vestidos negros, viejos abrigos o gastados mantones, sus caras angustiadas por la despedida, su corazón roto por los oscuros presagios sobre el incierto retorno, sus manos huesudas y flacas que se extienden amorosas en un último intento de tocar al hijo, y pienso en mi abuela Paca y en su hermana Rufa, una tía abuela mía que fue pieza clave en la resistencia de esta familia infantil mía mientras todos los adultos estaban en la cárcel. Ellas estuvieron allí. A ellas les faltarían manos y besos para abrazar y besar a los cuatro, para decirles «adiós, adiós, hijos, portaos bien, estudiad, sobrinos, sed buenos, obedeced a los mayores, enseguida volveremos a reunirnos», y pienso qué sentiría yo si tuviera que enviar a mis hijos fuera de mi lado para alejarlos, al mismo tiempo, de la muerte. Lo haría, claro. De hecho, por unas horas estuve en la misma disposición de hacerlo otro día de infausto recuerdo

De izquierda a derecha, Josefina Vara, Asunción Ocaña y Asunción Buedo

para este país nuestro, aquel veintitrés de febrero de evocación fascista. Pero sólo de pensarlo algo frío se mete por mis venas. Es el miedo de la soledad, estoy segura. El que debió sentir mi tío Boni. El que debió sentir mi abuela Paca. Pobres míos. La estancia en Algemesí, que duró algo más de un año, terminó poco antes del final de la guerra. Cuando ya Madrid tuvo conciencia de que todo estaba perdido, ellos regresaron. Ignoraban que lo peor, también para ellos, estaba por llegar.

Familiares, amigos, colegio

Otra fotografía de la caja de zapatos mostraba a mi madre y dos amigas, Chon Ocaña y Pepita Vara[5)].

La foto era una pequeña cartulina de las tres mujeres, cortada, en las que se veía su rostro y poco más. La explicación del corte tenía también que ver con esa autocensura que funcionó en tantas familias republicanas. Mi madre quería conservar la foto. Las tres mujeres eran jóvenes y alegres. Y amigas. Pero vestían el mono de milicianas y eso podía resultar peligroso. Decidió cortarla de forma que fuera difícil saber cómo iban vestidas. Parecían llevar algún uniforme de alguna fábrica. Una fotografía más, en la que mi padre, muy joven, estaba con otros hombres y una pequeña camioneta algo destartalada podía verse detrás de ellos, nunca fue identificada por completo. *«En alguna obra»*, diría mi padre alguna vez. Yo siempre pensé que era una fotografía del frente.

De aquellos años no había más. Había, eso sí, alguna foto de mi abuela Paca, analfabeta la mujer, que aprendió a leer y a escribir para poder mandar cartas a mi padre a la cárcel, y a la que él, casado y ya padre, visitó a diario en la casa paterna para darle un beso de buenas noches hasta el mismo día en que se la llevaron a un hospital para una operación muy sencilla y de la que no regresó.

[5)]De esta miliciana, Josefina Vara Martín de nombre completo, existe información en Internet.

Sus vestidos negros, su rostro curtido, su peinado tirante con un sencillo moño la reflejan casi como una anciana cuando no llegó a cumplir cincuenta años. En otra foto, de tamaño pequeño, estamos mi padre y yo, él un hombre joven, de calvicie prematura y mejillas hundidas, yo muy pequeña todavía. En otra, seguramente en alguna boda, mi padre y yo bailamos agarrados y sonreímos al fotógrafo. Si sigo mirando, veo esa sonrisa en muchas otras fotografías de mi padre. En la realidad, yo la rememoro distinta a la que las cartulinas me ofrecen. Sin duda más triste, así es que acepto agradecida la que las fotos me ofrecen. Me quedo con ella.

Isabel Blas y su padre, Francisco Blas

Si yo conocí algunos nombres de aquella época de la guerra siempre fue por mi madre. Rufino, el marido de la compañera miliciana de mi madre que se llamaba como ella, Asunción, pero a la que también se la nombraba por el mismo diminutivo familiar, Chon. Paco Sardina, un hombretón fuerte de gran bigote y ojos como tizones ardientes —o al menos así me parecían a mí cuando alguna vez le vi—, al que recuerdo con verdadero cariño. Alguien a quien llamaban el General, que fue el padrino de la boda de mis padres celebrada a los pocos meses de salir de la cárcel y al que yo conocí —nombrándolo ya Lorenzo Jiménez— cuando en 1966 mis padres celebraron su vigesimoquinto aniversario y, sobre todo, Máximo Rodríguez, el que sería después diputado por el Partido Socialista Obrero Español durante varias legislaturas[6]. Su relación fue debida a que tanto mis padres como Máximo eran miembros del Círculo Socialista de Buenavista —sito en la calle Eugenio Salazar, calle del barrio donde mi familia paterna ha vivido siempre— en el

[6]Máximo Rodríguez, militante socialista y de UGT. Fue condenado a muerte por los tribunales franquistas y se le conmutó la pena por treinta años de reclusión. En 1953 se exilió a Francia. Muerto Franco, regresó a España y fue diputado en varias legislaturas, además de jefe de Disciplina del Grupo Parlamentario Socialista.

que se reunían las Juventudes Socialistas Unificadas y porque Máximo fue después uno de los tres tenientes del Batallón Largo Caballero. Mi padre no mantuvo amistad cercana después con ellos. Quiero decir que ni Rufino, ni Paco Sardina, ni el General, ni Máximo —cuando regresó de su exilio en Francia— fueron habituales en mi casa. Hasta ahí llegó el alejamiento a todo lo que supusiera contactos de guerra o de cárceles. Al igual que mi padre, tres de ellos, Rufino, Paco Sardina y Máximo ya murieron y, para mi dolor, sin que tampoco tuviera yo oportunidad de hablar con ellos de aquellos años. No volví a ver nunca más al General desde aquel día de 1966.

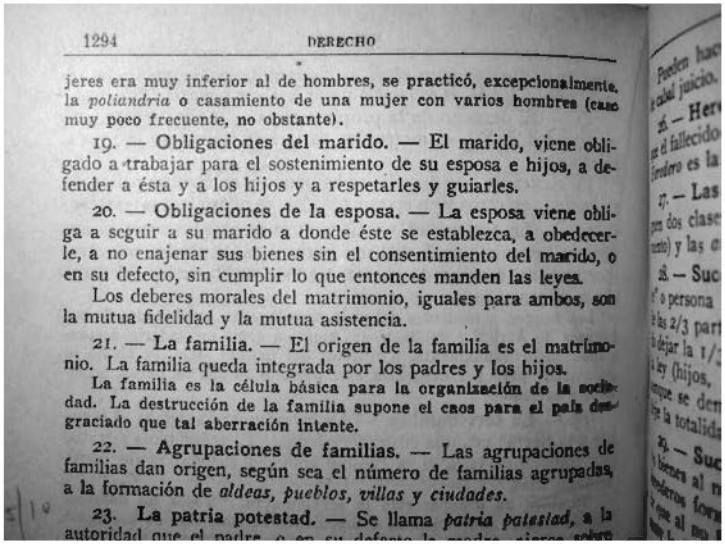
Mi infancia, como digo, había trascurrido feliz, inmersa en la inocencia propia de la edad y el cariño de los míos. Mis años escolares, quizá porque entré muy tarde al colegio —a los ocho años— y lo dejé muy pronto —a los once— no tuvieron una especial relevancia. Recuerdo, eso sí, los rezos del comienzo y el final de la clase, el mes de mayo en el que cada día se dedicaba a una flor cuyas características leía alguna niña mientras las demás cosíamos o bordábamos, las largas sumas de decenas de números que nuestra maestra —se llamaba María del Carmen Jiménez, pero para todas era simplemente la seño— escribía en la pizarra y que nos hacía contar con las manos bien extendidas y los dedos separados para que ella pudiera notar si intentábamos ayudarnos de ellos. Las lecciones no me resultaban difíciles. Ni a mí ni, supongo, a ninguna de mis compañeras.

Nuestro libro, único, fue primero la *Enciclopedia Pedagógica* y luego la *Enciclopedia Autodidáctica,* muy similares en todo, ambas de Dalmau Carles. Esta última contenía en sus 1.556 páginas todas las materias que el régimen consideraría apropiadas en aquellos primeros cincuenta —alguna de título tan peregrino para una niña como «Derecho y Educación Moral» y «Fundamentos de Filosofía y Moral»— y que, visto desde hoy, puede parecer surrealista. Así, yo aprendí de pequeña que «el hombre es el único ser que se da perfecta cuenta de cuanto le rodea. […] Esta supremacía que tiene el hombre sobre los demás seres es debida a su inteligencia superior y a su alma inmortal»[7], que «los ángeles malos son los demonios a quienes debemos atribuir gran parte de los males que padecemos»[8], que, dentro de las varias formas de go-

[7] *Enciclopedia Autodidáctica*, Gerona-Madrid, Dalmau Carles PLA Editores, S.A., p. 493.

[8] Ibidem, p. 624.

bierno posible «se ha adoptado también la forma *integral o nacional* orientada hacia la verdad permanente de la Patria, regida por un *Jefe de Estado que asume todos los mandos y atribuciones»*[9], que «la esposa viene obligada a seguir a su marido donde éste se establezca, a obedecerle […][10]», que Zamora era «una ciudad muy antigua» y que los gentilicios de Hellín y Reus eran *«hellinero»* y *«reusense»*[11]. Al menos, estas dos últimas enseñanzas han resultado ciertas. Les faltó decir que Zamora es, además de antigua, bellísima, y la ciudad de Castilla y León con mayor número de iglesias románicas. Nada menos que veintidós.



1294 DERECHO

jeres era muy inferior al de hombres, se practicó, excepcionalmente, la *poliandria* o casamiento de una mujer con varios hombres (caso muy poco frecuente, no obstante).

19. — **Obligaciones del marido.** — El marido, viene obligado a trabajar para el sostenimiento de su esposa e hijos, a defender a ésta y a los hijos y a respetarles y guiarles.

20. — **Obligaciones de la esposa.** — La esposa viene obliga a seguir a su marido a donde éste se establezca, a obedecerle, a no enajenar sus bienes sin el consentimiento del marido, o en su defecto, sin cumplir lo que entonces manden las leyes.

Los deberes morales del matrimonio, iguales para ambos, son la mutua fidelidad y la mutua asistencia.

21. — **La familia.** — El origen de la familia es el matrimonio. La familia queda integrada por los padres y los hijos.

La familia es la célula básica para la organización de la sociedad. La destrucción de la familia supone el caos para el país desgraciado que tal aberración intente.

22. — **Agrupaciones de familias.** — Las agrupaciones de familias dan origen, según sea el número de familias agrupadas, a la formación de *aldeas, pueblos, villas* y *ciudades*.

23. **La patria potestad.** — Se llama *patria potestad*, a la autoridad que el padre

Muchos años después de estas lecciones, en un fortuito encuentro con mi maestra, me explicaría que ella daba clases en ese colegio, perteneciente a la congregación de las Damas Apostólicas, Obra de la Preservación de la Fe —colegio católico, como no podía ser de otra manera, pero privado, no público— porque, después de la guerra, no convalidó su título de magisterio y no le fue posible trabajar en un colegio público. Ello era debido a que una ley franquista consideró nulos los títulos expedidos por la República y la gente hubo de revalidarlos de alguna forma que desconozco. Mi seño no lo había hecho —no sé si no pudo o no quiso, no se lo pregunté— y solamente pudo ejercer en colegios privados. No le había ido mal porque el colegio funcionó durante muchos años y varias generaciones de niñas del barrio de Prosperidad pasamos por él. En ese momento, jubilada ya, había conseguido que el gobierno socialista —el segundo de Felipe González— sí le reconociera su título y algo tuvo ello que ver para

[9] *Enciclopedia Pedagógica*, Gerona-Madrid, Dalmau Carles PLA Editores, S.A., p. 337.

[10] *Enciclopedia Autodidáctica*, op. cit., p. 1.294.

[11] Ibidem, p. 1.458.

aumentar la pensión que tenía. Riendo, le pregunté si eso le había hecho cambiar —a ella, mujer católica, hija de un guardia civil— su idea sobre las personas de izquierdas. «¡Hija, ya me dirás tú…! ¡Si les he votado y todo!». Al llegar a casa, no pude por menos que volver a echar una mirada a mis enciclopedias —las conservo como oro en paño— y recordar los días en que mi maestra me preguntaba si mis padres creían en Dios e iban a misa. Cuando yo, en mi inocencia, le decía que no, la buena mujer siempre me mandaba rezar por ellos y pedirle mucho a la Virgen por su *conversión*, cosa que yo hice durante aquellos años con bastante fervor y ningún resultado positivo.

El tío Guillermo

El contrapunto a las recomendaciones religiosas de mi seño las ponía, en mi familia, un hermano de mi abuelo Boni. Se llamaba Guillermo, y yo debí verle sólo tres o cuatro veces en mi vida, porque no vivía en Madrid. Vivía en Ponferrada, León. Durante la guerra había sido comisario[12)] en la capital, tuvo una condena de treinta años de cárcel y fue extrañado —creo que ése es el nombre de la figura legal— a Francia, donde marchó con toda su familia. Cuando pudo regresar se quedó en esa localidad, no sé si porque le tiró la leonesa tierra de su padre. Allí se hizo fotógrafo. Yo lo conocí hacia 1958, poco antes de la muerte de mi abuelo. Estuvo comiendo en mi casa, alabando mis diplomas escolares, que mi madre tenía colgados por la pared de nuestro comedor, y me hizo preguntas sobre lo que me enseñaban en el colegio. Le dije que para entonces yo no iba al colegio porque desde hacía tres años mi padre, intentando mejorar económicamente, había dejado su trabajo de albañil, había hecho unas oposiciones —que aprobó sin problemas— para la Fábrica Nacional de Moneda y Timbre, donde trabajaba por las tardes y había subarrendado —así se decía entonces— un despacho de pan donde ambos trabajábamos por la mañana. Ello me obligó a que, a mis once años, dejara el colegio aunque siguiera estudiando —con la misma maestra, la misma enciclopedia y en el mismo local, sólo que en horario de tarde— en lo que se llamaba academia, además de haber empezado, también, estudios de mecanografía, taquigrafía, contabilidad, francés e inglés. No pude comentarle entonces —porque las ignoraba, claro— las razones por las que mi padre encauzó mis estudios hacia

[12)] 2ª Compañía, 105º Batallón, 27ª Brigada Mixta, 1ª División, Comisariado General de Guerra.

materias que me llevarían a trabajar toda mi vida de secretaria y no propició que estudiara el bachillerato.

Sé que mi abuelo Boni le insistía, de vez en cuando, en que me permitiera estudiar más. Según él, yo tenía condiciones para ello. Además, me gustaba escribir y hacía mis pinitos escribiendo poesías muy cursis que guardaba con mucho celo en el fondo de un cajón. Pero mi padre debió considerar que el bachillerato, sin la universidad —que claramente estaba fuera de su alcance—, no serviría de nada y que cultura escueta me proporcionarían más la academia y los idiomas. Con el tiempo, yo he llegado a pensar que su conciencia de vencido se unió a otra que yo detecté muy tempranamente. Su conciencia de obrero. La mezcla me explica ahora que él pensara que los estudios importantes, la universidad en suma, estaban fuera de lugar para cualquiera de nuestra familia y, por tanto, para mí.

Habiendo hablado de mi academia y del resto de mis estudios creía yo haber terminado con el interrogatorio de mi tío abuelo Guillermo —en casa siempre fue sólo tío—, un hombre con el que, por su forma de hablar, me sentía muy intimidada. Debían ser los años del apogeo de mi timidez y si no me sonrojaba al hablar, poco debía faltarme. Pero él no estaba por la labor. Quería saber más. Saber qué se estudiaba en la asignatura de religión que sin duda tendría, qué me contaban de los rojos —quizá esa fue la primera vez que oí esa palabra— y, sobre todo, qué me decían los curas a los que pensaba él que la maestra nos enviaba —por aquello de la misa, la confesión o los ejercicios espirituales— cada dos por tres. No recuerdo cómo salí de aquellas preguntas pero sí recuerdo, como si las estuviera oyendo, sus palabras. «Tú a los curas, ni caso, hija. Ni se te ocurra creerte lo que te cuenten. Ni sobre Dios ni sobre nada. Si en las cárceles obligaban a los presos que iban a fusilar a confesarse si querían que se entregara alguna carta de despedida a sus familiares. ¡Miserables! Y ahora dan la comunión al dictador fascista que tantas sentencias de muerte firmó, sin que se les caiga la sotana de vergüenza…». También, seguramente, yo oía las palabras «fusilar», «dictador» y «fascista» por primera vez en mi vida.

Repito que mi tío Guillermo fue una figura escasísima en mi vida pero vital en mi devenir. Yo debí almacenar aquellas frases suyas en aquel lugar recóndito de mi cerebro, las dejé bien guardadas, bien encerradas, pero simplemente suspendidas, no olvidadas. Y en algún momento las recuperé. Claro que dejé de creer en

lo que mi seño —por la que, por otra parte, guardo un inmenso cariño y a la que debo saber escribir, si escribir supiera— o los curas —los dos Ramones, don Ramón el alto y delgado, que se parecía a Manolete y don Ramón el gordito, que siempre aparecía sudoroso y desaliñado— me contaban; en cuanto dejé de estar bajo su influencia al abandonar, ya definitivamente, mis estudios en 1960. Hoy, naturalmente, soy atea en el más exacto sentido de la palabra, es decir, niego la existencia de Dios. De cualquier dios. Niego la existencia de alguien incorpóreo a quien cada creyente atribuye los mandatos, palabras, acciones u omisiones más convenientes para cada momento de su vida personal o de la propia historia y que, por si no bastara la dureza de esa misma vida en tantas ocasiones, les tiene amenazados con juzgar sus pobres conductas el día de mañana en el más allá. Pienso, además, que las religiones —todas y cada una— han enfrentado en la antigüedad y en la actualidad a tantos pueblos, han enviado a las guerras y a la muerte a tantos millones de personas, que nadie puede explicarse cómo, sobre el papel, dicen todas ser religiones de paz y amor[13].

Vidas verdaderas, falsos dioses

Una paz y un amor que no acogió nunca a los que vencidos y desarmados hubieron de intentar seguir viviendo en una España hostil donde florecieron la delación y la corruptela. Salvo algunos obispos vascos cuyo eco pastoral casi no llegó a la capital, la Iglesia española de posguerra sólo se cuidó de llenar sus propias barrigas: las individuales, siendo los jerarcas incuestionados en sus pequeñas comunidades, sus iglesias, sus barrios; las colectivas, amparando, protegiendo y loando un régimen fascista que, en justa correspondencia, les dio plenos poderes sobre las almas y sobre los cuerpos de los españolitos. En cualquiera de los dos casos, con absoluto olvido de esa parte del pueblo que continuó pagando con sus vidas, sus exilios y sus cárceles haber pretendido que, en este país nuestro, continuara un régimen constitucional y elegido en las urnas. Mi tía Concha, que tiene ochenta y un años y un deterioro cognitivo importante, lleva grabado a fuego en su mente el recuerdo de que un día le fue negado un caldo de berzas y patatas que unas «caritativas» monjitas repartían a niños desnutridos y hambrientos

[13]Acabo de terminar de leer el artículo «Silencios ominosos, condenas inmisericordes» de Juan José Tamayo, director de la cátedra de Teología y Ciencias de las Religiones de la Universidad Carlos III de Madrid (*El País*, 14 de agosto de 2010, p. 23), sobre los papas y la Iglesia católica, que me parece un prodigio de lucidez.

porque descubrieron que tenía piojos. «¡Fíjate! —te cuenta en cuanto te descuidas—. ¡Dejar sin comer a una pobre niña pequeña! Con el hambre que había, que nos comíamos las lentejas aunque les viéramos los gusanos y ni pelábamos las naranjas. Nos las comíamos con cáscara y todo... Negar la comida a una niña… ¡Qué maldad! Porque lo de los piojos, claro, era normal… Aunque tu abuela era la mujer más limpia del mundo. Pero no había dinero… ¡y demasiado! Si hasta de vez en cuando había que levantar los colchones y rociarlos con no sé qué líquido para matar las chinches que andaban por todos lados. ¡Qué época, hija, qué época!». Y acto seguido de este parlamento, su mente vuelve a perderse envuelta en las telarañas de su enfermedad y no sabe si hoy es hoy y si es hora de comer o de cenar. Pero las monjitas se quedaron ahí, seguramente con sus alas blancas de ángeles protectores, sus cruces colgantes de seguidoras de un Cristo de amor y compasión, pero con su negativa a dar berzas y patatas aguadas a una niña de diez años hambrienta y llena de piojos. El mejor resumen que se puede hacer de estos años lo escribió Fernando Fernán Gómez en su obra *Las bicicletas son para el verano*. Cuando todos se declaran culpables de haber robado una cucharada de lentejas de la olla común y Dolores lloriquea diciendo «¡qué vergüenza, Luis, qué vergüenza!», el personaje que representó magistralmente Agustín González tanto en teatro como en cine se yergue soberbio en su dignidad humana y su respuesta es una declaración política de alcance universal: «¡Qué vergüenza, no! ¡Qué hambre!».

Por eso en los únicos que creo —y eso no es religión ninguna— es en esos hombres y esas mujeres que, en nuestro país o en tierras lejanas, de forma individual o en asociaciones con dos docenas de soñadores buenazos y bienintencionados, ponen todos los días su trabajo, su esfuerzo —y en muchos casos sus vidas— en aras de esas utopías por llevar algo de consuelo a los más desheredados del mundo y denuncian la corrupción, la infamia y la desidia de los gobiernos que permiten, cuando no promueven, delitos inhumanos. Creo en la grandeza de las personas que luchan por erradicar la sistemática violación de mujeres en África, el asesinato y tortura de muchachas en Ciudad Juárez (México), la mutilación genital femenina en todos los continentes del mundo, el tráfico de personas, la aceptación de la prostitución como mal menor, los abusos a la infancia en forma de robos de bebés, violaciones, trabajo esclavista o simple carencia de educación… Esto me hace recordar que la única misa voluntaria a la que he asistido en mi época adulta —boda propia y bodas ajenas religiosas aparte— fue a una

en homenaje a monseñor Óscar Arnulfo Romero de El Salvador, vilmente asesinado en plena celebración de la eucaristía. Aunque, claro, también es cierto que ni siquiera siendo mujer separada y viviendo exclusivamente con mis hijos pude yo librarme de unas leyes que era necesario acatar en una España de religión católica oficial. Quiero decir con esto que al igual que mis padres hubieron de casarse por la Iglesia y hubieron de bautizarme, yo tuve también que bautizar a mis dos hijos y ambos hicieron la primera comunión. Ninguno de esos actos religiosos ha dejado la menor huella en nosotros tres.

Los difíciles sesenta

Los años sesenta comenzaron mejor en lo económico y peor en lo personal. Gracias al despacho de pan y al trabajo en la Casa de la Moneda, nuestra economía mejoró y pudimos dar la entrada para un tercer piso sin ascensor en el mismo barrio de Prosperidad, donde por fin pudimos bañarnos sin tener que recurrir a barreños y palanganas y donde yo disponía de una habitación para mí sola. En el piso de enfrente vivía un matrimonio, la señora Elisa y el señor Manolo, con un hijo, Manuel, que devendría un hombre muy importante en mi vida treinta y tantos años después.

Pero a pesar de que, pasados unos años, dejamos el despacho de pan donde a mí no me gustó nunca trabajar y empecé a buscar —y encontrar— trabajo de secretaria, yo no fui ya feliz en esa época. Y no creo que ninguna joven adolescente, a no ser que haya sido una excepción clamorosa, pueda decir que el final de los cincuenta y el principio de los sesenta fuera una época maravillosa para la juventud española. Lo que yo he llamado después muchas veces «la moral imperante del reino» lo impregnaba todo, vencedores y vencidos. Los primeros —marchando hermanados de la mano de una poderosísima Iglesia católica— impusieron estrictas normas sociales, mucho mayores para la población femenina que para la masculina, que hicieron irrespirable el aire juvenil. Los segundos, bien porque resultaran contagiados, bien porque no desearan que sus hijos —y mucho menos sus hijas— se hicieran notar o dieran que hablar en unos vecindarios donde todavía el régimen controlaba a sus pobladores de mil formas, el caso es que las chavalas de aquellos años vivimos una adolescencia y una juventud constreñidas en una clase de normas que, hoy, resultarían inconcebibles, tanto —por fortuna— ha avanzado nuestra sociedad en ese aspecto.

El catálogo de las prohibiciones era inacabable. No se podían frecuentar determinados barrios de Madrid —las calles Barco o Echegaray eran de im-

posible paseo para una amiga mía—, no se podía volver a casa los domingos después de las nueve y media de la noche, fumar era impensable, había que maquillarse con mucha contención, los pantalones no habían aparecido aún excepto para alguna excursión... Sobre las relaciones entre chicos y chicas, poco puedo yo indicar aquí que no sea de sobra conocido. La más absoluta formalidad debía presidir las relaciones sentimentales, las castas novias debían permanecer el mayor tiempo posible en sus casas si el novio se ausentaba por algún viaje, las manifestaciones cariñosas públicas eran reprobadas —a mi actual marido, Manuel, le hicieron pasar un mal rato los guardas del Retiro, pidiéndole documentación y advirtiéndole de multa, por besar castamente a la que luego sería su primera mujer, Dori— y, si eran clandestinas, debían cargar con dos sambenitos terribles. Uno, que el varón que las propiciara luego rechazaría a la mujer que las aceptara y, otro, que todos los demás varones que conocieran esas relaciones repudiarían definitivamente a la «ligera de cascos», en expresión de la época.

Mi padre no fue una excepción a esas normas no escritas. Alguna vez, cuando mi madre era una mujer anciana a la que yo visitaba en la residencia donde vivió los últimos años de su vida, enfadada yo todavía con ese padre mío muerto hacía más de veinte años pero «más antiguo que el hilo negro» que me había tocado vivir en mi adolescencia, trataba de investigar con ella dónde o cuándo o por qué se produjo el cambio en una pareja —ellos dos— que a las tempranas edades de diecisiete y dieciocho años «se van a la guerra» y tienen relaciones sexuales libres y luego imponen a su hija —a mí— prohibiciones o normas asfixiantes. «Hija, qué quieres que te diga… Los tiempos cambiaron. Y para mal…», era la evasiva respuesta de mi madre. Pero en aquellas últimas conversaciones, mi madre hablaba sin reservas de aquellos tiempos en los que ellos se conocieron en el Círculo, «y enseguida papá me gustó, que le vi muy maduro para su edad y eso que yo era casi un año mayor que él, y sin ser guapo había algo en su cara que me atrajo y eso que tenía un ojo por el que no veía aunque nunca supe qué pudo pasarle, creo que un accidente cuando niño, pero siempre se acercaba a mí y si otro compañero del Círculo me miraba así, como con mirada provocativa, ponía cara de enfado y me pidió que saliera con él y cuando yo trabajaba en la fábrica de alfombras Los Fernández, ésa que está en Martínez Campos, venía a buscarme y cuando le dije que yo en realidad quería ser enfermera y que iba a estudiar le pareció muy bien y alguna vez, en algún permiso

del frente, vino al Hotel Palace donde yo ayudaba en el quirófano al doctor Lumbreras, y cuando estábamos en la cárcel yo sé que él se preocupaba sobre todo por mí y me hacía llegar la información de que esperaba salir pronto, que él no quería que yo sufriera y cuando supo que también mi padre y mi hermano Ángel estaban detenidos, hija, ¡qué mal lo pasó!, y luego, fíjate, cuando detuvieron también a sus padres, y tus tíos se quedaron solos, unos muchachitos pequeños, no me digas, la tía Concha con diez años solamente, que no hablaba más que valenciano porque estaban los cuatro recién regresados de Algemesí, que menos mal que estaba la hermana de tu abuela Paca, la tía Rufa, que la mujer lavando y planchando la ropa que le daban en las casas ricas pudo sacar para darles de comer que si no a estas horas están todos muertos, con el hambre que había, y la pobre mujer sola con cuatro sobrinos a sus espaldas, y hasta Alcalá de Henares que se iba, a la cárcel, a llevar a papá unos chuscos de pan porque sabía lo que allí estaban pasando, pero dime tú, si no habría más que pan, qué podía llevarle la mujer, por eso papá ha cuidado siempre tanto a esa tía suya cuando ya no pudo vivir sola, soltera ella de siempre porque no quiso casarse nunca a pesar de que posibilidades tuvo, que un fogonero de Renfe creo que la pretendió seriamente, pero que nada, que ella dijo que tenía que cuidar de sus sobrinos y cuando ya todo pasó y tus abuelos volvieron a su casa, que qué matrimonio ni qué gaitas, que la dejáramos en paz y así hasta que se murió, aunque yo creo que también le influyó que estuvo muy marcada por el hecho de no tener madre según decía ella misma, porque la historia es que el marido de su madre salió un día a por tabaco y no debió de encontrar estanco a mano, el caso es que el hombre no volvió y dejó a tu bisabuela y a tu abuela Paca abandonadas y tu bisabuela se enrolló la mujer, qué iba a hacer, claro, con otro hombre, y no pudieron casarse aunque el hombre era soltero, porque tu bisabuela era casada, por algún lado andaría el sinvergüenza de su marido, pero con éste nuevo hacer sus cosas sí que pudo, que en eso no entraba ni salía nadie y así nació ella, la tía Rufa quiero decir, pero, hija, es que las leyes de entonces decían que los casados no podían dar sus apellidos a hijos ilegítimos, así que la pobre llevaba sólo los apellidos de su padre, y él fue el verdadero abuelo que papá y tus tíos conocieron aunque no fuera el abuelo biológico, como se dice ahora, el abuelo Faustino, un hombre sencillo y bueno, que papá decía que no hablaba casi nada, que se pasaba las tardes sentado en una silla, sin quitarse nunca una boina con la que está en una foto que hay por algún sitio, mirando

siempre con ojos bondadosos a tus tíos, mira qué cosas, menos mal que ahora eso de los apellidos ya no importa a nadie y los hijos son sólo hijos…».

Se iba mi madre por los cerros de Úbeda en cuanto podía. No le gustó nunca tener que aceptar —al menos así lo viví yo— que mi padre hubiera cerrado su casa al mundo exterior y yo crecí asfixiada y desinformada. De mayor, cuando anduve por el mundo con algo más de equipaje —tampoco mucho, para qué nos vamos a engañar—, siempre pensé en el error que supone este tipo de educación. Las *teenagers* —por utilizar un término extranjero que se ajusta mucho mejor que el español de adolescente a lo que quiero decir— éramos un peligro público, una granada con la anilla a punto siempre de desengancharse. Sin bagaje alguno para entender los cambios físicos que se producían en nuestros cuerpos, sin bases sólidas para saber cómo afrontar la ruptura de algún noviazgo formal o cómo comportarnos en algún otro menos formal. Sin mente crítica. Sin pensamientos elaborados. Sin siquiera vocabulario para nombrar las cosas por su nombre. Sin posibilidades de preguntar a nadie o, aún haciéndolo, sin encontrar las respuestas adecuadas.

En mi casa no existió nunca, entre mis padres y yo, ni la más mínima conversación sobre lo que se esperaba de mí. La vida, simplemente, se desarrollaba día a día. El mismo silencio que la dictadura mantenía sobre hechos que solamente después de años he podido saber —todavía se fusilaba, todavía quedaban muchos españoles en las cárceles—, llegaba a una casa donde la vida se reducía a trabajar, celebrar los cumpleaños familiares, atender a la familia si era necesario y, raramente, salir de excursión algún domingo al río o a las piscinas de lo que entonces era el parque Sindical[14]. Por aquella época habían terminado esos viajes diarios que mi madre tenía que hacer a la puerta de la Casa de la Moneda —en la calle Serrano, entonces— para entregar a mi padre, que venía de su trabajo de albañil de cerca de la glorieta de Atocha, una tartera con la comida y algo de fruta para merendar. Y había acabado también el horario de seis a dos que mi padre mantuvo en el despacho de pan compaginado con el de tres a once en la Casa de la Moneda en su nuevo domicilio de Doctor Esquerdo. Para entonces trabajaba en la Fábrica de siete a siete. Esas doce horas diarias fueron su horario de trabajo habitual hasta su muerte. Muchas veces he pensado que tuvo mucho más

[14]Hoy es el parque deportivo Puerta de Hierro, dependiente de la Comunidad de Madrid.

derecho que otros para haber recibido la medalla al Mérito en el Trabajo y cuánto nos quejamos hoy ignorando cómo trabajó esa generación que lo hacía, además, sin pensar en el mérito que aquello tenía o esperar más reconocimiento que el cariño de los suyos. Ellos debían sacar adelante a sus familias y no se planteaban más que el trabajo honrado y de sol a sol. No existía el resto. Por eso, solamente ahora entiendo esos años en los que si yo intentaba salirme un poquito del tiesto soltando alguna boutade o pedía hacer algo por aquello de probarme a mí misma afianzando esa personalidad que dicen los psicólogos que es hecho propio de la edad adolescente pero que no entraba en sus planes paternales —un año que yo tenía un novio formalísimo quise salir con él a un baile de Nochevieja y no pude conseguirlo—, ese único ojo por el que veía mi padre —cuyo iris de color verde cinabrio siempre envidié y lamenté no haber heredado—, me fulminaba sin palabras. Supongo que le tuve lo que en términos jurídico-canónicos creo que se llama temor reverencial. Conjugué aquello como pude con el amor sin límites que también tenía por él al ir dándome cuenta de que su vida no podía haber sido muy feliz. Su infancia debió ser muy pobre, su juventud se vio truncada por la guerra y pasó la experiencia terrible de una cárcel. Luego, una posguerra de hambre y penalidades y la espera, sin esperanza, de la desaparición de un régimen dictatorial del que no se veía el final. Cómo iba yo a juzgarle.

Me limité, pues, a vivir con dificultad mi primera juventud agravada con el hecho de que debió de coincidir con los años del comienzo de la menopausia de mi madre y tampoco a ella le resultaron fáciles. La muerte en trágicas circunstancias de mi abuela materna, Amparo, añadió dolor y problemas a los sesenta. Mi madre se encerró en el dolor de su madre muerta y mi padre y yo dejamos, durante unos años, de ser importantes en su vida. Mi padre se refugió en el trabajo y en la relación con sus hermanos, a quienes veía mucho. Con los varones jugaba al mus en las mañanas de los domingos en la taberna de mi tío Paco, el marido de mi tía Concha. Con las mujeres seguía ejerciendo de hermano mayor ayudando en lo que podía cuando cualquier problema se presentaba. La familia, los amigos, los compañeros del trabajo, eran su vida. Yo navegué a la deriva leyendo mucho —teatro, novela, poemas—, escribiendo una poesía que a mí misma no me parecía tan cursi, y, decidida a estudiar, me matriculé y examiné —veinteañera ya y rodeada de niñas pequeñas— de acceso y dos cursos de bachillerato, que aprobé sin esfuerzo. Ambas circunstancias, tanto unos incidentes en el Instituto Beatriz Galindo como la muerte de mi abuela,

hicieron que, por primera vez en mi vida, diera yo una tímida muestra de que quería incorporarme a aquellos que al menos protestaban, y escribí dos cartas al periódico *Pueblo*. «No todas las señoritas que estudian bachillerato son chiquillas pequeñas a las que las palabras agrias de una celadora pueden impresionar», protestaba yo, enérgica en la primera, que se publicó sin mi nombre por razones obvias, dijo el periódico. También publicaron la segunda y mi abuelo Juan, el viudo de mi abuela Amparo, la recortó del periódico y se la mostraba, lloroso, a todo el mundo.

Queridos abuelos

Esos abuelos míos maternos, Juan y Amparo, a los que casi no conocí en tanto que niña pequeña, fueron luego pareja adorada cuando vinieron a vivir a mi casa o cuando lo hacían en Canillejas, en la casa de mi tía Isabel —mi querida tía Isabel—, una hermana de mi madre. Jamás conocí un matrimonio que se mirara con más amor y que se cuidara tanto mutuamente.

La cualidad más sobresaliente de ambos era su generosidad. Su vida era ayudar a todo el que estuviera a su alrededor. Siempre estaban dispuestos a echar una mano allá donde hiciera falta. En el despacho de pan cuando mi padre llamó a mi abuelo para que se ocupara del escaparate con bollería, chocolates y yogures —productos con los que ampliamos la venta de pan a los pocos meses del subarriendo y muchos de los cuales acababan regalándose a la chiquillería pobre del barrio—, en mi casa, si mi madre pedía su ayuda, en la de mi tía Isabel cuando ella y su marido debían salir a trabajar y alguno de los seis hijos que les nacieron gateaba aún por la cocina. Mi abuela Amparo andaba siempre de una casa a otra cargada de bolsas y con paso vivísimo. Mujer menuda y flaquita, de negros vestidos y diminuto moñito grisáceo, hablaba poco y sonreía siempre. Había crecido a la vera de su hermana mayor, Consuelo, huérfanas ambas desde muy pequeñas de

Juan Buedo y Amparo López, abuelos de Isabel Blas

una madre de la que me viene el nombre. Mi abuelo Juan, de blanca cabeza de prócer del diecinueve y hombre de una sensibilidad social acusadísima, era capaz de llorar sin reparos —lo que hacía que su abultada tripilla de anciano barrigudo se moviera ostensiblemente— cuando en las noticias de la radio o la televisión informaban de algún desastre natural o de algún accidente laboral.

Por eso no se entiende que a este hombre se le denunciara al terminar la guerra por hacer…

«alarde de su ideología extremista y dejándose decir que, antes de entrar los fascistas [sic] prendería fuego a su casa. Intentó durante dicho período [el período rojo] […] incautarse de la finca, cosa que no llevó a efecto, ignorándose las causas»[15].

Quizá, digo yo, es que era falso tanto lo uno como lo otro. Que mi abuelo no incendió la casa quedó de manifiesto puesto que el edificio todavía existe, y que la generosidad de mi abuela fue puesta a ingrata prueba también, puesto que tuvo que llegar hasta atender al vecino falangista que, pistola al cinto, reclamó de ella atención doméstica cuando quedó sola con sus hijos pequeños en la casa al haber sido detenido mi abuelo por su denuncia. «¿Qué iba a hacer mi madre si el vecino venía a pedirle que le planchara unas camisas enseñando bien a las claras un pistolón así de grande?», contaba mi tía Isabel. La historia de la vida de mi abuela Amparo y sus cuatro hijos pequeños —Chelo, Isabel, Antonio y Juan— en ese edificio, acabó cuando el propietario los puso en la calle de la noche a la mañana en el más exacto sentido de la palabra, colchones incluidos, por «rojos y marxistas». Sus dos hijos mayores —mi tío Ángel y mi madre— no vieron el llanto de los pequeños puesto que estaban en la cárcel.

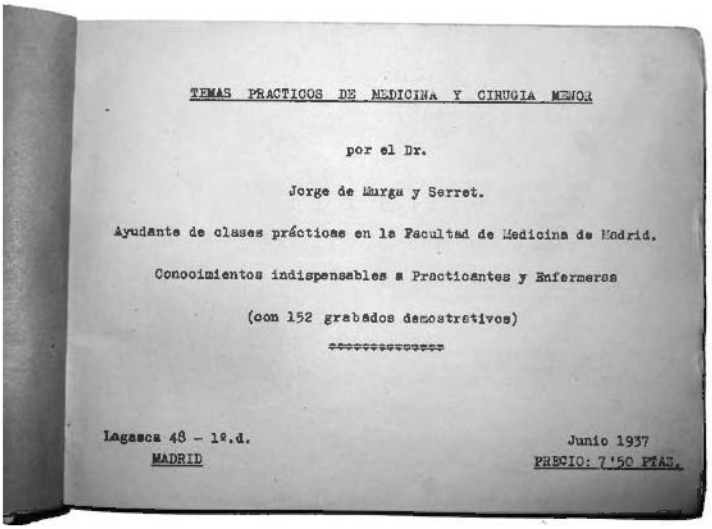
Cuando yo he conseguido el expediente donde están las denuncias y los cargos contra ellos tres —mi abuelo Juan, mi tío Ángel y mi madre— he tenido también posibilidad de leer las conclusiones. «Que debemos absolver y absolvemos libremente con todos los pronunciamientos favorables […]». Esa absolución llegaba tarde. No les evitó ni la cárcel —más de un año para mi madre— ni las penalidades, entre ellas esas viruelas carcelarias que a mi madre le marcaron el rostro y la muerte en la misma cárcel de Ventas de mi tía abuela Nicolasa —tía de su novio entonces—, que le marcó su espíritu. Dos

[15]Procedimiento Sumarísimo de Urgencia núm. 22.194, 2 de junio de 1939, p. 11.

marcas que llevó siempre consigo y de las que un día en que seguramente estábamos solas quiso desprenderse narrándome parte de su historia.

La de las viruelas era corta. La enfermedad, que se caracteriza por la erupción de un gran número de pústulas, le fue contagiada en la cárcel de Ventas, donde otras mujeres presas como ella la padecieron con desigual fortuna. La posibilidad de mantener una higiene correcta era casi imposible en la cárcel. Las mujeres se veían privadas hasta de los paños higiénicos necesarios para contener sus menstruaciones y debían acudir a que la familia les facilitara trapos o pastillas de jabón. El bicarbonato para lavarse los dientes era un lujo. Cuando se le detectó el ataque de viruelas pasó bastantes días en la enfermería con una fiebre de caballo y la cara, que se le caía a pedazos, como un monstruo de feria. Pero su gran fortaleza física, que se manifestaría después con su larga vida —murió de un accidente cardiovascular a falta de dos meses para cumplir ochenta y nueve años—, redujo la enfermedad a unas huellas casi imperceptibles en su rostro al cabo de los años. Esa fortaleza también se había puesto de manifiesto con anterioridad. Aunque le gustaba el trabajo de tejer alfombras, ella siempre había deseado ser enfermera y, un par de años antes de comenzar la guerra, ya estaba estudiando para conseguir el título. Junto a mis enciclopedias guardo otro «incunable». *Los Temas Prácticos de Medicina y Cirugía Menor (Adaptado al programa oficial)*, un librito precioso con una recopilación de «conocimientos indispensables a Practicantes y Enfermeras» del doctor Jorge de Murga y Serret[16].

Ella conservó este libro y su uniforme de enfermera toda la vida pidiéndome que,


TEMAS PRACTICOS DE MEDICINA Y CIRUGIA MENOR

por el Dr.

Jorge de Murga y Serret.

Ayudante de clases prácticas en la Facultad de Medicina de Madrid.

Conocimientos indispensables a Practicantes y Enfermeras

(con 152 grabados demostrativos)

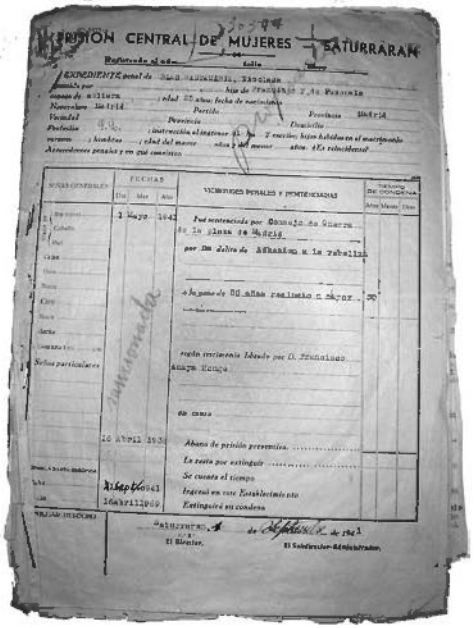
Lagasca 48 - 1º.d.
MADRID

Junio 1937
PRECIO: 7'50 PTAS.

[16]El libro consta de XXXIX temas, lleva 152 grabados demostrativos y sus 104 páginas están mecanografiadas y encuadernadas con una portada azul y letras estampadas en oro. Se publicó en junio de 1937 y su precio fue de 7,50 pesetas. El Dr. Jorge de Murga y Serret tenía su escuela en la calle Lagasca, 48, 1°. dcha., de Madrid.

a su muerte, introdujera ambos en su féretro. Cumplí su deseo con el uniforme pero le pedí perdón por quedarme con el libro. Me parecía una joya que no podía pudrirse con la tierra.

Mi madre aprobó todos los exámenes y, nada más empezar la guerra, fue destinada al Hospital Militar número 1 en que se había convertido uno de los hoteles más emblemáticos de Madrid, el Palace. Fue ayudante de quirófano con el doctor Gómez Lumbreras y, sin duda también, conocería y admiraría al doctor Bastos Basart. Ambos médicos eran autoridades internacionales en el tratamiento de las heridas de guerra cuyo *método español* salvó tantas otras vidas después, en la segunda guerra mundial. Las operaciones en el hotel se llevaban a cabo bajo la cúpula acristalada del salón principal.


PRISIÓN CENTRAL DE MUJERES — SATURRARAN

EXPEDIENTE penal de ... Barcelona

Reclamado por ... hija de Francisco y de Francisca

Nacido en ... Partido ... Provincia Madrid

Vecindad ... Provincia ... Domicilio ...

Profesión ... instrucción al ingresar el ... Sí escribe; hijos habidos en el matrimonio ...

Antecedentes penales y en qué concepto ...

SUMAS CONTABLES	FECHAS			VICISITUDES POSTALES Y PENITENCIARIAS	TIEMPO DE CONDENA
	Día	Mes	Año		Años Meses Días
	1	Mayo	1942	Fué sentenciada por Consejo de Guerra de la plaza de Madrid por 2m delito de Adhesión a la rebelión a la pena de 30 años reclusión mayor	30
				según incremento Ideado por D. Francisco Amaya Hongo	
				de cuna	
	16	Abril	1943	Abono de prisión preventiva	
				La pena por extinguir	
				Se cuenta el tiempo	
	16	Sept	1941	Ingresó en este Establecimiento	
	16	Abril	1969	Extinguirá su condena	

Saturraran, 1 de Septiembre de 1941

El Director. — El Subdirector-Administrador.

Portada del expediente penitenciario de Nicolasa Blas Santamaría. Archivo del Centro Penitenciario Victoria Kent de Madrid (ACPVK). Legajos Fallecidas A-C.

«Olía a éter, a berza y con frecuencia se veía sangre en las escaleras. […] Los cirujanos intervenían bajo la luz de dos candelabros a los soldados de la República a los que arrancaban trozos de acero de sus cuerpos y amputaban sus pies y manos»[17].

Así lo contaba ella también. Como su título nunca había sido expedido, hubiera debido volver a examinarse para seguir trabajando al salir de la cárcel. No quiso. Nunca más ejerció en tiempos de paz. Solamente la familia nos beneficiamos de tener quien nos pusiera las inyecciones cuando enfermábamos.

Mi tía Colasa, la Nico

La de mi tía abuela Nicolasa —en casa siempre fue la tía Colasa, en la cárcel

[17]Texto de la periodista estadounidense Martha Gellhorn, fallecida en 1998, recogido en www.opennewsturismo.com/librosviajeshoteles.htm#uno

fue la Nico— era más amplia y mucho más terrible pero también entonces me quedó incompleta. La totalidad sólo pude reconstruirla cuando, muchos años después, tuve la inmensa suerte de entrar en contacto con el historiador Fernando Hernández Holgado, quien había hecho una investigación sobre las mujeres presas en la cárcel de Ventas que plasmó en el libro *Mujeres encarceladas*[18], en el que aparecía mi tía. Él tuvo la posibilidad y la amabilidad de facilitarme los 52 ficheros informáticos de que se componía la historia penitenciaria de esta mujer por las prisiones de Ventas (Madrid), Amorebieta (Bizkaia), Málaga y Saturrarán (Motrico, Guipuzkoa)[19].

La tía Colasa era la hermana pequeña de mi abuelo Boni con tres hermanos de por medio —Guillermo, Francisca y María—. Dado que mi padre era el hijo mayor, la diferencia de edad entre tía y sobrino no era mucha, unos seis años aproximadamente. Debieron relacionarse más como hermanos que como tía y sobrino. Mi madre me contó que era bajita, feilla, de pecho amplio, constitución sólida y ademanes briosos. Una única fotografía que tengo de ella muestra la cara vulgar de una mujer sonriente vestida con el uniforme blanco de las enfermeras.

Nada más acabar la guerra fue detenida y el 16 de abril ingresó en la Prisión Central de Mujeres de Madrid acusada de un delito de *auxilio a la rebelión*, cargo tan socorrido para las denuncias franquistas.

Nicolasa Blas Santamaria, miliciana socialista y republicana, tia abuela de Isabel Blas

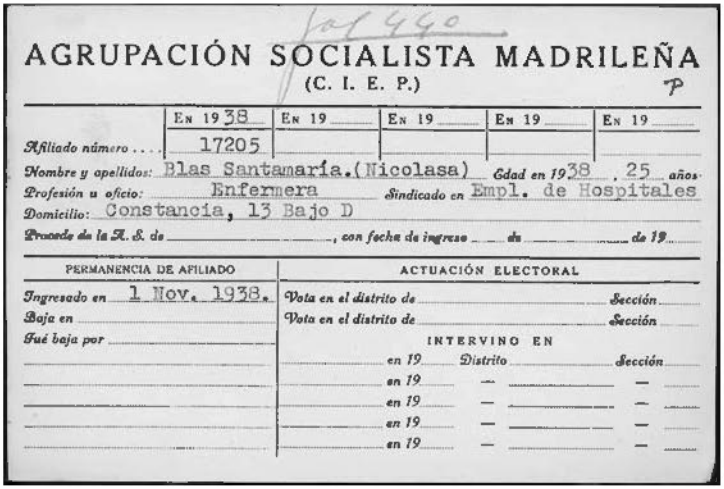
[18] HERNÁNDEZ HOLGADO, Fernando, *Mujeres encarceladas. La prisión de Ventas: de la República al franquismo, 1931-1941*, Madrid, Marcial Pons Historia, 2003.

[19] Por mi cuenta, busqué y encontré también documentación sobre ella en el Archivo del Tribunal Territorial Primero de Madrid (ATTPM), sito en el paseo de Pintor Rosales de Madrid, a cuyos funcionarios agradezco profundamente la atención que me dispensaron.

Desde esa fecha hasta el 25 de junio de 1945 en que murió reventada a palizas, su vida fue un continuo entrar y salir de las cárceles españolas a los locales de Falange donde era torturada.

Entre otros cargos, el auxilio a la rebelión consistió en que ejerció la enfermería en los años de la guerra «quedando encargada de un botiquín en el Radio Avanti»[20], estuvo «afiliada al Círculo Socialista de la Prosperidad y a las Juventudes Socialistas Unificadas» y «estuvo de miliciana en el Convento de Trinitarias de la iglesia del Pilar y luego en el frente como enfermera»[21].

También la acusaron de haber sido una de las personas que incendió la iglesia del Pilar, acusación ésta —la quema de iglesias— codificada por el franquismo. Si se pudieran sumar todas las personas acusadas de este delito, centenares de miles de personas se habrían dedicado a este único e incendiario delito.



AGRUPACIÓN SOCIALISTA MADRILEÑA
(C. I. E. P.)

	En 1938	En 19	En 19	En 19	En 19
Afiliado número	17205				

Nombre y apellidos: Blas Santamaría.(Nicolasa) Edad en 1938, 25 años
Profesión u oficio: Enfermera Sindicado en Empl. de Hospitales
Domicilio: Constancia, 13 Bajo D
Procede de la A. S. de ....., con fecha de ingreso ... de ... de 19...

PERMANENCIA DE AFILIADO	ACTUACIÓN ELECTORAL
Ingresado en 1 Nov. 1938.	Vota en el distrito de ... Sección ...
Baja en ...	Vota en el distrito de ... Sección ...
Fué baja por ...	INTERVINO EN
	en 19 ... Distrito ... Sección ...
	en 19 ... — ... —
	en 19 ... — ... —
	en 19 ... — ... —
	en 19 ... — ... —

Centro Documental de la Memoria Histórica de Salamanca, CDMHS. Servicios Documentales de la Presidencia del Gobierno. Agrupación Socialista Madrileña. Afiliada número 17205. Folio 440. Ficha de Nicolasa Blas Santamaría.

En su declaración, mi tía afirma pertenecer a las Juventudes Socialistas desde el año 1931 y que, a los pocos días de comenzar la guerra, fueron a buscarla para destinarla al frente —al pueblo de Buitrago— como enfermera, donde también sirvió lavando ropa. Que después de dos meses regresó a Madrid y prestó sus servicios como tal enfermera en la Maternidad. Que asistió a algunas concentraciones comunistas como simple manifestante, que no estuvo nunca en el cuartel de la Montaña, que no estuvo en la iglesia del Pilar y que no perteneció al partido comunista «sino que tenía simpatías por las ideas socialistas»[22].

Dos años después de ser detenida, entre abril y mayo de 1941, compareció ante

[20] ATTPM. Procedimiento Sumarísimo de Urgencia núm. 61.078.

[21] ATTPM. Procedimiento Sumarísimo de Urgencia núm. 5.980.

[22] ATTPM. Diligencias informativas, procedimiento núm. 61.078.

un consejo de guerra, en el que se pidió para ella una condena de treinta años de reclusión mayor. La sentencia de dicho consejo considera probado que:

"La procesada […] intervino […] alentando al asalto del Cuartel de la Montaña, quedando encargada de un botiquín en el Radio Avanti, cacheando por las calles, llevando pistola con la que amenazó a los fieles de la iglesia del Pilar en fecha 19 de julio de 1936, asistiendo al incendio y saqueo de la misma, marchando a la sierra como miliciana […] sin que se acredite en forma fehaciente ninguna otra actuación de mayor entidad"[23].

La *menor entidad* de estos cargos le supuso la condena solicitada por el fiscal, treinta años. Supongo que una *mayor entidad* le hubiera llevado, directamente, ante el pelotón de fusilamiento.

Desde ese momento comienza su periplo por otras cárceles españolas, lo que supuso un alivio tanto para ella como para su familia, dado el lamentable estado físico en que regresaba a Ventas después de algunos interrogatorios donde era apaleada sin compasión. En junio de 1944 es trasladada a Amorebieta y, desde allí, va y viene a Saturrarán, donde seguramente conocería y trataría a Rosario Sánchez, *la Dinamitera,* por allí en las mismas fechas. En esta prisión, la junta de disciplina propone su libertad condicional, que le es denegada. La familia conoce y se interesa por su ya precario estado de salud. La estancia en Ventas ha sido terrible para ella. Saben que no podrá aguantar mucho más en la cárcel.

De nuevo en Amorebieta, permanece en esa prisión hasta enero de 1945, de donde sale «trasladada a otro establecimiento como sanción por su conducta». Si en 1944 la directora de la prisión de Amorebieta había certificado que en la «suprimida cárcel de Saturrarán» siempre «observó buena conducta», sólo puedo pensar que tal cambio de actitud fue debido a su desesperación por la denegación de la libertad o a que, sabiendo que no tardaría en morir, nada tuvo interés para ella.

El otro *establecimiento* era la Prisión Central de Mujeres de Málaga, donde no fue objeto de ningún castigo penitenciario pero se la califica como mujer de «conducta dudosa». A primeros de marzo del mismo año vuelve a Ventas, donde se producirán otras salidas de la cárcel a «comisariados clandestinos»

[23] ATTPM. Procedimiento Sumarísimo de Urgencia núm. 61.078.

falangistas con la excusa documentada de análisis médicos. Lo que sucedía en esas salidas lo recogió un libro de experiencias carcelarias de una compañera de aquellos años.

"En la misma puerta la esperaban unos señoritos falangistas con un coche, se la llevaron a un local de Falange y allí la molieron a palos. ¡Siete energúmenos pegándole! Total: la Nico, que era fuerte como un roble, volvió en camilla, ciega. La vista le volvió poco a poco, aunque no del todo, pero jamás ha podido volver a enderezarse y, a sus veintiséis años, anda encorvada como una vieja. Además, de cuando en cuando le dan como ataques de locura y tienen que sujetarla, porque no conoce a sus compañeras y cree estar en el local de Falange. «¡Cobardes, —les grita— que os ponéis a siete para pegar a una mujer!» Y como la Nico, tantas y tantas"[24].

Seguramente en su burocrático y urgente afán por dar visos de credibilidad a esas salidas —haciéndolas figurar como peticiones de autorización para que a la reclusa le realicen dos radioscopias de estómago, una en marzo y otra en octubre de 1945—, el funcionario que redactó las falsas solicitudes no se dio cuenta de que la segunda solicitud de salida la fechó cuatro meses después de que mi tía Colasa estuviera muerta y enterrada.

Tampoco llegó a tiempo de hacer nada por su vida la carta que Irene Falcón, del Secretariado de la Unión de Mujeres Españolas, escribió a la Federación Democrática Internacional de Mujeres, en París, adjuntando una relación de los terribles hechos que sucedían en algunas cárceles españolas —donde constaban las torturas a las que se sometió a mi tía Colasa y a otras mujeres encarceladas—, «rogándoles los hagan conocer a las mujeres del mundo entero, a fin de que se intensifique la campaña a favor de la España republicana y por la ruptura de relaciones diplomáticas y económicas con Franco»[25].

Su muerte estaba anunciada, como tantas otras en esas fechas, desde que ingresó en Ventas. Mi madre, que había recobrado la libertad, la visitaba con toda la frecuencia que podía —en ocasiones llevaba consigo a la madre de Colasa, mi bisabuela Pascuala— y por ello fue testigo directo de las lesiones ocasionadas por las brutales palizas a las que la

[24]NÚÑEZ, Mercedes, *Cárcel de Ventas*, París, Éditions de la Librairie du Globe, 1967, p. 21.

[25]Carta reproducida en la exposición Presas de Franco que organizó la Fundación de Investigaciones Marxistas en Madrid en marzo de 2009.

(10)

UNION DE MUJERES ESPAÑOLAS
21 Av. des Champs Elysées
PARIS (8ème)

París, 24 de Septiembre 1946

A LA FEDERACION DEMOCRATICA INTERNACIONAL DE MUJERES
37, rue Jouvenet
PARIS

Queridas amigas:

En las últimas semanas se han producido en España nuevas olas de detenciones de patriotas -mujeres y hombres- antifascistas y un recrudecimiento de actos de terror y asesinatos cometidos por los verdugos franquistas.

Les adjuntamos a la presente el relato de algunos hechos, rogándoles los hagan conocer a las mujeres del mundo entero, a fin de que se intensifique la campaña en favor de la España republicana y por la ruptura de relaciones diplomáticas y económicas con Francia.

A este propósito, nos permitimos sugerirles la necesidad de pedir a las Secciones de la F.D.I.M. cuáles son los resultados de sus esfuerzos en el cumplimiento de la resolución adoptada en la última reunión del Comité Ejecutivo de la F.D.I.M. sobre el envío de delegaciones de juristas a fin de visitar las mujeres antifascistas presas en España. En vista del creciente terror franquista, estimamos de extrema urgencia se emprendan medidas prácticas para ayudar al pueblo español en lucha contra la tiranía de Franco.

Con la certeza que responderán a nuestro llamamiento, sírvanse queridas amigas, recibir nuestros más cordiales saludos.

POR EL SECRETARIADO.
I. FALCON.

ARCHIVO

Archivo Histórico del PCE (AHPCE). Represión franquista. Caja 117, Carta Torturas.

sometieron para que denunciara a sus compañeros. Nunca lo consiguieron. Yo me permití la licencia literaria de incluir este episodio real de la vida de esta mujer en mi novela *Maldito baile de muertos*[26]. No sabía yo entonces que tendría ocasión de escribir sobre ella como ahora lo estoy haciendo y me pareció que, aunque fuera en un relato de ficción, su valentía y su tragedia bien merecían unas líneas[27]. Extracté en la novela lo que mi madre, siempre que hablaba de ella, repetía con pasmosa exactitud y puse el texto en boca de uno de mis personajes:

"Pude verla por última vez y estaba casi ciega. Había comenzado a desvariar. Creía encontrarse todavía delante de los falangistas que la golpeaban sin piedad para que delatara a sus compañeros. «Dinos sus nombres, hija de puta», exigían ellos. «Cobardes, fascistas, cabrones» era toda la información que ella daba y que le costó la vida".

En la enfermería, donde la trasladaron después de incontables peticiones de las reclusas amigas, mi madre atendió sus últimas palabras. «Me han matado, Chon». Al destapar un poco la sábana que la cubría, el horror alcanzó de lleno a mi madre. Ni un solo centímetro de su cuerpo conservaba su color natural. Toda su piel era una inmensa mancha entre negra y violácea. Tardó dos días en morir entre vómitos de sangre. Su

[26] Madrid, editorial Bubok, 2009. Bubok es una editorial de autoedición que ha hecho realidad el sueño de publicar de tantas personas que no tuvimos —o no tenemos— la posibilidad de hacerlo con las editoriales convencionales. Nunca les estaré lo suficientemente agradecida por ello, dado que me ha permitido hacer llegar parte de mis creaciones literarias a las personas que han tenido la gentileza de adquirirlas.

[27] Algunos lectores allegados de mi novela saben que, dentro de la ficción de la misma, dos datos hay en *Maldito baile de muertos* que son reales. La existencia de la maravillosa casa frente al mar de Denia y la forma de muerte de Nicolasa.

muerte se certificó como un «shock postoperatorio consecutivo a una gastrotomía por ulcus gástrico». Pero ella nunca fue operada de nada.

Cuando, a través de toda la documentación ya en mi poder, tuve conocimiento de la fecha exacta de su muerte, decidí publicar una esquela en la prensa. Había visto las de otros republicanos, puestas por hijos o nietas de fusilados y me parecía un pequeño y precioso homenaje. Porque, además, en mi tía Colasa se daba la circunstancia de que ella no iba a figurar nunca en las listas de personas fusiladas, desaparecidas o enterradas en cualquier cuneta de nuestros pueblos. No la fusilaron, nunca desapareció y fue enterrada en el cementerio del Este en alguna sepultura hoy desaparecida. Me faltaba la lista donde pudiera entrar ella, que existía sin yo saberlo. Escribí mi esquela, rompí la hucha donde guardaba el dinero para mis próximas vacaciones y la publiqué en el periódico *El País*. Sé que varios organismos la recogieron. Memoria y Libertad, la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica, algún que otro *blog*… Por el etéreo mundo de Internet sigue el texto que salió junto al de Gerardo Muñoz y Muñoz, un «maestro nacional que dio su vida por la libertad de pensamiento». Aún se puede leer.

NICOLASA BLAS SANTAMARÍA

MILICIANA SOCIALISTA Y REPUBLICANA

No tuvieron necesidad de fusilarla.
Murió en la cárcel de Ventas el 25 de junio de 1945, a los 29 años, ciega y medio loca, reventada a palizas

Con ella, Paco, Chón, Bonifacio, Guillermo, Juan y Ángel sufrieron cárcel, enfermedades y penalidades por defender la legalidad republicana y la Constitución Española. Con ella, Paca, Amparo, Rufa, Consuelo, Ricardo, Boni, Manola, Concha, Isabel, Antonio, Juan, Chelo y Pascuala sufrieron dolor, injusticias, soledad y hambre, mucha hambre.

Yo, Isabel Blas, los tendré siempre en mi memoria, como un ejemplo de dignidad, honestidad, valentía y bondad.

El País, 24 de junio de 2007, p. 62.

Como digo, Memoria y Libertad, la Asociación de Familiares y Víctimas de la Represión Franquista en Madrid, sí tenía en su blog una lista de víctimas donde la muerte de mi tía Colasa figuraba con «E» de fallecida por enfermedad[28]. Llegué a tiempo de mostrarle a mi madre este *blog* pero no la esquela —ella había muerto en febrero de ese mismo año—, lo cual parece haber sido una constante en mi vida.

El coste de ser adulta

Porque tampoco llegué a tiempo de hablar con mi padre. Hablar en el sentido

[28] http://www.memoriaylibertad.org/ENLACES LISTADOS.htm

más puro del término. Por el contrario, sé que fui fuente de inmenso dolor para él cuando decidí mi matrimonio con un hombre extranjero al que conocí en la academia en la que preparaba los exámenes de los dos últimos años de bachillerato —los aprobé pero suspendí la reválida por el examen de química— y con quien mantuve un corto noviazgo en Madrid —sin que mis padres llegaran a conocerlo—, ampliados por otro corto tiempo de noviazgo epistolar, puesto que él vivía en Nueva York. Casarme con él implicaba marcharme a vivir a una ciudad tan distante. Unas cuantas advertencias paternas sobre el poco conocimiento real que yo tenía de mi futuro esposo fueron desoídas por mí con esa arrogancia juvenil que debemos tener todos los hijos cuando nuestros padres dicen lo contrario de lo que nosotros pensamos o queremos hacer. Entre el enamoramiento de una mujer de veintidós años tonta de solemnidad y el sabio consejo de unos padres sensatos, que nadie apueste por éstos. Ganará el amor de la tonta.

Pienso ahora lo que ellos debieron sentir al oír que su hija iba a marcharse poco menos que al fin del mundo con un hombre del que lo ignoraban todo y al que conocieron siete días antes de la boda. Sólo ahora me resulta lógico que, para ellos, no fuera suficiente que yo les hablara de amor. Un amor sincero, siempre lo he defendido así, pero equivocado. Mi alejamiento de España duró lo que tardé en darme cuenta de que no podría sobrevivir sola en una ciudad desconocida y hostil donde la peculiar personalidad de mi marido se hizo enseguida evidente y donde hasta sus hermanos me hablaban sin recato de esas peculiaridades como si fueran la cosa más normal del mundo. Pedí ayuda a mi padre para volver y regresamos a España. Mi matrimonio duró los tres años y medio en que intenté ver si, estando en mi tierra, era posible salvar una unión durante la cual habían nacido mis dos hijos y que se deshacía por días. No pudo ser. En una España sin divorcio, donde lo único a lo que los españolitos podíamos acogernos era a un estado ambiguo y confuso que se llamaba *separación de cuerpos y bienes* —que había de ser instado ante la Iglesia católica con abogado y procurador—, yo decidí separarme y entrar a formar parte de un muy escaso todavía número de mujeres que, cuando contestaba en los cuestionarios su estado civil, debía señalar la equis en la casilla de «otros» dado que no podía ponerla en las de casado, soltero o viudo —siempre en masculino, no faltaba más— y que, cuando iba a la peluquería, llevaba prendida en la bata una hojita identificativa que me reconocía como «Señora de Nada». El hecho provenía de que la recepcionista de la peluquería no preguntaba nombres. Educada y

sonriente, nos dirigía a todas una insólita interrogación, «¿Señora de?». Y como yo respondía «Señora de nada, mi nombre es Isabel Blas», quizá no atendiendo ya a la segunda parte de mi frase, ése era el nombre que anotaba y, por tanto, ése era el «apellido de mi esposo» con el que yo me paseaba entre lavabos, rulos, redecillas y secadores.

Si mi matrimonio fue doloroso para mis padres, también lo fue mi separación, aun reconociendo que mi convivencia matrimonial no era posible ni un día más. Pero yo tenía un hijo de dos años y una hija de seis meses cuando mandé a un abogado meter los papeles donde hubiera que meterlos para separarme de mi marido y mi padre, con esa generosidad y ese afán por ocuparse de los suyos que lo caracterizó siempre, me hizo llegar su total disposición a hacerse cargo de mí y de mis hijos. Se lo agradecí pero le indiqué que yo era una persona adulta y mis hijos eran míos y de mi responsabilidad. Quizá ese fue el primer día que mi padre me vio como persona. No como una niña tímida, callada y tonta, ni como su tan todavía joven hija, puesto que acababa de cumplir veinticinco años. Me gustó haber crecido en su consideración, esa consideración que, de muchachita, yo buscaba de mil maneras. Intentando comentar con él los partidos de fútbol de su admirado Real Madrid, haciendo preguntas obvias sobre los billetes que salían estropeados de las máquinas de la Fábrica o sobre la muerte de Manolete. Lo que fuera, puesto que solamente tenían como motivo un reconocimiento que tardó tanto en llegar.

Por estos mismos años al menos le di una gran alegría. Tuve conocimiento de que el SIMO —el Simposium Internacional de Material de Oficina— que todos los años se celebraba por noviembre en Madrid, incluía un concurso para elegir a la mejor secretaria de nuestro país. Vi la cuantía económica del premio, 25.000 pesetas, y no lo dudé. Me presenté. En aquellos años el dinero escaseaba en mi casa —y ahora ya quiero decir mía exclusivamente, es decir, donde yo vivía con mis hijos— y yo trabajaba como una bestia parda para llegar a final de mes. Así es que 25.000 pesetas me vendrían de maravilla. Y gané. Cuando llegué a casa de mis padres con el dinero, mi madre lo contaba, extasiada, una y otra vez. No debía de haber visto juntos 25 billetes de 1.000 pesetas en su vida. El concurso se celebró con una gran cena en el Hotel Meliá y la noticia salió en los periódicos. Pero lo que más me gustó fue una entrevista que me hizo una periodista donde se reflejaba algo que, con el paso del tiempo, yo había olvidado haber dicho.

«Las trece concursantes que llegaron a la prueba del test cultural estaban inquietas

y deseando llevarse el premio. Entre ellas, Isabel […] destacaba por su serenidad, hasta tal punto que se permitía el lujo de entablar con nosotros una conversación al margen de las pruebas. Ella decía que quería estudiar periodismo, que tenía dos hijos, pero que nunca era tarde. Y veinticuatro horas después ella era elegida como la mejor secretaria de España 1971[29]*).*

«Hoy en día, más que el físico, lo que cuenta a la hora de buscar trabajo es la competencia profesional».

ISABEL BLAS

LA SECRETARIA DEL AÑO

En el concurso organizado por CITEMA y SIMO para elegir a la mejor secretaria de España sólo se presentaron inicialmente unas 30 candidatas, de las que no pasaron a las pruebas «finales» más que trece. Dato curioso es que todas menos dos trabajan en Madrid, y estas dos representan a Santa Cruz de Tenerife. La explicación de esta escasa representación es sencilla: el premio es relativamente pequeño para el esfuerzo que se les pide. Veinticinco mil pesetas hoy en día resultan muy poco estimulantes.

Según los directivos de ambas organizaciones dicho premio se incrementará el año próximo, año en el que piensa celebrarse en Valencia un concurso mundial para secretarias de dirección.

(Sigue en la página 97)

Era verdad. Desde que me interesé por estudiar, mi meta era estudiar periodismo. No porque fuera a ejercer de periodista —mi vida andaba encauzada por otros derroteros—, sino porque quería demostrarme a mí misma, y quizá demostrarle a mi padre, que mi abuelo tenía razón. Que yo podía y quería estudiar. Pero para eso habría que esperar todavía. Mis hijos eran pequeños y bastante trabajo era ir pasando por aquellos once años de separada —esos fueron los años que tardó en llegar el divorcio a nuestro país desde que yo me separé—, siendo la señora de Nada, y teniendo el estado civil de «otros». Aunque todo ello fue despertando en mí esa segunda *isabel* que vio la injusticia de algunas leyes, comprobó la ausencia de otras y decidió unir su lucha a la de tantas mujeres. Vivir como señora de Nada tenía su gracia. No tener estado civil por no tener divorcio, significaba estar en un limbo jurídico. Las sentencias eclesiásticas también tardaban

[29] P. A., *La actualidad española*, año XX, núm. 1.037, 18 de noviembre de 1971, pp. 95-96. Las iniciales «P. A.» corresponden a Paola Arnaldo.

lo suyo en salir y ello podía tener consecuencias importantes en situaciones graves relacionadas con los hijos —operaciones quirúrgicas o viajes—, o para la disposición de propiedades compradas en el entonces único régimen económico —no el único posible, pero sí el único conocido por las gentes comunes— de los matrimonios del régimen franquista, el de gananciales.

Aparece la otra Isabel

Y aun reconociendo que los tiempos no eran los mismos —El País iba avanzando a costa de sí mismo, Franco daba alguna muestra de flaqueza política y su edad hacía pensar en un final no muy lejano—, mi padre no deseaba que yo estuviera metida en nada que pudiera ponerme en peligro. A mí y, además, a mis hijos. Por tanto, cuando me incorporé a la Asociación Española de Mujeres Separadas, primero de simple asociada y después como miembro de la junta directiva, lo que supuso acudir a reuniones de la Plataforma de Organizaciones Feministas de Madrid, participar en encierros[30)], quedarme muchas tardes trabajando para poner la oficina en orden, hacer encuestas[31)], organizar nuevas formas de ayuda a las mujeres hasta entonces inexistentes como bolsas de trabajo[32)], asistir a manifestaciones que no siempre terminaban de forma pacífica, formar parte de las mesas de actuaciones en

[30)] «Una de las últimas actuaciones […] fue el encierro que la asociación llevó a cabo en la iglesia de San Miguel, los días 7 y 8 de este año [1977] para reclamar el paso de unas causas judiciales matrimonios al fuero civil del Estado y la instauración de una ley de divorcio. Fue un suceso que tuvo gran repercusión en los medios de comunicación y en el que las encerradas corrieron un riesgo cierto al acceder a la iglesia, en la mañana del día 8, ante los Guerrilleros de Cristo Rey provistos de contundentes elementos de disuasión», AA.VV., *Españolas en la transición. De excluidas a protagonistas (1973-1982)*, Madrid, Biblioteca Nueva, p. 59.

[31)]«Promovida por Isabel Blas se lleva a cabo una encuesta entre las afiliadas, primera en su género, que permitió poseer datos sobre el número concreto de separaciones, tiempo de convivencia de los matrimonios, número de hijos, situación económica de las mujeres y, lo que resultó muy importante, propició el conocimiento de lo que ocurría en la intimidad de muchos hogares aunque permaneciera oculto a los ojos de la sociedad. Se conoció así el fenómeno del que hoy —dado el mayor grado de libertad existente— salta a diario a los informativos: la violencia doméstica masculina». Ibidem, pp. 56-57.

[32)]«De la misma forma, la asociación se interesa por el trabajo asalariado de las mujeres en trance de separación e Isabel Blas organiza una bolsa de intercambio de trabajos que intenta paliar, en la medida de sus posibilidades, la falta de capacidad económica de muchas separadas para conseguir su autonomía». Ibídem, p. 57.

«SI NUESTRA META ES LA IGUALDAD, NUESTRA FUERZA ESTA EN LA UNIDAD, Y ESTO AL MARGEN DE LAS IDEOLOGIAS Y DE CLASISMO»

«LOS SACERDOTES NO ENTIENDEN NADA DE PROBLEMAS DE CONVIVENCIA»

Noticia del acto de la Asociación Española de Mujeres Separadas y de la Asociación Democrática de Mujeres (ADM), por la revista Doña, *nº 32, 28 de mayo de1977. En la foto central, Isabel Blas es la primera por la izquierda.*

los actos que comenzaron a celebrarse para exigir el divorcio[33]), él me prevenía —me regañaba más bien—, asustado de que pudiera pasarme algo, sobre todo al conocer que las denuncias habituales que hacían en un programa de Radio Peninsular Mabel Pérez-Serrano y Ana María Pérez del Campo —presidenta y vicepresidenta respectivamente de la asociación—, provocaron las reiteradas amenazas de los ultraderechistas.

Sé que tenía razón en parte porque yo me enrolé en el barco del feminismo sin más que mi necesidad de contribuir e, incluso, sin conocer a las mujeres que habían marcado el camino por el que yo transitaba ahora. Nada sabía yo entonces de la diputada Clara Campoamor que había conseguido el voto para las mujeres, de la abogada Victoria Kent, de la dirigente anarcosindicalista Teresa

[33])El primer acto de estas características se celebró en Madrid en mayo de 1977, en el Gran Hotel Velázquez, convocado por la Asociación Española de Mujeres Separadas (AEMS) y por la Asociación Democrática de la Mujer (ADM), con una asistencia de más de dos mil personas, en un salón previsto para unas seiscientas. «La AEMS estuvo representada en la mesa de las actuaciones por Isabel Blas, Carmen Jiménez Sabio y Ana María Pérez del Campo. Por parte de la ADM, intervinieron Sacramento Martí y Merche Soriano. El evento fue de una importancia extraordinaria dado que era el primero que se celebraba en España, después de la muerte de Franco, con una asistencia tan masiva. José Prat, que meses después sería elegido senador por el Partido Socialista Obrero Español (PSOE) en las inminentes Cortes Constituyentes, hombre de reconocido prestigio político y gran talla humana, se presentó en un aparte a una de las ponentes, le pidió que hiciera llegar a la asociación su felicitación por la lucha que la AEMS estaba llevando a cabo y le recordó emocionado que "por lo que ustedes están luchando ahora, ya lo tenía la República en 1931"». Ibidem, pp. 58-59. La ponente a la que se dirigió don José era yo, que tuve ese día el inmenso honor de conocer y saludar a esa gran figura no sólo de la República, sino de España.

Claramunt, de la periodista Carmen de Burgos, de la maestra Benita Asas, de Lucía Sánchez Saornil, una de las fundadoras de Mujeres Libres, de Pilar Soler, miembro de las Juventudes Comunistas, o la abogada María Telo, con quien muchos años después —la vida siempre girando— coincidiría en la asociación que publicó el libro que narraba los hechos que ahora estaban sucediendo.

Pero yo, por entonces, ya no era la misma, aunque aquellos no fueron años fáciles, ni para mí ni para mi padre. Yo tuve que compaginar mi vida laboral —intensísima— para sacar adelante a mis hijos, con mi incorporación a unas luchas por los derechos de las mujeres y con la tristeza de ver que una enfermedad pulmonar, mal diagnosticada en sus comienzos y poco conocida en aquellos años, empezaba a invadirle aunque hacía todo lo posible por mostrarse fuerte. Fueron años en los que su dedicación a la familia, a los suyos, se incrementó. Hizo con mi madre algunos viajes de vacaciones que les llevaron a Galicia, a León, a la Feria de Abril de Sevilla… Hay fotos de esas ciudades donde hicieron turismo en excursiones con la Fábrica o en solitario. Hay fotos también de El Perelló, la pequeña población levantina donde, durante años, todos los primeros de agosto, mi seiscientos amarillo trasladó padre, madre, hijos, dos maletas y un montón de bolsas, para que todos pasaran allí un mes entre playa, paseos, horchata valenciana y cine al aire libre, mientras yo regresaba a Madrid para trabajar y cobrar las vacaciones. Fueron, quizá, los últimos años en que los cinco hermanos conseguían reunirse —todos casados y con hijos jóvenes— y el mes pasaba feliz, distribuidos todos por varios pisos alquilados, durmiendo los chavales por sofás-cama y sacos de dormir, pero reunidos frente a la magnífica paella que la señora Vicenta, en un bar cercano a la playa, preparaba el 15 de agosto, festividad de la Asunción, día del santo de mi madre. Mi padre invitaba ese día a toda la familia y nunca se olvidaba de la recomendación que parecía provenir de su acusada conciencia obrera. «Y pedid, además, lo que queráis…». Mis hijos aprovechaban para pedir helados de chocolate. Hacia el veintitantos mi padre me telefoneaba y me recordaba que «dado como estará la carretera el treinta y uno, sería mejor que vinieras a recogernos el treinta o el veintinueve». Aunque le encantaba estar con mis hijos y le gustaba el mar al que acudía a bañarse solo de noche, siempre he pensado que treinta y un días sin estar al tanto de lo que pasaba en su ciudad, le resultaba un tiempo excesivo. No sabía estar de vacaciones. Lo suyo era el trabajo y el sindicato, su UGT de antes, lucha en la que varios compañeros de la Fábrica y él,

todavía en la clandestinidad, ya andaban metidos desde hacía tiempo.

Una mañana, muy temprano, el teléfono sonó en mi casa —dos pisos por debajo de la suya—. Oí la voz de mi madre. «Sube», dijo nada más. Yo sabía lo que pasaba. Franco había muerto. En mi casa no hubo champán ni se brindó con ninguna bebida. No se dieron gritos entusiasmados de alegría ni se dieron vivas a la muerte del dictador. Sólo la imagen de mi padre y mi madre abrazados y en silencio, abrazada yo luego a ellos, es la que guarda mi retina. Un año después, entre los días 5 y 8 de diciembre de 1976, también a mi padre pareció sucederle algo que le cambió la vida y cuya narración escuchamos de su boca mi madre y yo, con un mutismo total y el corazón rompiéndosenos a pedazos.

Mi padre conoce a Isidoro

El Partido Socialista Obrero Español, su partido desde aquellos años del Círculo Socialista donde se hizo novio de mi madre, había decidido celebrar en Madrid su XXVII Congreso, estando todavía en la clandestinidad. Lo hizo en el Hotel Meliá Castilla. Y aunque las medidas de seguridad eran enormes, el contingente de policías aterrador y el paso al recinto del Congreso sólo se permitía a las personas con credencial, para allá que se fue mi padre. Él quería estar allí y con los suyos. Cuando intentó pasar, el compañero que estaba en la puerta del salón de actos le dijo «enséñame tu credencial». Y mi padre, sin tarjeta alguna, se señaló el anverso de la muñeca y le contestó «yo el socialismo lo llevo en las venas». Creo que, además del día de mi boda, aquella fue la única ocasión en que le vi llorar cuando nos lo contaba. Ignoro si el hombre que tenía orden de no dejar pasar a nadie que no estuviera debidamente identificado también lloró, pero sí sé que le abrazó y le dijo «adelante, compañero». Y mi padre entró a un auditorio donde volvió a encontrarse con dos mil personas que habían acudido al Congreso, cuyo lema, «Socialismo es libertad», parecía una premonición de tiempos futuros. Aquellos eran los suyos. Y volvió aquella noche diferente —verdaderamente era un hombre diferente— hablando del Congreso, de que el partido pronto se legalizaría y el franquismo acabaría de una vez y este país volvería a ser democrático y libre y contándonos, sobre todo, que había conocido a Isidoro, un muchacho «majísimo, es andaluz, y me han dicho que abogado, pero ¡cómo habla! Esto va para adelante con él, seguro, seguro. No os podéis imaginar cómo estaba aquello. Había gente de todas las provincias. Había compañeros mayores, gente que ha estado en la cárcel, hombres que…».

A mi padre se le rompía la voz. Temblaba como una hoja, nos abrazaba y lloraba. «Todo cambiará, Chon, ya lo verás como todo va a cambiar». Y mi madre le decía entre lágrimas que sí, que volveríamos a ser un pueblo libre.

Sus sueños de cambio se vieron cumplidos pero él no pudo verlos. La dolencia que le acechaba, una enfermedad que mi madre y yo siempre creímos laboral —una fibrosis pulmonar— había comenzado a impedirle respirar con normalidad. Muchos días, subir los tres pisos de escaleras de su casa le costaba un esfuerzo sobrehumano. Con todo y con eso, trabajando todavía en un horario laboral de doce horas, yendo todos los domingos a llevar unos pasteles a su tía Rufa hasta la residencia de Coslada donde estaba la anciana, quedándose con mis hijos algún domingo por la tarde para que yo pudiera ir al cine, tuvo tiempo y ánimo para volver a hacerse los dos carnés que marcaron su vida, el del PSOE y el de UGT, cuando ambas organizaciones fueron legalizadas. De hecho, y quién sabe si porque presentía que le quedaba poca vida, la lucha que había emprendido en su trabajo por las mejoras sindicales —quería conseguir que la jubilación se adelantase a los sesenta— y la actividad que entonces retomó en la agrupación del partido de nuestro barrio, en la calle Benigno Soto —referida a las casas del pueblo—, hicieron que olvidara un poco mi incorporación a otra lucha paralela. La relacionada con las mujeres.

Mi madre estaba seriamente preocupada por él y me hacía controlarle cuando iba a las reuniones de la agrupación, llevarle café y mantas al colegio donde estuvo de interventor del partido el 15 de diciembre de 1976 cuando se realizó el referéndum sobre la ley para la reforma política —día en el que hizo un frío espantoso, dañino sin duda para sus tan tocados pulmones—, o vigilarle muy de cerca el día del entierro de los abogados laboralistas de Atocha, cuando se empeñó en ir andando con los féretros hasta donde las fuerzas le llegaran, o en las elecciones generales de junio de 1977, donde volvió a estar de la mañana a la noche de interventor y luego toda la noche en la agrupación atento a la llegada de los resultados, cuando ya su salud se resentía de una manera importante. Pero la felicidad por comprobar los 118 escaños que el PSOE había obtenido le hacían imaginar que, no tardando mucho, aquel muchacho, aquel Felipe González «tan majo» que él había descubierto un día que entró sin más credencial que sus venas rojas donde estaban todos los suyos, sería un día presidente del Gobierno.

Una tarde me fui con él a su agrupación. Le costaba mucho caminar y me ofrecí a acompañarle. Yo solía entretenerle

hablando y deteniéndome a mirar escaparates y así no se fatigaba tanto. Después de resolver algunos asuntos que no recuerdo, la reunión de los compañeros terminó entonando *La Internacional*. Yo también levanté el puño con mi padre, pero creí morirme de vergüenza cuando empezaron todos a cantarla. Yo no me sabía la letra. El estribillo sí, claro, pero no las estrofas que todos, incluido mi padre, parecían saber de memoria. Me prometí a mí misma aprendérmela de corrido. Y lo hice. Una tarde, al poco tiempo de haberle enterrado, me fui con mi seiscientos al cementerio. Era primavera y un precioso sol de mayo hacía resplandecer la losa donde ya aparecía su nombre junto con el de sus padres. «Francisco Blas Sáez, 2 de marzo de 1978». Le puse unos claveles rojos en un tarro con agua limpia, limpié la sepultura de las hojas caídas encima, me senté en el borde y le dije «ya me la aprendí, papá, desde la primera a la última línea, verás». Y le canté *La Internacional* enterita, bajito, eso sí, para no molestar a quien pudiera pasar cerca o me creyeran loca de atar cantando en una tumba. Pero entera, con sus cuatro estrofas y su estribillo cuatro veces repetido. Luego le mostré su carné del partido, el que él había vuelto a hacerse y que habían dado de baja con su muerte. Yo me había afiliado pidiendo disponer del mismo número. Creo que le debía ambas cosas. Y le conté que, a decirle adiós, habían venido compañeros de la Agrupación y tantos compañeros de la Fábrica que ignoro cómo pudieron faltar al trabajo. También le pedí perdón. Perdón por haberle hecho sufrir con todo aquello que hice y no debí hacer o por lo que no hice y hubiera debido hacer. Le aseguré que ya no era la niña tímida y callada que fui, ni la tonta de solemnidad que también fui. Que, sin saberlo, o sin darse cuenta, quizá sólo con el ejemplo de su vida me había traspasado valores como la honestidad o la solidaridad, y que el socialismo corría por mis venas igual que por las suyas. Que aunque su muerte era la más injusta de todas las acciones habidas sobre su vida —no llegó a cumplir sesenta años—, aquí estábamos los demás para recordarle con todo el amor del mundo. Mi madre, yo y mis hijos, que eran un niño y una niña magníficos, que serían —que son—buenas personas, como él siempre deseó que fueran.

Cuando alguna persona me ha preguntado en alguna ocasión si cuando mi padre estaba muriéndose sentí tentaciones de rezar para que su muerte fuera evitada, siempre he contestado que no. No tuve tentación de rezar, ni de pedir a ningún dios lo que, pocos días antes, pareció inevitable. Tuve, eso sí, y lo sigo teniendo treinta y tantos años después, fortísimo y dolorosísimo, un terrible sentimiento de injusticia. Por las cosas que faltaron en su vida. No pudo ver

retornar la Constitución española por la que él había combatido, ni pudo ver a su partido ganar unas elecciones por abrumadora mayoría. No pudo ver crecer a sus nietos —él que tanto se preocupaba por su futuro—, ni pudo jubilarse y vivir algunos años sin tener que levantarse a las seis de la mañana. Por mi parte, no pude siquiera evitar que su féretro llevara un Cristo crucificado «porque estamos en un país católico, señora, y si no quiere usted crucifijos, tendrá usted que enterrar a su padre en el cementerio civil», me dijo, despótico, el empleado de la funeraria. Pero yo quería que el cadáver de mi padre estuviera en la misma sepultura donde estaban los cuerpos de los suyos. Una injusticia más de aquellos tiempos. Tapé aquella figura sangrante y tétrica con un ramo muy grande de rosas rojas atadas con un lazo con tres colores; rojo, amarillo y morado. Los míos lo entendieron.

Carné por carné

Dado que yo no había llegado a tiempo de las manifestaciones estudiantiles de los sesenta, ni había pertenecido a los partidos o los sindicatos que, en la clandestinidad, mantenían viva la lucha antifranquista, llegados los setenta entré de lleno en el movimiento feminista y, muerto mi padre, entré en el PSOE. Desde entonces, para ir compensando, iría a repartir programas del partido por los buzones en las fechas de las siguientes elecciones, a pegar carteles por las noches armada con cubo, cola y brocha, a pasarme el día entero incómodamente sentada en una sillita de las de los colegios para hacer de interventora, a todas las conferencias posibles sobre política o feminismo —me impresionó una que escuché a Álvaro García Meseguer sobre el lenguaje sexista y decidí que haría mía también esa batalla—, a manifestarme en la calle por la amnistía, por la carestía de la vida, por el empleo o contra la intentona de golpe de Estado que protagonizaron algunos militares nostálgicos el 23 de febrero de 1981. Mi decisión de formar parte de las personas que estaban dispuestas a luchar por la democracia que nos quería ser arrebatada de nuevo me hizo telefonear a mis cuñados de Estados Unidos —con quienes siempre he mantenido buenas relaciones— la misma tarde del golpe de Estado, cuando aún no se sabía qué podía pasar en este país nuestro, por si debía alejar a mis hijos de una posible contienda. Mientras yo hablaba por teléfono, mi madre lloraba. «Otra vez, no, hija, una guerra es terrible, terrible… Lo peor que puede suceder… Una guerra, no…». Por fortuna, aquello quedó en nada y las asociaciones feministas pudieron continuar la lucha que considerábamos prioritaria. La de la igualdad de la mujer en los muchos aspectos que el Año Internacional de la Mujer

celebrado en 1975 todavía había dejado pendientes, como la igualdad en el salario, el aborto o el divorcio cuya ley, finalmente, se aprobó el 7 de julio de ese mismo año 1981. Si a la Constitución española de 1812 se la denominó *la Pepa*, la del divorcio fue, entre nosotras, *la Fermina*.

Siete años para una carrera de cinco

Por estos años también, resuelta desde siempre a estudiar, había yo intentado hacerlo a través de la Universidad a Distancia. No recuerdo qué gobierno —debió ser el de UCD— promulgó una ley por la que podrían acceder a la universidad las personas mayores de veinticinco años que aprobaran unos exámenes de ingreso, aunque no tuvieran bachillerato, como era mi caso. Mi suspenso en química, examen que no pude repetir porque el mismo año me casaba y me marchaba a vivir a Nueva York, me había dejado la puerta de la universidad cerrada. Preparé el ingreso y lo aprobé. Esta universidad no tenía periodismo, tendría que matricularme en otra carrera —me informaron— pero, en tres años, podía cambiar a la Complutense. Todo se ajustaba bien a mis planes. Estudiar a distancia me permitía no desatender a mis hijos, en una edad todavía necesaria de mi presencia. Me matriculé en ciencias de la educación, pero antes de terminar el primer año, la información ofrecida antes se rectificó. Podía, efectivamente, cambiar a la Complutense, pero a la misma carrera. No podía cambiar a periodismo. Tiré, pues, ese año de estudios y, durante otro, preparé otro ingreso directamente a la Complutense. Lo hice costeado por el Ministerio de Trabajo por no sé qué acuerdo con las empresas privadas y con unos profesores magníficos, sobre todo el de filosofía, que conseguía reunir decenas de alumnos sentados en las sillas, en el suelo o recostados por las paredes. Oírle hablar era recibir una bocanada de aire fresco a la salida de una habitación caliente y oscura. Nos indicó que, siendo como éramos personas mayores —yo tenía compañeros de mi edad ahora— su experiencia le indicaba que un porcentaje muy pequeño, no mayor del cinco por ciento, terminaba la carrera elegida. Tuve la santa paciencia de estar horas y horas pasando de un teléfono a otro, de una secretaria a otra, hasta que conseguí localizarle cuando él tenía un cargo importante en el Ministerio de Educación para informarle de que, aunque me había costado siete años en vez de los cinco reglamentarios, yo era ya en esos momentos licenciada en ciencias de la información, rama de periodismo.

Recuerdo con especial cariño esos años que me hicieron rejuvenecer. Yo llegaba a la universidad veinte años tarde y, aunque tenía alguna compañera tan madurita

como yo, más del noventa por ciento era gente joven, chicos y chicas inteligentes, divertidos y aplicados. Mi vida laboral me facilitó, por horario, que pudiera asistir a clase los tres primeros años, pero un cambio en ese horario lo impidió a partir del cuarto. No podía llegar a la hora de comienzo de alguna de las asignaturas. Ello supuso una dificultad añadida. Desde entonces, debí valerme con apuntes de mis compañeros, con trabajos que los profesores exigían —algunos de ellos de investigación y exhaustivos—, tomar notas propias algún día que el profesor se había retrasado y yo conseguía media hora de su asignatura y, sobre todo, comprar muchos libros, todos los que los profesores consideraban que eran precisos para acometer el examen final cuando no se habían escuchado sus explicaciones. Lentifiqué los cursos, dejándome cada vez un par de asignaturas para el año siguiente y, por eso, mi carrera duró siete años en vez de cinco. En 1988 la había terminado.

Pero algo había sucedido antes. Con una compañera, Pepa, que coincidió conmigo hasta ese tercer curso en el que yo pude asistir a clase y a la que luego martiricé con mi petición de apuntes, fichas y notas, hice amistad. Nos identificaba nuestra edad, estar divorciadas, tener hijos —ella tenía una hija— y ser de izquierdas. Ella era —ella es— comunista. Enseguida nos caímos bien y ampliamos nuestros encuentros en salidas a cenar, visitar nuestras respectivas casas o tomar copas algunas noches. Ambas teníamos, además, sueños comunes en literatura. Queríamos escribir. Pepa se decantaba más por la poesía y los cuentos. Yo quería abarcarlo todo, poesía —tenía tanta escrita como para poder llenar un libro—, teatro, novela, cuentos… Yo no estudiaba la carrera para ejercerla, ella sí tenía proyectos de futuro, sobre todo en relación con la fotografía. Y un día tuvo una idea genial. Podíamos empezar a hacer reportajes e intentar venderlos por periódicos o revistas.

Mi doble vida: secretaria y periodista *freelance*

Nos organizamos rápidamente. Pepa haría las fotografías y yo los textos. Su cámara Nikon, debidamente provista de varios objetivos, un cuaderno pequeño, dos o tres bolígrafos, una grabadora y dos sombreros estilo Ilsa Lund en Casablanca fue nuestro divertido bagaje para esta aventura. Y la idea resultó. El primer reportaje que hicimos sobre un poblado de etnia gitana no conseguimos venderlo, pero nos abrió las puertas de *Sábado Gráfico* —desde entonces guardo sincero agradecimiento y relación postal con don Eugenio Suárez, su editor—, donde, todas las semanas hasta que la revista cerró, fueron apareciendo, entre otros,

nuestros reportajes sobre la escuela de la cárcel de Carabanchel, las Universidades Populares, las macetas de marihuana o la vida de muchos barrios madrileños. Al cerrarse *Sábado Gráfico* conseguimos seguir publicando en *Actual* preciosos —a nuestro juicio— reportajes sobre el gran pintor Eladio G. de Santibáñez, el torero palestino Kazak o la actividad musical de nuestro querido y entrañable José Antonio Labordeta. Pero *Actual* tuvo un final inesperado y extrañísimo. Mientras que el número 100 de la revista se celebró con una multitudinaria fiesta a la que asistimos cientos de personas, el 101, que llevaba un reportaje nuestro sobre la colección de violines, violas y violonchelos Stradivarius del Palacio Real se quedó en la imprenta, tirado ya, pero no llegó a distribuirse. Otro reportaje que hice con verdadero placer fue escribir la historia del Hotel Palace, aquel hotel donde, en los años de la guerra, mi madre andaba por los quirófanos ayudando al doctor Lumbreras a salvar las vidas de los republicanos heridos en el frente. Salió publicado en el suplemento *Los domingos de ABC*, cuya considerable tirada hizo que Pepa y yo nos sintiéramos «auténticas y aguerridas reporteras».

Poco antes, la buena de mi amiga había vuelto a tener otra de sus geniales ideas. Ella sabía que yo tenía mucha poesía escrita, tanta como para preparar un libro, así es que con ocasión de haber conocido a un periodista que era también editor de poesía, me animó a presentárselas. Le gustaron. Lo publicaría. Tiraría 500 ejemplares. Yo debía contribuir con una parte pequeña del coste de la imprenta, él pagaría la mayor parte y se quedaría con 450 libros que distribuiría por los canales que tenía concertados. 50 libros serían para mí. No sé si eran buenas o malas condiciones, pero acepté. Me hacía mucha ilusión publicar mis poemas. La profesora de literatura y crítica literaria Aurora de Albornoz aceptó prologar el libro y mi amiga, la escritora y actualmente también catedrática de Literatura Fanny Rubio se vino en un viaje relámpago desde Salamanca, donde estaba participando en un curso internacional, para presentarlo. Lo hicimos en la Librería de Mujeres de la calle San Cristóbal. Me gustó que *La hora que ya no marca*[34)] apareciera en ese espacio, un referente madrileño de la literatura escrita por mujeres. Mi madre disfrutó enormemente identificándose como tal a todo el mundo, regaló un libro hasta a los camareros de la discoteca hawaiana donde una panda entre familia, amigos y conocidos nos fuimos a celebrar la publicación del libro y yo pensé cuánto le habría gustado a mi padre haber visto un libro publicado por su hija.

[34)] Madrid, Editorial Molinos de Agua, 1984.

La marcha de Pepa a un país sudamericano terminó con nuestra aventura periodística y nuestras colaboraciones comunes, aunque yo seguí durante un tiempo con una columna en *Mujeres* del Instituto de la Mujer y, más tarde, incluiría otra en *Mujeres libertarias,* la revista que dirigía María Bruguera, una mujer maravillosa, anarquista, que en su ancianidad mantenía vivo su espíritu revolucionario. También había terminado una obra de teatro, *Historias de Mujeres,* sobre una Casa de Acogida de mujeres maltratadas, aunque esta obra tuvo un final tan doloroso como el de las mujeres que vivían en sus páginas[35)].

Don Eugenio Suárez, que además de editor de *Sábado Gráfico* lo era de *El Caso* y del periódico satírico *El Cocodrilo* —el nombre se debió a que en la redacción de estos medios había, efectivamente, un pequeño terrario con un cocodrilo que casi no cabía en él— volvió a darme oportunidad de escribir en este último medio. Una columna semanal mía, «La cocodrila feminista», recogía noticias de la prensa diaria relativas a hechos sucedidos a mujeres, y las comentaba en clave feminista. El Instituto de la Mujer convocó unos premios sobre el tratamiento de la imagen de la mujer en prensa, televisión, radio y publicidad y decidí presentarme con esta columna. Obtuve el premio de prensa. *El Cocodrilo* recogió la noticia en sus propias páginas.

"Nuestra colaboradora, Isabel Blas, que firmaba en estas cultas páginas la sección «La cocodrila feminista» acaba de ser galardonada. La distinción se denomina Premio Nacional de Tratamiento de la Imagen de la Mujer en Prensa y se la ha otorgado el Instituto de la Mujer. Los méritos literarios, el fino humor y la construcción satírica de su columna (en particular los concurrentes en el artículo titulado «Isabel Godiva»), le han conseguido el merecido galardón. Este saurio mueve alegre su cola y se congratula de que en El País también se reconozcan los valores de las cocodrilas, tan simpáticas ellas" [36)].

Mi madre se imaginaba que, dado que el premio era del Instituto de la Mujer, quizá alguna ministra haría entrega de los mismos y podría conocer a Carmen

35) Esta obra fue cedida a un grupo aficionado de Ermua (Bizkaia) para su representación. Debido a los cambios que llevó a cabo el director del grupo sin mi autorización que, a mi juicio, la desvirtuaban completamente, me negué a que fuera representada en tales condiciones, pero las actrices del grupo me indicaron que, si yo negaba mi autorización, perderían todas sus posibilidades de financiación durante un año. Permití pues que siguieran adelante pero exigí que mi nombre no figurara en las posibles representaciones teatrales que yo sé que se dieron por varias localidades del País Vasco, sobre todo con motivo de la celebración de las jornadas conmemorativas del 8 de Marzo, Día Internacional de la Mujer Trabajadora. Mi obra había sido debidamente registrada en su momento. En la actualidad, ya está en Internet —***www.isabelblas.com***— para que todas las personas que lo deseen puedan descargársela de forma gratuita.

36)«Isabel Godiva», *El Cocodrilo*, núm. 78, 19 de diciembre de 1985.

Sarmiento, que había ganado el de documentales con el programa de *La mujer y el tercer mundo,* y a Rosa María Sardà, que había obtenido el de programas de televisión con *Ahí te quiero ver* —si mi memoria no me es infiel—, pero se llevó un buen chasco. El Instituto se limitó a mandar el dinero y, de hecho, muchos años después hube de pedirles que me enviaran al menos un certificado de haber obtenido aquel premio porque ni siquiera hubiera podido demostrarlo si me hubiese sido requerido. En mi fuero interno, dediqué ese premio a mi abuelo Boni, aquel que decía a mi padre que yo tenía condiciones para estudiar.

Por un lenguaje no sexista

Terminada mi relación con Mujeres Separadas para dedicarme a la universidad, mantuve mi militancia política de base colaborando en mi agrupación exclusivamente en la época de las elecciones. En las de 1986, en las que el PSOE mantuvo la mayoría con 184 diputados, Felipe González envió una carta personal a todos aquellos que habíamos colaborado en la campaña. La carta comenzaba nombrándome «estimado compañero» y seguía utilizando siempre y exclusivamente el masculino para felicitarme por los resultados de las elecciones y agradecer mi colaboración. Naturalmente, yo sabía que era una carta tipo, pero decidí contestarle a Ferraz enviando una copia al periódico *El Socialista* que la reprodujo a toda página. Comenzaba yo así una nueva reivindicación que, pasado ese momento, yo llevaría por mi cuenta, alejada de partidos, asociaciones o grupos.

La «Carta abierta a mi secretario general (de una mujer socialista)» comenzaba agradeciendo a Felipe González que me hubiera escrito *«aún con la deseada duda de que dicha carta no sea para mí, puesto que me la diriges llamándome "compañero" (ya sabes, error involuntario de esos que siempre se ponen en la cuenta de las sufridas mecanógrafas)»* y seguía, en estilo *columna de la cocodrila* con formas divertidas y algo satíricas, lo reconozco.

"¡Ahí es nada que mi secretario general, y, por extensión, mi comisión ejecutiva federal y, en suma, mi partido, hayan tenido conocimiento de que yo, militante sin más glorias y honores que «ir» de base, he participado personalmente —lo que significa también fisicamente— en los duros días de campaña. Y que me escribas una carta personalizada, de ti a mí, dándome las gracias, saludándome «estimado compañero». Compañero hubo, incluso, que máquina fotográfica en banderola dejó testimonio gráfico de alguno de tales eventos, en los que aparezco con pelo largo y ostensiblemente vestida con falda (aunque reconozco honestamente que no son signos externos ambos de in-

cuestionable feminidad). Y digo esto porque no se me alcanza que si el compacto y seguro engranaje de mi partido pudo tener conocimiento de mi nombre y apellidos, no quedará evidenciada al mismo tiempo mi femenina condición (rigurosamente ejercida hasta ahora, que ya se sabe que en estos tiempos que corren las íntimas sorpresas están a la orden del día)".

Y terminaba:

"La pena es ese pequeño dato, esa tonteriíta de nada. Recopilada la información de los colaboradores en la campaña, confeccionado el texto afectuoso y alentador de tu carta, pegadas las etiquetas en los sobres, transportadas a Correos las miles de misivas, puestos en pie, en resumen, los logros de la técnica para un gentil detalle: dar las gracias (que dicen que es de bien nacidos), y todo eso lo estropea una menudencia, una insignificancia de nada: el ordenador no recepciona, no sabe, no le importa que yo soy una mujer y te hace llamarme «estimado compañero». ¿Puedes entender mi tristeza? ¡Si meterle esa posibilidad al ordenador debía resultar nada en el global de tanto esfuerzo! ¿O será que es cierta la despreocupación de los hombres socialistas por las mujeres socialistas, e inútil, por tanto, toda acción graciosa (de gracias, no de gracia, entiéndaseme bien) que no toque fondo? Prefiero dudar y creer que es cosa de los misterios de la técnica. Eso sí, desde hoy meteré en mi programa personal de reivindicaciones a los fabricantes e importadores informáticos. Total, es pedirles una simple teclita que cambie la maravillosa palabra de «compañero» por la igualmente maravillosa de «compañera». Para sentirme, además de en el fondo en la forma, «estimada». Por lo demás, mi respetado secretario general, también mis felicitaciones a ti por el éxito de las elecciones y mi agradecimiento por tu esfuerzo en la campaña. Un cordial saludo"[37] .

No sé qué hubiera pensado mi padre de esta carta a aquel chico «tan majo» que él conoció. Imaginar si mi padre hubiera evolucionado en sus maneras sociales al igual que lo hizo mi madre —me encontré con ella por casualidad en más de una manifestación pro aborto a las que ella asistía de por libre, sin decirme a mí nada— sería hacer cuentos de lechera. Nadie sabe lo que hubiera sido aquello que no fue. Quizá a mi padre no le hubiera gustado que hablara así a un secretario general, ni mucho menos a un presidente de Gobierno, o quizá le hubiera encantado que también las mujeres de esta generación lucháramos por reivindicaciones nuevas, desconocidas antes, pero también necesarias, como lucharon su mujer, o su tía Colasa, o Pepita Vara o Chon Ocaña. A mí el

[37]) *El Socialista*, núm. 114, 15 de agosto de 1986, p. 16.

lenguaje me interesaba cada vez más, desde aquella conferencia que escuché a García Meseguer. Esta primera reivindicación a mi secretario general marcó una línea a la que, con el paso del tiempo, habría de volver.

Entre billetes y en UGT

Y el momento se presentó cuando decidí dejar mi último trabajo, como todos los demás de secretaria, y presentarme a unas oposiciones en el Banco de España, con el único fin de intentar conseguir no trabajar más que de ocho a tres. Desde que mi primer trabajo, allá por 1962, me ocupara de la mañana a la noche, ése había sido el horario en la mayor parte de las empresas en las que trabajé. Rememoro a estas alturas cómo pude sacar adelante mi carrera, cómo pude además trabajar en casa —primero con una máquina de escribir, después con un ordenador— para obtener algo de dinero extra que me permitiera una vida razonable para mí y mis hijos y no encuentro el reloj que hubo de tener tantas horas como yo debí precisar. Sé que la mayor parte del mérito lo tuvo que necesitaba pocas horas de sueño y tenía la misma salud de hierro que mi madre. Y que mis hijos, maravillosos, pronto se acostumbraron a tener una madre atípica, que intentó educarlos en la libertad y la autonomía, aunque casi seguro que les fallaría en alguna otra cosa. Ellos se fueron haciendo mayores y, al igual que hice yo al elegir una forma diferente de lucha que la de mis padres, ellos eligieron otras, diferentes a las mías, pero también magníficas. Mi hijo es un ecologista, calvo y generoso, preocupado por el medio ambiente, el universo y el cambio climático. Mi hija, de espíritu fuerte y sonrisa fácil, intenta ayudar todos los días, con su buen saber profesional, a ancianos, parejas, niños, personas en paro o inmigrantes desde su despacho como trabajadora social en un ayuntamiento madrileño. Por eso, cuando el mayor ya se había ido de casa y faltaba poco para que lo hiciera la pequeña, yo vi llegado el momento de bajar mi tan amplio horario de trabajo y me presenté a las oposiciones del Banco de España en las que se ofrecían 20 plazas de auxiliar administrativo (en masculino). Saqué la plaza decimoséptima y la posibilidad de trabajar en el precioso edificio de la calle Alcalá. Le decía yo a mi madre que ahora también su hija iba a andar entre billetes y monedas, como su marido. Ignoraba entonces que lo de trabajar poco era una entelequia.

Porque no bien hube entrado en el banco contacté con la sección sindical de UGT e hice una pregunta fatal. Se me ocurrió indagar si en algo podía ayudar. A partir de ese momento, primero como simple

afiliada y después como representante de los trabajadores, comenzó una actividad frenética que llegó hasta un par de años antes de dejar el banco. Además de trabajar en todo aquello que la sección sindical tenía como objetivo, tuve el cargo —por aquello de medio valerme en inglés y francés— de Secretaria de Relaciones Internacionales —nombre pomposo donde los haya, pero así era—, lo que supuso mi asistencia a las reuniones con las demás secciones sindicales de los restantes bancos centrales por distintas ciudades europeas. También tomé a mi cargo la edición de *Ariete*, revista sindical de la sección, que otro compañero escribía casi en solitario. Para ayudarle, comencé a solicitar textos a personalidades relevantes y conseguí muchos. Creo que fue una buena época para la revista que ahora se ha convertido, como es lógico, en una página web. En la de papel —parecen tiempos prehistóricos aquellos— yo incluí tres columnas mías: «La letra leyéndola entra», con crítica de libros; «Pantalla chica, pantalla grande», con crítica de películas; y una tercera titulada *«Res mulieris»* —el latín fue cosa de un compañero de Huesca cultísimo—, casi siempre en la línea desenfadada de la *cocodrila*, aunque a veces, la gravedad de algún asunto como la muerte del hijo de unos compañeros o el secuestro de Anabel Segura hicieron que mi tono se tornara dramático. Esta revista recogió la noticia de que en 1992, habiendo yo presentado al Departamento de la Mujer de UGT (Confederal) un relato titulado *El chico de enfrente* para su premio de Relatos Breves 8 de Marzo, obtuve el tercer premio.

Por lo que respecta al lenguaje, casi no había terminado de entrar en el banco cuando comencé a pelearme por cosas que, a mi juicio, debían estar ya cambiadas. Pero el mundo parecía ir despacio en todo lo que afectaba a las mujeres. Protesté al propio banco al comprobar que en la cartilla médica que me entregaron se decía que mi sexo era «H», esa famosa «h» de hembra que me retrotraía a términos franquistas y por no sé qué otro impreso donde me clasificaban como «casado». También en una reunión con jefes del banco para resolver algún asunto del que me he olvidado por completo, me permití indicarle a uno de ellos que llamar «mis niñas» a las telefonistas —el asunto de la reunión debía tener relación con ellas, repito que no lo recuerdo— no me parecía nada apropiado en dicha reunión. Que mientras que, en privado, tenía todo el derecho del mundo a llamarlas como él quisiera y ellas se lo permitiesen, le solicitaba que, en una reunión de trabajo, las llamara «empleadas» o «trabajadoras» o por su nombre, si es que los conocía.

Aquel «mis niñas» me hizo recordar que yo lo había aprendido de una subordinada mía —nunca se lo agradeceré bastante— cuando, hace muchos años, se me ocurrió llamarla «niña» y ella me lo recriminó con toda razón, como medité después. También recordé una columna de «La cocodrila feminista» en la que comentaba la frase de «éstas son mis niñas» con la que el general Alcalá Galiano había presentado a la prensa a la primera promoción de policías nacionales femeninas:

"¿Se imaginan ustedes la misma coreografía pero con hombres? Una presentación de cualquier promoción de maderos, hombrones de metro ochenta y cinco, macizotes ellos, barbudos de pelo en pecho y manazas como apisonadoras siendo presentados de tal guisa: «Estos son mis niños». De desovariarse, vamos. Pero lo ha dicho de mujeres y aquí no ha pasado nada. (…) Todos y todas han reído la gracia del general que, sin duda, no ha pretendido ofender, sólo eso, hacer una gracia, una monería, una bobadita simpática cara a la prensa"[38].

A los compañeros de la sección sindical de UGT del Banco Central Hispano que publicaban *Primera Página*, les escribí de forma personal por el número 16 de su revista.

"(…) Me vi desagradablemente sorprendida por la inserción de un chiste de un diálogo de moscas sobre moscas *(aunque, realmente, sería una ofensa a la inteligencia de cualquier lector o lectora decirle que el chiste es sobre moscas y no de mujeres). Nunca hubiera supuesto que un chiste de corte machista, sexista y, en cualquier caso, de muy mal gusto por su contenido sexual fuera de todo contexto, fuera publicado por la revista de unos compañeros de sindicato a los que se os supone el valor del reconocimiento de la necesidad de erradicar, precisamente, de la sociedad —y, naturalmente, de nuestro entorno más inmediato, es decir, de nosotros mismos (de vosotros mismos)— este estilo de estupideces completamente fuera de lugar […]. Estamos en UGT, compañeros. Y con las siglas que un grupo de nobles antepasados nuestros fundó hace ya muchos años, no se deberían usar formas (chistes, en este caso) secularmente utilizadas por la sociedad para burlarse, denigrar o simplemente* mantener *actitudes fascistoides que nosotros mismos debemos ser los primeros en tratar de erradicar. Y si algún compañero considera que es exagerada mi preocupación por los chistes sobre mujeres (que de todo hay en la viña del Señor), desde ahora le sugiero que utilice exclusivamente sus propios órganos sexuales para hacer comentarios chistosos. Y desde luego sin las siglas de UGT"* .

[38] «La cocodrila feminista», *El Cocodrilo*, núm. 48, 4 de abril de 1985.

[39] «Carta a la Sección Sindical de UGT-BCH, oficina 3684», 25 de octubre de 1995.

Hacía poco que yo había entrado a trabajar en el banco cuando mi vida dio otro giro inesperado. En vez de quedarme sola en casa, como se quedan todas las madres cuando los hijos se independizan, yo encontré un hombre con quien compartir esa vida. A ese Manuel que había sido vecino mío en el edificio de los tres pisos sin ascensor, que había hecho las fotografías caseras de mi primera boda, que me había llevado con su seiscientos —el único del vecindario— al hospital para parir a mi primer hijo, lo encontré un día en mi calle, nos saludamos, hablamos, quedamos para vernos —él llevaba algo más de un año viudo— y comenzamos una relación que se interrumpió durante un corto período de tiempo en el que también él enfermó y puso tierra de por medio hasta que, habiendo mejorado, volvió a aparecer y esta vez para quedarse para siempre. En enero próximo hará veinte años que estamos juntos y en julio hicimos diecinueve de nuestra boda civil que fue, podría asegurar, el día más feliz de la vida de Elisa, mi querida y añorada suegra. Otra mujer, como aquella abuela mía, Amparo o como mi tía Isabel, de las que no quedan. Yo he tenido la inmensa suerte de conocer y adorar a las tres.

Pero yo sabía que vivir en pareja no era fácil. No sólo por mi experiencia anterior, que fue breve. A mi alrededor había tenido muchos ejemplos de amigos, o de mi propia madre, que había permanecido anímicamente muy alejada de mi padre durante un tiempo con motivo del terrible dolor que para ella supuso la muerte de mi abuela, y que, por fortuna, regresó a tiempo de vivir algunos años desahogados —y quiero creer que felices—, para estar a la cabecera de la cama de mi padre —día y noche, sin moverse apenas— en el hospital donde murió. Me preocupaba que mis «manías», que sin duda las tendría después de veinte años de vivir sin pareja, no fueran adecuadas para una vida en la que había que volver a compartir decisiones, espacios y, sobre todo, tener proyectos de vida en común. Pero mi indecisión se esfumó de inmediato. Manuel compartía conmigo todo aquello por lo que yo había luchado o me proponía luchar. Y no sólo lo compartía, sino que me ayudaría en todo lo que precisara de él. Cómo le amé y le sigo amando por ello.

Así que cuando fui a recoger el título —debía de ser 1992— de mis estudios de ciencias de la información y me encontré con que decía que yo era «licenciado», Manuel me animó a presentar batalla. Los dos queríamos ver el título colgado en la pared, nada más que para mirarlo con cariño cuando ambos fuéramos viejitos y miopes, pero yo quería que dijera que era «licenciada».

Mi penúltima batalla: ser licenciada

La batalla fue fuerte y duró tres años. Primero lo solicité ante el decano de la Facultad de Ciencias de la Información con una instancia de lo más formal.

"Que años atrás cursó en esa Facultad la carrera de Ciencias de la Información, rama Periodismo y, una vez aprobados todos los cursos, el 22 de agosto de 1988 solicitó en el Departamento de Títulos […]. Que con fecha 9 de octubre del presente año se personó (totalmente ilusionada, por otra parte) en el Departamento de Títulos para recoger el correspondiente a su licenciatura y, cual sería su sorpresa, al comprobar que el título la reconoce como «Licenciado» en Ciencias de la Información cuando es evidente, por su nombre y el resto de su documentación, su condición de mujer. Que desea que se aplique el principio de igualdad de derechos entre los sexos que reconoce, en primer lugar, la Constitución española, en su artículo 14 [40] *para el específico fin de que su título universitario se redacte reconociendo su condición femenina, pues si bien es cierto que durante muchos años (tantos que deben ser la causa principal de que tal inercia siga manteniéndose) los títulos expedidos por las universidades españolas no reconocían el femenino de las denominaciones de las carreras que impartían, también lo es que nuestros sistemas políticos*[41], *sociales, culturales y de educación han cambiando lo suficiente, desde hace algunos años ya, como para que el lenguaje (una parte muy importante, por otro lado, de dichos nuevos sistemas) se haya ido adecuando a fórmulas más justas (y menos sexistas) y la propia Administración es la primera en reconocer que «las modificaciones deben alcanzar también al conjunto de normas lingüísticas que dificultan la identificación de las mujeres, constituyen una barrera para la comunicación equilibrada entre las personas y no responden a las necesidades de representación simbólica de una realidad cam-*

---

[40] «Los españoles son iguales ante la ley, sin que pueda prevalecer discriminación alguna por razón de nacimiento, raza, sexo, religión, opinión o cualquier otra condición o circunstancia personal o social» (artículo 14 del capítulo segundo, «Derechos y Libertades», de la Constitución española ratificada por el pueblo español en referéndum de 6 de diciembre de 1978).

[41] La Ley Orgánica 1/1990, de 3 de octubre, de Ordenación General del Sistema Educativo, en su Preámbulo, reflexiona precisamente sobre algunos de estos cambios. Así, en su párrafo quinto señala: «La educación permite, en fin, avanzar en la lucha contra la discriminación y la desigualdad, sean éstas por razón de nacimiento, raza, sexo, religión u opinión, tengan un origen familiar o social, se arrastren tradicionalmente o aparezcan continuamente con la dinámica de la sociedad». Una forma más de estas desigualdades que se arrastran es seguir utilizando el masculino para nombrar a las mujeres. A mayor abundamiento, en el párrafo noveno de este Preámbulo se indica: «En estas dos décadas [1970-1990], vividas ya en su mayor parte en democracia, la educación española ha conocido un notable impulso, ha dejado definitivamente atrás las carencias lacerantes del pasado». Ignorar la condición femenina de las mujeres sería dejar en feo lugar a una ley que dice que se han dejado atrás las carencias lacerantes del pasado, o lo que es lo mismo, que ya no olvida que en la sociedad existen mujeres además de hombres —e incluso algunas que estudian y obtienen títulos universitarios tradicionalmente reservados a los varones.

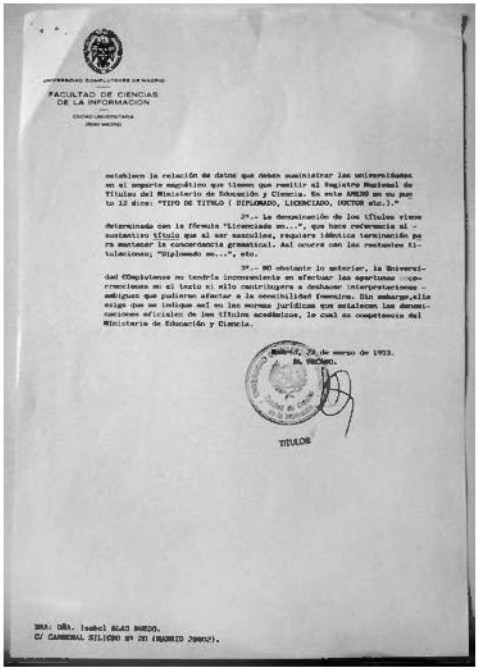
biante[…][42]*» . No parece, pues, razonable que, en esta misma España, se mantengan inercias como designar con un masculino omnicomprensivo a una mujer, introduciendo así una ambigüedad en el mensaje, en perjuicio de las mujeres naturalmente, que no salva el bienintencionado (pero escaso) hecho de que, en la parte inferior del título su firma aparezca debajo de la ya cambiada denominación de «La interesada».*

La contestación del decano de la facultad no tuvo desperdicio:

"La denominación de los títulos viene determinada por la fórmula «Licenciado en…» que hace referencia al sustantivo **título**, *que al ser masculino requiere idéntica terminación para mantener la concordancia gramatical"* [43].

,

Al leer aquello casi se me atraganta *la leche* que estaba bebiendo en *el vaso*. Contenido y continente sin concordancia gramatical. Y reflexioné, muriéndome de risa, que yo era no ya una feminista dispuesta a luchar por poner su granito de arena en acabar con el sexismo en el lenguaje sino una transgresora revolu-



UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE CIENCIAS DE LA INFORMACION

CIUDAD UNIVERSITARIA
28040 MADRID

establece la relación de datos que deben suministrar las universidades en el soporte magnético que tienen que remitir al Registro Nacional de Títulos del Ministerio de Educación y Ciencia. En este ANEXO en su punto 12 dice: "TIPO DE TITULO (DIPLOMADO, LICENCIADO, DOCTOR etc.)."

2º.- La denominación de los títulos viene determinada con la fórmula "Licenciado en...", que hace referencia al sustantivo título que al ser masculino, requiere idéntica terminación para mantener la concordancia gramatical. Así ocurre con los restantes títulaciones; "Diplomado en...", etc.

3º.- NO obstante lo anterior, la Universidad COmplutense no tendría inconveniente en efectuar las oportunas correcciones en el texto si ello contribuyera a deshacer interpretaciones ambiguas que pudieran afectar a la sensibilidad femenina. Sin embargo,ello exige que se indique así en las normas jurídicas que establecen las denominaciones oficiales de los títulos académicos, lo cual es competencia del Ministerio de Educación y Ciencia.

MADRID, 22 de marzo de 1993.
EL DECANO.

TITULOS

SRA. DÑA. Isabel ALAS PARDO.
C/ CARDENAL SILICEO Nº 20 (MADRID 28002).

cionaria y, además, una inculta que no había siquiera percibido que debía haber concordancia gramatical entre *título* y *licenciado* y me pareció, más muerta de risa todavía, que aquello podía ser una conspiración judeo-masónica más —que diría Franco— pero contra las mujeres. Porque si en vez de en un *título*, hubieran escrito los datos personales y las denominaciones de las carreras en *una orla* —¡femenina, femenina!— y por aquello de la concordancia gramatical del señor decano, todos los estudiantes varones de este país nuestro, tan original, serían *diplomadas, licenciadas y doctoras*. Siempre

[42] *Propuestas para evitar el sexismo en el lenguaje*, Ministerio de Asuntos Sociales, Instituto de la Mujer, 1989, p. 1.

[43] Carta del decano de la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de fecha 22 de marzo de 1993.

con suerte, los hombres se salvaron una vez más.

Pasado el ataque de risa, la historia continuó en serio dirigiéndome al Ministerio de Educación y Manuel me animó a pedir ayuda a todo el mundo que se nos ocurriera. El sistema que me inventé fue enviar una carta pidiendo que firmaran otra que les adjuntaba y que iba dirigida al ministro de Educación apoyando mi causa. Y que me la devolvieran. Enviaba sobre pagado para que no se ocasionara gastos a nadie. Acto seguido, Manuel entregaba las cartas en el Ministerio de Educación y Ciencia en grupos de quince o veinte. Supongo que los empleados del registro debieron odiarle a muerte porque, sin saber con exactitud la cifra, yo creo que debimos registrar entre dos y tres mil cartas.

Cuál sería mi sorpresa cuando una mañana leí en *El País* un titular que decía «Los títulos académicos adoptarán también el género femenino». En el texto se indicaba que el departamento del ministro Suárez Pertierra quería «contribuir al uso no sexista del lenguaje en la sociedad española» sin hacer la más mínima mención a mi iniciativa y a las cartas que habría recibido apoyándola.

Escribí al periódico y les conté la historia. Y, sobre todo, les mandé una lista con algunas de las personas y de las entidades que el señor ministro tenía encima de su mesa y que habrían puesto a trabajar, digo yo, las inquietudes feministas, nunca declaradas hasta ese momento, del ministro Suárez. *El País* envió a Gorka Lejarcegi a fotografiarme y la historia salió días después contada por Esteban S. Barcia, tristemente fallecido en la actualidad.

Casi tres años después de haber solicitado que mi título de licenciatura se expidiera en femenino, el Ministerio de Educación y Ciencia publicó la Orden Ministerial de 22

EDUCACIÓN

UNIVERSIDAD ▸ EL FEMENINO EN LOS DIPLOMAS

Las mujeres dejarán de llamarse 'licenciados'

No dejar pasar ni una

El País, 6 de diciembre de 1994.

de marzo de 1995, publicada en el BOE el 28 del mismo mes «por la que se adecua la denominación de los títulos académicos oficiales a la condición masculina o femenina de quienes los obtengan». Todas las mujeres españolas universitarias, a partir de ese momento, verían reflejado correctamente su sexo en los títulos.

La historia gustó también al periodista y escritor Isaías Lafuente, quien la recogió en su precioso libro *Agrupémonos todas. La lucha de las mujeres por la igualdad*[44] donde tengo el inmenso e inmerecido honor de compartir páginas con pioneras como María Elena Maseras, la primera mujer que, en el siglo XIX, decidió —y consiguió— estudiar medicina, Lilí Álvarez y Rosa Torres, las dos primeras mujeres —y únicas durante casi cuarenta años— que compitieron en unos Juegos Olímpicos, María de Maeztu, «persona de espíritu inquieto, imparable» en palabras de Isaías Lafuente, Carmen Iglesias, la única mujer miembro del Consejo de Estado o Rosario Pi, la primera directora de cine. Hoy, mi título cuelga encima de mi ordenador y, aunque no me queda mucha vista, todavía llego a leer que soy «licenciada».

También en el Banco de España lo solicité. Cuando yo entré el gobernador era Luis Ángel Rojo. Tuvieron que pasar otros dos gobernadores más pero cuando dejé el banco por una excedencia que enlacé con mi jubilación, los impresos recogían el femenino en sus enunciados.

Nuevas generaciones, nuevos proyectos, recuerdos viejos

La excedencia la tomé cuando mi madre y mi suegra necesitaron que Manuel y yo nos ocupáramos más de ellas. Ambas estaban en una residencia en la que conseguimos juntarlas al cabo de cierto tiempo de estar separadas y queríamos visitarlas con mayor frecuencia. También Manuel y yo decidimos hacer pequeños viajes, los llamábamos *hacernos un mini*, que no nos mantenían muchos días lejos de casa pero que nos dieron ocasión de conocer ciudades y pueblos españoles preciosos. Mientras tanto, fueron naciendo nuestros nietos, dos varones de los hijos de Manuel, tres niñas de mis hijos. Pienso cuánto le hubiera gustado a mi padre, que siempre que le preguntaban qué deseaba cuando no se sabía si yo iba a ser Isabel o Ricardo contestaba que niña, conocer a Andrea, Manuela y Clara. Yo sigo yendo de vez en cuando al cementerio —único sitio donde creo que algo queda de mi padre— y, mentalmente, le cuento cosas.

Le cuento que en 1999 formé parte de la candidatura de la Confederación de

[44] Buenos Aires, Aguilar, 2003, pp. 292-294.

Organizaciones Feministas al Parlamento Europeo, aunque naturalmente casi todas —menos Lidia Falcón— teníamos el convencimiento de que ninguna iba a salir elegida. Le cuento que cuando un grupo de mujeres publicamos *Españolas en la transición* lo hicimos porque nadie parecía recordar que las feministas nos ganamos a pulso todos los insultos habidos y por haber luchando por la misma democracia y la misma libertad que los hombres. Le cuento que su mujer, su querida Chon, murió tranquila y sin sufrimientos en el 2007 solamente un mes después de mi suegra, y Manuel y yo nos quedamos no sólo huérfanos sino sin la sistemática visita a la residencia de ancianos que hacíamos, él desde hacía veintitrés años y yo dieciséis y durante unos meses nos encontramos raros sin pedirle a nuestro coche poner rumbo a la R-3, que parecía hacerlo de memoria. Pero que en el entierro de mi madre ya sí pude hacer lo que hubiera querido poder hacer con él. Que envolví el féretro de su Viruelitas en una bandera republicana y su despedida se hizo en el salón civil del cementerio del Este sin crucifijos ni curas ni dioses que le pidieran cuentas ni le perdonaran nada y donde yo, con palabras que no sé de dónde me salieron —mi hijo estaba advertido por si yo flaqueaba—, me despedí de ella dándole las gracias por su aportación a la democracia y a la libertad, y les conté a todos los presentes que aquella bandera le envolvía simbólicamente también a él, que tan injusto entierro había tenido. Que contratamos música y *El concierto de Aranjuez* sonó precioso mientras le decíamos adiós. Que sus cenizas fueron a la tumba donde están enterrados sus padres y sus hermanos, todos ellos muertos a excepción de mi querida tía Isabel que espero que permanezca a mi lado muchos años para poder seguir diciéndole cuánto la admiro y cuánto la quiero. Le cuento que, cuando estaba en UGT, me acerqué un día a la Fábrica de la Moneda y, aunque no quedaba nadie que le hubiera conocido, al pronunciar su nombre oí decir «Blas es un histórico aquí[45]. Le cuento que sus nietas crecen preciosas, seria y buenaza Andrea, marisabidilla y fuerte Manuela, divertida y revoltosa Clara. Le cuento que Manuel está a mi lado, cada día mejor persona y yo cada día más enamorada de él y que mi marido dice muchas veces cómo hubiera su suegro disfrutado viéndonos felices —él que me vio tan desgraciada en mi primer matrimonio— y cómo se hubieran llevado de bien, amantes los

[45] «No quedaba gente allí que hubiera conocido en persona a mi padre, pero todos habían oído hablar de él: "Blas es un histórico aquí", me dijeron. Me enseñaron los talleres de timbre donde pasó casi treinta años de su vida trabajando, perdiendo salud y ganando respeto como sindicalista y como jefe. Aquel día yo también salí llorando de la Fábrica de la Moneda", *Al servicio de Su Majestad… el jefe*, Madrid, Bubok, 2009, p. 147.

dos del fútbol y del mus. Le cuento que yo también he aprendido hace tiempo a jugar a ese juego endiablado que contemplaba con ojos atónitos cuando él jugaba con sus hermanos en la taberna de mi tío Paco y que no podía comprender, porque el «no, sí, no, no», «paso, paso, hala, envido», sin mirarse siquiera las cartas, era lenguaje tabernario incomprensible para una niña pequeña. Como no oigo su protesta, sé que ya no le importa que su hija practique juegos de perdularios, tahúres y fulleros, se fume de vez en cuando un pitillo o hable, en privado, con boca de verdulero. Le cuento que sus hermanas todavía viven, muy deteriorada su hermana Concha, aquella pequeña que un día no comió por tener piojos, estupenda de físico y mente su hermana Manola a pesar de sus ochenta y tres años, que todavía va a Algemesí, y abraza a la nieta y al bisnieto de aquella señora Pepica que a ella la acogió con tanto amor, y que, cuando hablamos de él, ambas siguen manifestando el profundo amor que le tenían. Le cuento que también vive su hermano Ricardo, aquel al que le costaba tanto leer de pequeño pero que manejaba como nadie las herramientas de carpintero para hacer banquetitas a su madre, aquel que tanto y tan bien le cuidó cuando estaba en el hospital, que tanto lloró su muerte, pero que su vida, totalmente vegetal, está reducida a la nada. Otra batalla que queda pendiente. Conseguir que este país nuestro muestre su verdadero sentir alejado de influencias religiosas y exija una ley sobre la eutanasia equiparable a la que hay por algunos otros países europeos. Le cuento que su hermano Boni, aquel Boni que se amarraba a su hermano en Algemesí hasta el punto de parecer siameses, aquel Boni bajito, feo, divertido y quizás el mejor albañil que yo he conocido nunca, también murió hace mucho. Que yo he ido enterrando a todos y estoy cansada. Y que menos mal que no tengo berenjenales a la vista porque no me quedan fuerzas para meterme en ellos. Que las pocas que tengo las estoy utilizando para hacer lo que siempre quise hacer y no pude, porque la vida te lleva a veces por donde ella quiere y a ti no te queda más remedio que tirar para delante como buenamente puedas y sepas, y que ya tengo otro montón de poemas para publicar, que mi segunda obra de teatro está perdida por algún cajón y un día de estos tendré que iniciar su búsqueda, que a mi publicada novela *Maldito baile de muertos* le sigue *Llamada negra* que está en imprenta y en mi ordenador aparecen ya varias páginas de la tercera. Le cuento que mi hija practica un feminismo que no tiene nada que envidiar al de las mejores de mi generación y que mi hijo heredó mi gusto por la escritura y también ha

escrito libros y artículos aunque, en su caso, todo va de tecnología que yo casi no entiendo ya. Los años se precipitan con una velocidad alarmante y el mundo, ese que gira tanto, también cambia muy deprisa. Pero que así debe ser y que a mí no me importa ir envejeciendo porque nunca fui coqueta y el pelo blanco creo que me sienta bien. Y que si un día veo mi futuro muy negro ya me cuidaré yo de ganar mi última batalla. Después de contarle todo eso y dejarle unos claveles rojos, me marcho. Mi falta de creencias, incluidas las paranormales, hace que tenga claro que él jamás me va a contestar porque no está vivo. Que, en el fondo, hablo para mí misma, para redimirme de tan poca comunicación, o conversación, o habla, o como quiera que se diga en términos profesionales. De tanto amor, en el fondo, dejado de expresar. Y me digo a mí misma que nunca más va a volver a pasarme. Que nunca más seré tímida y callada y tonta de solemnidad y en el tiempo que me quede —dos precánceres acechan mi salud esperando su oportunidad— yo voy a ir por el mundo diciéndoles, repitiéndoles, gritándoles, cantándoles si es necesario, a los míos cuánto les quiero.

La última carta que mi padre escribió desde la cárcel finalizaba «días vendrán en que los hechos serán ejemplo de mi conducta». Siempre me sonó a declaración de principios. Los hechos de su vida hablaron después, en verdad, sin necesidad de palabras. Su exhaustivo trabajo, para que no faltara nada en su casa, su preocupación por mi vida y la de sus nietos, su sufrimiento ante los inevitables problemas de mi primer matrimonio, su amor por los suyos, su sindicato, sus compañeros, su partido… Cuando no hubo más remedio que comunicar su muerte a su anciana tía Rufa —que le sobrevivió—, la mujer, que llevaba varios años en una residencia y tenía completamente perdido el valor del dinero, nos dio 25 pesetas para que le comprásemos una docena de claveles rojos porque su sobrino, nos dijo entre lágrimas, «era un hombre bueno». Ojalá alguien, cuando yo falte, pudiera decir lo mismo de mí. Sería señal de que fui digna hija suya.

Parada en las Ramblas de Barcelona de la Associacio Catalana d´expresos polítics. A la izquierda Antonia Jover

La juventud en clandestinidad

Antonia Jover

En 1939, a final de marzo, mi madre subía por la calle Alcalá y vio que subían las tropas, que venían los de Falange, desfilando por la Cibeles, dando la vuelta para coger Alcalá… y ella subía Alcalá, así que apretó el paso, llorando, y llegó a casa de unos tíos en la calle Las Huertas y les dijo que había decidido marcharse con sus padres y sus hermanos a Alcalá porque ya estaba su embarazo de 8 meses. Decidió que se marchaba con sus padres porque, pasara lo que pasara, mejor estaba allí, con ellos. Se había despedido de mi padre, porque él se había ido para Alicante, a intentar coger el barco para marchar al exilio. Y desde que había despedido a mi padre que no sabía nada de él, así que sentía muy sola.

Entonces marchó a Alcalá con mi abuela y con mis tíos. Estando allí, nada más llegar, se presentó la Falange con una citación, para decirle que fuera a la mañana siguiente a la casa de Manuel Azaña que estaba en la Calle Correos, que la habían requisado. Para más inri, era en la casa de Manuel Azaña donde interrogaban a la gente. Así que, al día siguiente, fue con mi abuela y estuvieron todo el día interrogándola. Ella tenía mucho miedo de que le dieran aceite de ricino, porque como estaba en estado pensó, "no sea que me obliguen a abortar". Después de interrogarla, le dijeron: "Pues ya tiene que pasar a la prisión", a la cárcel.

Mi abuela les dijo que porque no la dejaban dar a luz en su casa, que vivía en la calle Mayor, cerca de la casa de Manuel Azaña, que no se iba a marchar y que hasta que no se celebrara el juicio la de-

Antonia Jover,
Fue una de las llamadas "niñas de la cárcel". Su casa sirvió para esconder en la clandestinidad a la dirección del PSUC. Es militante comunista y actualmente trabaja en temas de la memoria histórica democrática y en la Asociación de Vecinos.

Baldomera del Olmo 1935, Madrid

jaran al menos dar a luz allí. Con lo cual, yo vine al mundo en casa de mi abuela en el mes de Agosto.

Cuando nací subió una amiga de mi madre que era hija de Ventura Corral, que era el que lanzaba el Periódico de Alcalá y era dueño de toda la casa. Pero era muy amiga de mi madre desde muy jovencita. Vino para verme y nos dijo que, antes de venir, se lo había dicho a su padre y él había comentado: "Pues que la disfrute lo más que pueda porque es casi seguro que se la van a quitar, porque corren rumores que hay una ley que a todos los niños nacidos de republicanas los aparten de sus padres para educarlos en la educación católica". La amiga de mi madre le dijo a mi abuela que había pensado que ella podría ser la madrina, que podrían bautizarme y así ella podría influir en su padre por si me querían alejar de mi madre. Mi abuela aceptó aunque mi madre no quería porque ni ella ni mi padre eran católicos. Pero mi abuela dijo que por encima de todo estaba mi seguridad y me llevaron a bautizar, y Agustina Ventura Corral salió de madrina.

En las cárceles

En Agosto celebraron el juicio en el Ayuntamiento de la Plaza Cervantes. Una hora antes de celebrar el juicio se presentó un hombre vestido de militar y dijo que era el abogado defensor y que quería hablar con mi madre antes del juicio. Pero mi madre le dijo: "si dentro de una hora es el juicio, yo no tengo que hablar nada con usted porque ni lo he pedido ni necesito abogado, porque nosotros, todos los que venimos aquí, venimos ya condenados. Esto es una pantomima, ya venimos condenados, yo no necesito un abogado y no tengo por qué hablar con usted". Así que se negó a hablar con él y no quiso abogado.

Y era verdad, pues claro, era una pantomima de juicio. En esa sentencia a mi madre le echaron 20 años y 1 día. Automáticamente después del juicio la llevaron a la prisión. Pero ella, con el miedo de que le habían dicho que quitaban a las niñas de la República, no me soltaba, y además me estaba dando el pecho (yo solamente me alimentaba del pecho). Entonces quisieron entregarme a mis abuelos y mi madre dijo que no, que ella no se separaba de mí. Armó un poco de… bueno, se defendió. Al final entré con ella, con 2 meses, en la Prisión Provincial de Alcalá de la Plaza de las Bernardas. Dentro de la Plaza de las Bernardas, estaba el Convento de las Bernardas, a la derecha, la Prisión de las Bernardas, que hoy es el Museo Arqueológico, y a la izquierda, las murallas y el Palacio Arzobispal. Toda la plaza es Patrimonio de la Humanidad ahora.

Cárcel de Alcala de Henares. Entrada a la plaza de las Bernardas donde estaba la cárcel de mujeres de 1939 a 1945

Pues resulta que en el Convento de la Plaza de las Bernardas estaba mi tía de mandadera del Convento. Al entrar en el convento había una monja que la llamaba Sor Teresa, de éstas que tenían las tocas tan grandes y los grandes gorros aquellos, que a mí me llamaban mucho la atención. Y esta monja, con mi madre en la cárcel, estaba pendiente de mí, me hacía los tirabuzones, me arreglaba los vestidos porque nos los daban largos que llegaban a los pies, etc. Y cuando venían las delegaciones de fuera a mí me utilizaban en la cárcel, para que pudiesen ver lo bien cuidadas que tenían a las niñas.

La monja siempre estaba llamándome y eso se me quedó grabado, en sus grandes uniformes tenían grandes bolsillos que siempre llevaba llenos de caramelos o de frutas. Y siempre me daba los caramelos, y mi mamá lo pasó bastante mal porque siempre me escogía a mí. Mi madre no quería que fuese, pero yo le daba patadas a mi madre porque quería ir cada vez que me llamaba. Al final mi madre le dijo a Sor Teresa que no había derecho de que siempre me escogiese, que llamase también a los otros niños. Pero ella le dijo: "Los niños que están aquí son míos y yo

Cárcel de Alcala de Henares. Actualmente Museo Arqueológico

escojo a los que me da la gana". Mi madre lo pasó mal en este sentido, porque yo siempre quería ir porque me daba cosas, es el egoísmo de las niñas.

A los dos meses de estar en la Prisión, el Director de la prisión, Don Venancio, llama a mi madre, y le dice que han venido tres falangistas y que tiene que preparar a la niña porque se la tiene que entregar. Mi madre se puso como una leona y Don Venancio le dijo: "Bueno, bueno, cálmate, cálmate. ¿Tienes partida de bautismo?" y mi mamá le respondió que sí, y él le dijo: "Pues dile a tu madre que me la traiga a ver qué podemos hacer". Mi madre le dijo que Agustina Ventura Corral fue mi madrina en el bautizo. Don Venancio, que era muy amigo de los Ventura Corral, que eran jefes de Falange allí en Alcalá, le dijo a mi madre que se podía quedar conmigo, que si Agustina era la madrina que no se preocupara que nadie me iba a tocar. Este fue el motivo del porque no me llevaron.

Cuando yo rondaba los tres años nos trasladaron a la cárcel de Ventas en Madrid, a la Cárcel de madres lactantes de Madrid, creo que se llamaba. Pero sólo estuvimos dos o tres meses. Allí conoció a la Topete, conoció la situación que había en la cárcel y vio que había presas a las que no les dejaban ver a sus hijos allí en Ventas. Pero ese es otro tema. Y desde allí, ya salimos en libertad, bueno, en libertad condicional. Porque mi madre se tenía que presentar en la Jefatura de Madrid cada 15 días a firmar durante los siguientes 4 años.

Cuando estábamos en la prisión, a mi madre le pasaron una carta de mi padre donde le explicaba que estaba en Yeserías y todo lo que había pasado durante ese tiempo y todas las cárceles que había recorrido. Total que mi madre, al salir en libertad, entre que tenía cada 15 días que presentarse y que tenía que atender a mi padre en Yeserías, pues tuvo que ponerse a trabajar en Madrid y a mí me dejó con los tíos de la Plaza de las Bernardas.

Antonia Jover. Foto hecha en la cárcel de Alcala de Henares, 1940

Cada 15 días mi madre venía a verme, y así pasaron los años. Yo corría por la Plaza y siempre me fijaba en las ventanas de la antigua prisión, que ahora el edificio está exactamente igual que era, y en la parte de arriba, en las ventanas aquellas grandes, era donde teníamos la nave (donde estábamos todas). Me fijaba en aquel edificio. Y jugando con los niños en la calle, miraba el edificio. Pero claro, entonces no se entraba porque estaban los guardias, los militares, en la puerta. Primero fue una prisión y, después, cuando yo ya era más mayor, fue algo de los militares. Cuando tenía unos 6 años más o menos ya tenía pesadillas por las noches con el edifico. Entonces, uno de los días que vino mi mamá, le expliqué que nunca había entrado en el edifico, pero que no paraba de soñar por las noches con él. Soñaba que entraba y que era una gran nave, bajábamos por unas escaleras que conducían a un patio, corría por alrededor del patio con mucha gente y siempre veía venir una monja, toda de blanco, corría hacía ella y me llevaba de la mano. Le dije todo, todo, de cómo era el edifico por dentro. Mi madre se quedó parada, porque hay que ver cómo se quedan grabadas en una niña estas cosas. Cuando se lo expliqué mi madre me dijo: "No hija no, no es un sueño, es una realidad". Y entonces me explicó que habíamos estado en la cárcel por una señora que la había denunciado y la habían cogido. Que yo era muy pequeñita cuando nos habían metido en la cárcel, pero que yo había estado por allí y había corrido y que todo lo que explicaba era porque lo había vivido.

He tenido la suerte de que mi madre siempre me ha explicado el tema de la guerra de forma muy clara. De pequeña mi madre no me hablaba tanto porque estábamos en pleno franquismo. Pero, en las pocas cosas que me decía, siempre era muy sincera. Por ejemplo, de cría, cuando iba al colegio, yo le decía: "Mamá, nos dicen que los rojos son muy malos y que no nos podemos acercar a la gente de izquierdas". Y mi

Antonia Jover., 30.10.1944, Alcala de Henares

mamá me respondía: "Mira, cuando alguien te diga eso, diles que si se pinchan a ver cómo les sale la sangre, si azul o roja. A ver si todos no son rojos. Y el corazón, a ver dónde lo tienen, que por desgracia de ellos lo tienen en la izquierda".

No me comentaba mucho, pero siempre me decía lo que pensaba. En otra ocasión le dije: "Mamá, las monjas dicen que los Reyes Magos, a las niñas que son buenas, les traen muchos juguetes, muchos juguetes y a las que son malas no les traen nada. Entonces mamá ¿Yo soy mala? Porque yo no tengo muchos juguetes". Me contestó: "No hija, eso no es verdad. Los Reyes son los padres, así que, en este caso, sólo los niños ricos son los buenos. Sólo los padres con dinero les pueden comprar muchos juguetes. Son los padres los que compran las cosas". De esta manera tan simple mi madre me explicaba qué eran las clases sociales. Me explicaba quiénes eran los ricos en España y el porque unas niñas tenían y otras no tenían. Así, en estas pequeñas cosas, que están al alcance de cualquier niño. Siempre me ha dicho la verdad, y estoy muy contenta.

Cuando venía a verme cada 15 días me dejaba 5 duros y me decía que me los tenía que administrar durante los 15 días que no la vería. Esto me ha servido muchísimo para saberme administrar, para saber llevar la gestión. En estas cosas puntuales mi mamá ha sido muy pedagógica.

Mi padre, Antonio Jover

A mi padre no lo conocí como mi padre. Lo fui a ver con 5 y 6 años, en la fiesta de la Mercè, en Yeserías, en Madrid. Me llevó mi madre diciendo que era "un amigo de la mamá que te quiere mucho y quiere verte". Pero no me dijo nada más.

A mi padre, en la sentencia que tiene, le juzgaron por Secretario General del Partido Comunista en Murcia antes de la República, por altos cargos en la República en Murcia y por Oficial de Estado en el Ejército, pero no lo juzgaron por estar en el Estado Mayor de Tanques en Alcalá. Mi madre, al saber que no lo habían juzgado por esto y como todavía era reciente, era el año 40 y pico, tenía miedo de que en esta época aún le pudieran volver a juzgar, y tuvo esta forma de guardar a la persona que amaba, y para que nadie sufriera le obligó a que me dijera que era "un amigo de la mamá". A mis tíos, cuando me llevaba a Madrid, les decía que me llevaba con ella a pasar unos días, pero no les decía que mi padre estaba en la cárcel, no sabía ni mi abuela que mi madre lo iba a visitar. Lo ocultó totalmente, lo ocultaba para protegerlo. Tenía miedo de que lo volviesen a juzgar ya que todos los de Alcalá lo sabían, porque fue muy conocido en los tres años de la Guerra, puesto que era el Responsable español del Estado Mayor de Tanques.

Mi mamá me decía que no sabía nada de mi padre. Yo le preguntaba: "Mamá, pero todas las niñas tienen papá y yo no tengo papá". Y decía: "No, es que tu padre estaba luchando aquí en España y tuvo que marcharse y no sé dónde está". Pero yo le decía que una prima me había dicho que mi papá era ruso. Recuerdo que por aquel entonces vino un barco ruso y, con él, vino el padre de una chica de Alcalá. Yo tenía la ilusión de ver si venía el mío, porque yo a mis primas les había oído decir que mi padre se había ido porque había estado con los rusos y que había ido a Rusia. Y entre mis primas y mi madre que me decía que no sabía dónde estaba, pues yo tenía un lío… y cada vez que tenía noticias que venían de Rusia, yo soñaba "a ver si viene mi padre, a ver si viene mi padre".

Antes de seguir, tendría que explicar cómo se conocieron mis padres. Mis padres se enamoraron en el trabajo, en Alcalá de Henares, pero mi madre tenía 22 años y mi padre tenía 40 años y estaba casado. Pero mi padre se enamoró en-

Antonio Jover Riquelme. Abajo sentado 4º de Izq. A Dcha., 1933, Grenoble (Francia),

seguida de mi madre y ella en un primer momento no se enamoró, pero claro, hablando y hablando con ella, la acabó conquistando.

Mi madre era muy joven y no había estado nunca enamorada y vio que mi padre era una persona muy humana, que estando allí en Alcalá, en el Estado Mayor, él entraba muchísima comida de los militares rusos y la repartía para todo el mundo. Estaba todo el almacén lleno y mi madre oía a mi padre decir: "Que no me entere yo que aquí ninguna persona que lo necesite no se lleva su paquete de comida". Mi madre lo veía un hombre muy bueno y hablaban mucho. Él convenció a mi madre y entró en el Partido Comunista. Entró en la JSU porque tenía 22 años, para ayudar al Socorro Rojo, donde estaban las 13 Rosas. Entró en el Socorro Rojo, con todas las jóvenes para ayudar, y hacían costura y trabajos para los militares. Al mismo tiempo hablaba con mi padre y mi padre la ayudó en el proceso, porque ella antes no era de política. La convenció y mi madre vio otro mundo diferente del que había vivido.

Así que mi madre se enamoró, pero se enamoró a nivel humano y a nivel ideológico, a nivel de ideas, más que físico, pero se enamoró. Y entonces cuando se quedó en estado se lo comunicó a mi padre y él le dijo: "Yo creo que deberías abortar porque perdemos la Guerra y yo estoy casado y tengo 4 hijos", Y mi mamá se quedó parada porque no lo sabía, pero ya estaba enamoradísima. Mi padre continuó: "Yo tengo que marcharme fuera y tú te vas a quedar sola y te vas a quedar embarazada". Entonces mi mamá le dijo: "Bueno, tú márchate, pero yo quiero tener algo tuyo por lo que luchar. Y yo ya me encargaré de ello". O

Antonia Jover, 24.09.1945, Alcala de Henares

sea, que fue valiente en esos momentos porque lo que era en el franquismo ser madre soltera...

Digo esto porque la gente se pregunta: "¿Cómo no se ha carteado nunca con su mujer?". Pues este es el motivo. Mi mamá le respetó y no volvió, y a mí me fue diciendo, la pobre, "tu padre no lo sé, no se ha muerto pero no lo sé". Pero mi padre tenía siempre la cosa dentro de que había dejado una hija.

Mi madre a los 13 años me sacó de las monjas y curas y todo ese mundo. Me vino a buscar a casa de mis tíos, porque en esa época yo vivía las 24 horas con los curas y entonces el ambiente que tenía era contrario al suyo. Me metió a estudiar, porque veía que no avanzaba, que no me enseñaban bien, porque claro, era otra cosa. Los colegios en el franquismo eran el brazo en alto, canciones del franquismo, rezos,… pasábamos más de media hora o casi una hora entre canciones, rezos y saludos. Y después a las niñas nos metían a la costura, teníamos más tiempo en costura… que a mí no hay quien me haga coser ahora por culpa de haberme obligado tanto a coser.

Estaba muy atrasada y mi madre habló con una conocida que era maestra y que tenía un instituto particular, y le dijo que me enseñara. Porque yo escribía y tenía faltas de ortografía y ella me decía: "Esto no puede ser, ya vas siendo mayorcita y esto no puede ser". Me puso en un Instituto, allí en Alcalá, en un colegio particular.

Cuando tenía 15 años llamó mi maestra a mi madre y le dijo: "Mira, la Toñi ya está preparada para hacer el Secretariado. Quiero meterla en mecanografía y taquigrafía. Quiero meterla porque en estos dos años lo ha cogido todo y está muy avanzada". Entonces mi madre le dijo que ya hablarían y se marchó. Yo le escribí diciendo que ya no quería estar apartada de ella porque estaba muy mal con gente extraña, que no me sentía bien. Y le escribí: "Mamá, ya tengo edad para estar contigo y trabajar. Y quiero estar contigo y trabajar allí en Madrid y no quiero estar más aquí, llévame contigo." Total, que mi madre vino, habló con mis tíos y les dijo que me llevaba con ella.

Así que no había cumplido los 15 años cuando me fui con mi madre a Madrid. Fuimos a vivir a la Calle Montera y me coloqué allí, en un taller de colchas guateadas y continué estudiando en una Academia en la Calle Montera.

Cuando mi padre salió de la cárcel, salió acompañado por la Guardia Civil a la estación y no pudo ni verme. Le acompañó la Guardia Civil hasta el tren, porque

venía desterrado a Barcelona y venía desterrado por una prima hermana que fue la que se movió para sacarlo, porque mi padre tenía cadena perpetua, estaba conmutado de la pena de muerte.

Una prima hermana suya era muy amiga de la Pilar Primo de Rivera y en el 45 se movilizó y al final lo sacó. Mi padre siempre decía lo mismo, decía que su prima le había sacado de la cárcel porque pensaba que, como había sido derrocado el fascismo en Europa, vendrían a por Franco y ella, como estaba muy manchada con la Falange, estaba muy llena, pensó que si sacaba a su primo de la cárcel, a lo mejor le echaría una mano después. Yo le decía: "Qué desconfiado eres…" Pero él me contestaba siempre: "No, pues podría haberlo hecho al principio. ¿Por qué lo ha hecho al final? Lo hace justo cuando acaba la Guerra Mundial". Siempre decía eso.

En ese tiempo mi tía Riquelme fue a Madrid a hablar con Pilar Primo de Rivera y visitó a mi padre en Yeserías. Mi padre le pregunto qué hacía allí, porque no lo había visitado en todo el tiempo. Y ella le dijo: "Vengo para llevarte conmigo", y mi padre: "Pero tú estás tonta, no ves que tengo cadena perpetua" y ella le contestó: "Es igual, tengas lo que tengas, estoy dispuesta hasta a pedir audiencia con Franco si hay necesidad. Con el Ministro de Justicia ya la tengo. Yo vengo para llevarte". Total que mi tía explicó que tenía un cáncer y una hija, y les dijo que el primo que más honesto y más honrado tenía y de más confianza era mi padre, y que en las condiciones en que estaba no se podía hacer cargo. Total, que dijo que tenía que dejar a su hija y quería que se encargase él. Que ella estaba con una enfermedad terminal y que necesitaba una persona de confianza y que esta persona era mi padre.

Total, mi tía fue a Yeserías y de allí trasladaron a mi padre a Alcalá. En Alcalá estuvo un mes y de allí ya salió, pero desterrado a Barcelona sin documentación. Le dejaron irse porque su prima se hacía responsable.

Mi padre llegó a Barcelona en 1947. Tuvo que hacer la documentación y conseguir papeles y trabajo. Y, claro, en todo un período de tiempo tenía que formarse una vida. Su profesión era la música y le habían robado los instrumentos, con lo cual no tenía medio de vida, no tenía nada y se quería independizar de su prima porque su prima no quería estar con él realmente. Hasta que se independizó sería toda una historia un poco más larga de explicar. Total, que se metió en el negocio de los helados. Quería sacar adelante el negocio para traer a la familia y así tirar adelante. De esta manera se

puso a negociante. Fue un salto… lo mismo que de artista a militar, pero bueno, cuando llegan esos momentos… hay que hacer los esfuerzos.

Cuando vino a Barcelona con la prima hermana fue trayendo, desde Murcia, a mis hermanos y a su primera mujer que a nivel político no tenían nada que ver. No había lo mismo que con mi madre, que le atendió en la prisión y no le dejó en ningún momento. En el otro caso no fue así, su primera mujer no le atendió, ni apareció por las prisiones ni nada, o sea, no le siguió. Eso le influyó en cierta medida y cuando vinieron a Barcelona ya estaban mal.

Toda la familia de parte de la mujer era de París y ella sólo quería que mi padre se marchara a París con ellos, no quería comprar ni una casa ni nada para que se pudiesen ir. Estaban en una pensión y mi papá decía: "Vamos a comprar una casa", y ella, "No, no, no, que no y que no", para marcharse a París. Mi papá siempre le decía que no se empeñara en irse, que él tenía que seguir luchando en su país, que a él no se le había perdido nada en Francia. La familia estaba con la obsesión de arrancarlo y llevárselo a Francia y mi padre, con empeño, que no, que su lugar era España. Pero al final mi padre explicó a mis hermanos el verdadero motivo, que éramos mi madre y yo. Y, con el consentimiento de mis hermanos, vino a buscarme cuando tenía 16 años.

Antonio Jover Riquelme. En la Cárcel de Yeserias, 1944

Mi padre en el mes de marzo de 1955 empezó a estar bien económicamente. Ya tenía todos sus papeles en regla, había conseguido hasta un pasaporte a base de pagar, todo lo consiguió con dinero. En un viaje que hizo su familia a París, él aprovechó para venir a conocerme. Además, mis hermanos le dijeron que él no podía ir a Francia porque yo ya tendría 15 o 16 años y era el momento de conocerme. Así que vino con el consentimiento de sus hijos.

El encuentro

Así que mi padre, en el 55, cuando yo tenía 16 años, fue a Madrid y se hospedó en la Calle Hortaleza, en un hostal. Pensó que

al día siguiente nos podía ir a buscar por Ventas pero resulta que, bajando la Calle Montera para coger el metro en Sol, se acordó de que allí, en esa calle, estaba el restaurante donde trabajaba mi madre cuando iba a verlo a la cárcel en Yeserías. Pensó que se pasaría a ver si alguien la conocía. Se le ocurrió entrar en el número 4 de Montera, que es justamente donde vivíamos. Al entrar en el portal empezó a mirar y la portera, la señora Trini, le preguntó qué estaba mirando. Y le dijo: "Perdone señora. Es que aquí trabajaba una joven, una muchacha que se llama Baldomera del Olmo que por el año 46 o 47 trabajaba aquí, en un restaurante." La señora Trini al oír esto se le quedó mirando y le dijo: "Usted es el padre de la chica". Él no dijo nada más, pero la verdad es que nos parecíamos mucho físicamente. Le dijo que sí y que venía a buscarnos. Ella le explicó que si subía a la primera casa encontraría a mi madre en la cama porque no se encontraba muy bien.

Mi madre estaba con dolores porque tenía un tumor en el vientre, pero un tumor de sangre, no era malo. Y cuando vino a Barcelona se lo operaron aquí. O sea que Barcelona le salvó la vida porque en Madrid no se atrevía a operarse por no dejarme sola.

Yo aquella mañana me había ido pronto porque me había llamado mi compañera por un trabajo urgente. Me acuerdo de que era domingo por la mañana y no tenía que ir a trabajar, pero me dijo que si podía ir aunque fuesen dos horitas y le dije que sí. Pero llegué al trabajo y no me había ni sacado el abrigo y, de golpe, sonó el teléfono y era la señora Trini que me dijo que fuese inmediatamente. Yo le pregunté si estaba peor mi madre, porque como estaba tan delicada… pero me tranquilizó, aunque me dijo que fuese corriendo. Así que colgué el teléfono y les dije que lo sentía mucho pero que me habían llamado y que me tenía que ir porque era muy urgente. Recuerdo que cogí Hortaleza, atravesé toda la Gran Vía, yo trabajaba en la parte de arriba de Hortaleza, y bajé Montera y todo corriendo, corriendo, llegué rapidísimo.

Cuando subí, estaba mi madre en la cama y mi padre sentado a los pies de la cama. Iba muy elegante vestido, así que cuando lo vi pensé que era el médico que había venido a verla. Pero mi madre me miraba y se reía, así que no entendía nada. Le pregunté que si se había puesto peor pero mi madre me dijo que no, y entonces lo miró a él y le dijo: "No te ha reconocido". ¿Cómo lo iba a conocer? Si lo había visto con 5 años. Miré a mi padre y tenía todos los ojos aguados, llenos de agua. Entonces

mi madre me dijo: "Hija, es tu padre". Y ya no me despegué de él.

Mi padre se aproximó y me dijo que si le acompañaba a buscar la maleta que la tenía en Atocha, en consigna. Y cuando bajamos, me cogí de su brazo y ya no me solté de él. Empezamos a hablar y fuimos andando desde la Puerta del Sol hasta Atocha, bajando toda Alcalá, sólo para hablar. Él me iba preguntando y yo le iba explicando mis experiencias de vida, en la cárcel, con los curas y las monjas, etc. Estuvo muy orgulloso de que tuviera un sentido analítico tan bueno para comprender. Recuerdo que le dije: "Si no hay otra filosofía de la vida, es muy desagradable tanta hipocresía y tanta doble moral". Y él me dijo: "No, no, hay otras formas de comprender la vida, y ahora las aprenderás, hablaremos y discutiremos mucho sobre esto."

Antonio Jover y Antonia Jover, 25.03.1951,Madrid

Cuando volvimos a casa, mi padre nos propuso que si no nos ligaba nada allí, que nos viniéramos a Barcelona. Mi mamá, como su profesión era la hostelería, la cocina, el hotel, se dedicaba a todo esto y decían que aquí en Barcelona se ganaba más que en cualquier lugar, pues dijo que sí, que para trabajar en Madrid pues que ya se buscaba un trabajo en Barcelona y así podíamos estar todos juntos.

En Barcelona teníamos unos amigos en Horta que nos hospedaron cuando llegamos. En casa de los hermanos Guillem, Pepe y Andrés. Mi padre dijo que había tenido una idea fantástica para montar un negocio en Barcelona. Así que en dos días nos vinimos a vivir a Barcelona, era finales de marzo.

Nada más llegar a Barcelona me inscribieron en un Instituto a terminar taquimecanografía. Estudié comercio en el Instituto de la Rambla de Pueblo Nuevo. Un día, cuando ya estábamos instaladas en Barcelona, mis hermanas

le dijeron a mi padre que nos querían conocer. Así que vinieron y mi madre se quedó asombrada cuando las vio. Empezamos a tener una buena relación y mis hermanas me llevaron a trabajar con ellas, al negocio de los helados. Cuando ese año acabó la temporada de helados, era en 1956, una de sus hijas le dijo que se casaba en París y mi padre supo en ese momento que se marcharían todos a la boda y ya se quedarían allí todo el verano. Él se tenía que quedar a preparar la temporada y además tenía que cuidar de su hijo, el pequeño, que se iba a la mili, el Nin, se llamaba Lenin, pero en la mili le pusieron Antonio en la cartilla porque no se podía llamar Lenin. Cuando llegó la nueva temporada de verano mis hermanas ya se colocaron en París a trabajar y se ennoviaron. La madre ya no tenía relación de pareja con papá, por lo que también se quedo en París con la familia. No volvió nadie.

Antonio Jover y Antonia Jover, abril 1956, Barcelona

Mi padre nos dijo que el negocio tenía que salir adelante y que, ya que estábamos nosotras aquí, podíamos trabajar los tres juntos. Fue cuando ya nos juntamos como una familia. Papá me puso sus apellidos. Fue a un abogado y arregló los papeles y ya me puso Jover Del Olmo, porque hasta entonces me llamaba sólo Del Olmo.

La clandestinidad

Recuerdo que nada más llegar a Barcelona yo ya me quise incorporar a la lucha. A los 17 o 18 años ya empecé con las octavillas, "El català a l'escola" y "Llibertat, Amnistia i Estatut d'Autonomia" y a "lluitar". Mi padre se afilió al PSUC nada más llegar a Barcelona, y mi madre, cuando llegamos, también cogió su carnet del PSUC y enseguida nos incorporamos.

Y a partir de allí, nuestro trabajo en la heladería era de estafeta. Nos venían las maletas de Francia y en 24 horas ha-

cíamos los paquetes y los distribuíamos por La Maquinista y diferentes lugares. Los paquetes se tenían que sacar en 24 horas para evitar que nos pillasen. Pero como sólo podíamos hacer de estafeta en la temporada de verano, cogimos una zapatería en Marià Aguiló, en Pueblo Nuevo. Precisamente, todo lo que íbamos cogiendo era con la idea de la lucha. Cogimos la zapatería para continuar trabajando en invierno y allí nos venían las maletas. Venían los representantes con las maletas de zapatos, pues una maleta más o menos no llamaba la atención. Entonces, la zapatería hacía de estafeta también. Venían de París con maletas y bultos y osos y juguetes y cosas,… pero todo con doble fondo y estaban los materiales dentro. En la zapatería teníamos un almacén detrás y llegaban los representantes con la maleta, se quedaban dos o tres días allí en una habitación que teníamos al final y en este tiempo habríamos la maleta y lo distribuíamos.

A los dos o tres años de trabajar en la zapatería nos tuvimos que ir del local y trasladarnos a vivir en frente del Teatro Talía. El dueño del local preparó una redada y tuvimos que desprendernos de la zapatería deprisa y corriendo. Y, entonces, nos fuimos a una casa en Marià Aguiló, pero había una portera que era muy chismosa y cada vez que venía alguno del Partido nos decía: "Mira, que ha venido un señor que preguntaba por tal y era muy sospechoso…" Era tremenda, y no daba seguridad. Así que vivimos allí hasta aquella caída que hubo de 105 camaradas en el año 61. Fue una caída muy fuerte y nosotros estábamos con esos grupos, y nos vino un amigo que nos había citado en el Paseo Marítimo para una reunión y nos dijo: "No vayáis porque están cayendo varios compañeros en Terrassa y Sabadell y en otros sitios." En Badalona acababan de caer otros con los que nos teníamos que reunir también. Nos dijeron: "No vayáis porque corre el rumor de que alguien ha dicho en una Comisaría que ellos sólo sabían que se reunían con un viejo y una joven. Así que no se os ocurra ir a la reunión". Entonces nos quedamos al margen. Aquella caída fue muy fuerte, así que dejamos pasar dos o tres meses sin hacer nada, estuvimos quietos.

Un día vino "Román", Josep Serradell, a hablar con papá y le dijo: "Mira, esto no puede ser, tenemos caídas cada dos por tres, son caídas muy seguidas y muy fuertes. Fue la de los 80, fue la de los 40, aquella fue de ciento y pico. Y hemos pensado que vamos a hacer una organización diferente, cambiada, con toda la gente nueva. Quisiéramos saber si os podéis comprometer a que en vuestra casa pueda venir la Dirección para tra-

bajar desde aquí, desde el interior". Mi papá le dijo que por ellos sí, pero que yo tenía sólo 20 años y que con esa edad no sabía si estaría dispuesta a dejar mis amistades y aislarme del mundo. Porque claro, tenías que aislarte del mundo. No podías decir a tus amigos: "venga, vente a casa", a casa no podía venir nadie, y si tienes amigas es sospechoso decirles: "no puedes venir a casa". Así que no podía tener amigas. Pero "Román" dijo que hablaría conmigo.

Me citaron, estuvimos en una mesa redonda con mis padres. Para mi madre y mi padre fue fantástico porque así me tenían en casa sin que me pudiera escapar, para ellos estupendo. Hicimos la mesa redonda y me lo plantearon. Me dijo "Román": "Necesitamos una casa de mucha seguridad. Tenéis que hacer una casa con mucha seguridad, por todos los medios. Y tú -le dijo a mi papá- no puedes fumar ni tabaco francés -porque mis hermanos le mandaban tabaco francés-. Hay que hacer lo máximo en seguridad". "Román" para la seguridad era estricto, estricto, se pasaba. Y me lo plantearon y yo, con la inocencia de la juventud (pero bueno, es igual, contra una dictadura haces lo que sea), pensé: "¡Uf! Pues si ahora ya hay estas luchas, si viene toda la Dirección aquí en el interior, Franco enseguida caerá". Así que pensé que era cosa de dos días si venían todos de Francia a luchar en el interior. Les dije que aceptaba si creían que eso era importante. "Román" entonces nos pidió una lista con todas las personas que conocíamos que pudiesen aceptar formar parte de la organización clandestina. Nosotros dimos el nombre de Lola, Dolores González, dimos a los hermanos Guillem, que tenían la fundición, porque como yo había estado viviendo en su casa eran como hermanos para mí, dimos otros de L'Hospitalet…, o sea, que dimos unas tres casas de amigos que sabíamos que podían aceptar. Pero "Román" nos avisó que nosotros no les podíamos decir nada, que ya se encargarían ellos de contactarles de alguna manera.

Así que durante todos los años de lucha fue divertido, porque, claro, nosotros sí que sabíamos que estaban luchando, pero ellos no tenían ni idea de que lo sabíamos y, cada vez que nos veían, nos decían: "Uy, algún día, ya veréis, ya veréis. Algún día sabréis cómo van las cosas". Nos reíamos por dentro, porque pensábamos que tenían ganas de decírnoslo y no podían porque no sabían que nosotros ya lo sabíamos. Era de máximo secreto.

A partir de la charla con "Román", y como en el Paralelo teníamos a la portera, buscamos una casa más segura. Empezamos a buscar y en la calle Balmes encontramos dos o tres casas preciosas por el mismo

precio de alquiler. Cogimos la casa que tenemos, en la que vivimos hace ya 50 años. Cogimos la casa de Padre Claret porque cumplía todos los requisitos. Abajo había un taller de coches, en el primer piso un taller de confección. Sólo había dos o tres vecinos y en frente había una fundición, la SAFRA. Había pocas casas alrededor y era lugar de fábricas. La casa no tenía portera y sólo tenía 3 o 4 pisos. El nuestro era exterior, con ventanales fuera que daban a la calle, por lo cual también podíamos mantener las señales con las persianas En fin, reunía todas, todas, las condiciones para que nos instalásemos. Y además sólo estábamos mamá, papá y yo, y todos estábamos de acuerdo. No había niños ni nada, había poco vecindario, y nosotros mantuvimos a los vecinos a raya, para no tener confianza y que no entraran en la casa.

La casa está bien distribuida. Tiene una habitación al entrar a la derecha y después está un pasillo con otro dormitorio, al final se encuentra el comedor que tiene una puerta y que, si quieres aislarte, cierras la puerta y no oyes nada. Gregorio (López Raimundo), Serradell cuando faltaba Gregorio, o los demás, dormían siempre al lado de la puerta.

Normalmente nos aislábamos de la gente y era muy raro que tuviésemos la visita

Antonia Jover., 05.06.1957, Barcelona,

de alguien. Pero si alguno se presentaba, teníamos las señales de cómo estaban las ventanas. Bajábamos la persiana hasta la mitad si no había nadie, si la casa estaba libre; pero si teníamos a gente en casa estaban hasta arriba. Si al pasar por la calle veían la persiana hasta arriba sabían que teníamos a alguien en casa. Nos pasó muy poco, muy poco, que hubiese alguien en todos esos años.

Fueron 18 años de tener a gente en casa. Primero vino un tal Pardel que estuvo 2 años. Para mí que vino como entrada, para ver cómo funcionaba la cosa. Y después de Pardel vino Josep Serradell "Román", que estuvo 1 año, fijo, allí con nosotros en casa, y después ya vino Gregorio López Raimundo. O sea, antes de Gregorio estuvieron los dos, yo pensaba: "estos están de prueba, los han mandado a ver cómo está la seguridad". Y después, al cuarto año, llegó Gregorio.

También pasó por casa Leonor Bornao, la responsable, durante la época de la clandestinidad, de las Relaciones Públicas y Relaciones Exteriores en el Partido, en el PC, y creo que también en el PSUC. Y pasó por casa también Simón Sánchez Montero, vino una vez que tenía que hablar con Gregorio. Y también éste que estuvo en Madrid, que fue presidente del PCP, Ignacio Gallego. O sea, por casa pasaron Ignacio Gallego, Simón Sánchez Montero y Leonor Bornao, y Gregorio y Serradell.

Cuando venían se quedaban a vivir, pero en verano, por ejemplo, se marchaban si les llamaban o tenían algún aviso de Francia por alguna reunión… se iban a Francia. Y, como tenían que pasar por la montaña, tardaban un mes o dos en regresar. Luego, si se ponían enfermos… "Román" se puso dos veces enfermo estando en casa y le tuvieron que llevar a Rumania. Gregorio también se puso una vez muy enfermo y también tuvo que marcharse un mes, estuvo un mes fuera. Pero se ausentaban un mes o dos como mucho.

Gregorio llegó a finales del mes de Abril, me acuerdo porque nosotros nos íbamos a los helados a trabajar y entonces Serradell nos llamó y nos dijo que vendría un tal Pedro, que era el que se iba a quedar ya definitivamente en casa. Y lo esperamos, pero ya teníamos que ir a vender, así que mi papá y yo salimos de casa, pero cuando ya llegamos casi al portal le vimos que subía, todo elegante con su gorro, su cabello blanco, tan majo como era, y le preguntamos si era Pedro. Y él dijo que sí y que lo sentía porque se había retrasado. Y mi padre le dijo que no se preocupara, que ya tenía la habitación y todo preparado y que Baldo, mi mamá, estaba arriba esperándolo y que con nosotros ya nos veríamos por la noche porque teníamos que trabajar. Y nos despedimos hasta la noche, y saliendo del portal me dice papá "Tienes que llamarle Pedro, pero ¿sabes quién es éste? Se llama Gregorio López Raimundo. Éste es el Secretario General del Partido. Pero tú tienes que llamarle Pedro, ¿entendido?".

Y estamos orgullosos de que no pasó nada en los 12 años que estuvo Pedro.

Y será casualidad, pero desde que vino ya hubo pocas caídas. A partir de esta organización que se hizo, ya empezó la cosa. No tuvimos ningún lío. Las medidas de seguridad fueron muy fuertes, aquí está la demostración. El único susto que tuvimos fue cuando lo detuvieron, cuando detuvieron a Gregorio.

Gregorio era muy puntual, siempre muy puntual… en todos los años que estuvo no falló nunca, una puntualidad tremenda. Y normalmente llegaba a las 10 de la noche porque venía de las reuniones y demás. Y entonces, aquel día a las 10 no vino y a las 11 no vino y a las 12 no vino, y mi mamá unos nervios…, mi mamá es que no vivía, no paraba de decir "Le ha pasado algo, esto no puede ser, Pedro no hace esto, no es así". Y entonces sonó el teléfono, y era Serradell que nos dijo: "Gregorio no ha llegado, ¿verdad?" y mi madre le contestó que no y que estábamos muy preocupados, que no habíamos ni podido cenar. Y le dijo "Pues cenad tranquilos, no os preocupéis que Gregorio está en una reunión, pero es una reunión muy importante y seguramente se quedará a dormir". Él ya sabía que estaba detenido pero, para que durmiéramos tranquilos, nos mintió. Y nosotros pensamos que si estaba en una reunión en que no había teléfono no habría podido avisar. Y así pasó.

Pero al día siguiente, a las 8 de la mañana, vino Román y nos dijo "Gregorio está en Comisaría, lo han detenido, lo detuvieron anoche. Estamos movilizando a todos. Estamos preparando una reunión para ir allí a los juzgados. Estamos movilizando a todo el mundo, pero creo que no pasará nada". Y entonces nos lo explicó y ya estuvimos tranquilos porque lo peor habría sido si hubiese desaparecido sin saber donde estaba, pero estando en Jefatura ya sabíamos que por esa época ya no iban a hacerle nada. Y a las 10 de la mañana del otro día se presenta Gregorio con barba y empieza a gritar "¡Ya soy legal, ya soy legal!". Entró abrazándonos a los tres, fuerte, parecía que hacía siglos que no nos había visto. Y "¡Ya soy legal, ya soy legal!", y entonces sin felicitarle ni nada, le digo "¿Entonces yo también soy legal, no?" Y él se echó a reír y dijo "Bueno, ya hablaremos, ya hablaremos". Eso fue en el año 76, en noviembre del 76.

La Asociación de Ex presos Políticos

A la semana siguiente de la detención, vino un día Gregorio a casa y le pregunté dónde tenía que empezar a movilizarme, que yo entraba en el partido. Y él me explicó que en la Asociación de Ex Presos Políticos tenían unas campañas muy fuertes porque estaban abriendo sucursales de la Asociación en toda Catalunya, y además iban por toda España por lo de la Amnistía. Me dijo

que eran los que estaban haciendo más campaña y les vendría muy bien una chica con coche porque casi todos eran mayores y les ayudaría mucho a movilizarse. Yo por unas cosas u otras siempre he tenido que ir con personas mayores, ni de joven he podido estar… pero bueno, he estado bien porque me han enseñado y he adquirido muchos conocimientos con ellos.

Así que, al final del 76, papá, mamá y yo, los tres, cogimos el carnet de Ex Presos Políticos. Y yo ya me metí a trabajar allí de forma activa. Fue donde más actividad tuve al principio, con los ex presos. Viajé a San Sebastián, a Zaragoza, a Madrid… bueno, a varios sitios de España. Y viajé con Narciso Julián, otra persona encantadora, porque era él el que iba a hacer las sucursales, íbamos a Vilafranca, a Martorell, a Mataró, a Terrassa, a Sabadell, a todos estos sitios a hacer sucursales de la Asociación de Ex Presos Políticos. En Mataró era muy fuerte la sucursal que había. Allí hicimos la reunión en una iglesia e íbamos con Narciso Julián.

Estuve en la Asociación hasta el año 80. Bueno, no sólo estuve en Ex Presos, estuve en la Lucha de la Sedeta, en la Asociación de vecinos, etc. En casa no me veían, o sea, me aproveché de todos los años que me tenían encerrada. Participé en lo de la Lucha de la Paz contra los bloques militares. Estaba en todos los frentes, iba de un lado a otro, de reunión en reunión. Pero a lo más tiempo dediqué fue a lo de los Ex Presos Políticos, por la gran campaña que se estaba haciendo "Llibertat, Amnistia i Estatut d'Autonomia".

Pero cuando se consiguió la amnistía y las sucursales ya estaban más o menos en marcha, vino Campos, que era el Secretario (cuando Joan Colominas era el Presidente de la Asociación), y éste estaba empeñado en que yo me metiese en Secretaría y participase en Junta. Pero uno de mis problemas ha sido que, como mis padres eran mayores, yo me había tenido que encargar siempre del negocio, así que yo he trabajado activamente en todos los sitios, pero nunca he querido ocupar cargos de responsabilidad porque consideraba que ocupar un cargo era responsabilizarte todo el año, y yo había una parte del tiempo en que tenía que dedicarme al negocio de los helados. Y eso ha hecho que yo me negara siempre a ocupar puestos de responsabilidad. Y Campos se enfadó, se enfrentó conmigo, porque no participaba en Junta. Se enfrentó incluso a Narciso Julián por cosas de éstas.

La lucha de la Sedeta

Pero yo me sentía que ya había hecho mi trabajo en la Asociación de Ex Presos y

vi que ya mi papel había acabado, así que empecé a dedicarme más al barrio y a la Asociación de vecinos. Me dediqué a la Lucha de la Sedeta, hasta que la conseguimos en el 81. Conseguimos la Sedeta, la antigua fábrica, después de 5 años de lucha continua.

Para conseguirla cogimos, papá y yo, a varios jugadores de ajedrez e hicimos un club de ajedrez que se llamaba Club de Ajedrez la Sedeta, y para coger categoría de "club" y promocionarnos, nos federamos y jugamos el Campeonato de Catalunya. Y quedamos campeones de promoción y entonces cogimos categoría de club, con lo cual en la nave grande ya había un Club de Ajedrez apoyado por la Federación, así que podíamos hacer presión para evitar que lo derrocaran. Otros jóvenes montaron un grupo de música, otros montaron talleres de pintura y demás, y entre todos hicimos cosas para impedir que derrocaran las naves de la Sedeta.

Querían derrocar La Sedeta porque ya estaba vendida para hacer pisos. Pero la Sedeta sí que ha sido una lucha de pueblo, una lucha de barrio para conseguir escuelas y el centro cívico, y la plaza que hay ahora tan bonita. Ahora cuando lo vemos pensamos "que maravilla habérselo arrancado a la especulación". Entonces te sientes bien, dices "Yo he participado en esta lucha y he conseguido que los especuladores no consiguieran hacer viviendas", y allí todo es público ahora. Es una satisfacción. Es lo que te recompensa en las luchas, cuando ves el resultado.

Antonia Jover. 1º Premio Campeonato de Catalunya de Ajedrez, 1968, Barcelona

El ajedrez

Mi interés por el ajedrez surge cuando me meto en la clandestinidad, en la súper clandestinidad. Yo en la lucha activa de adolescente no estaba con el ajedrez.

Cuando me vine aquí a Barcelona y me puse con las octavillas en el instituto y demás, no pensaba en el ajedrez.

Me enseñó a jugar al ajedrez mi padre. Mi padre me enseñó y me educó a amar el lenguaje de la música y la literatura. Él leía, porque era más mayor y tenía más tiempo y me decía "lee este libro o el otro y después lo comentamos", porque sabía que yo no tenía tiempo para leer. Me subrayaba parte de los libros que él consideraba interesantes y después lo comentábamos. Él me enseñó a amar la cultura, era un amante de la cultura, tuve un padre encantador. Y ahora pienso "me lo han robado de la infancia. Me han robado unos padres tan maravillosos". Esto es lo que no les perdono.

Y ya sabía jugar al ajedrez, pero cuando estuve clandestina y me apartaron de todo, no podía ir a ningún sitio donde peligrara la sospecha de que en casa podía haber algo. Pues me inventé lo que denominan una doble vida. Me hice la vida en el ajedrez. Entonces empecé a jugar en los campeonatos de Catalunya, quedé subcampeona y me clasifiqué. Y fui a jugar los zonales de España, jugué en Arenys de Mar los Internacionales. En un Internacional quedé cuarta y así fue como me fui metiendo en el ajedrez, y en esto vi una salida. Se ve que toda la rabia interior que llevaba la lanzaba en el tablero y los comentaristas siempre decían que tenía "un juego de hombre" porque tenía mucho ataque, no me defendía nunca. La rabia interior que llevaba de joven la lanzaba en el tablero, pero fue una buena salida que tuve de mis años de clandestinidad total, fue por lo que me dediqué al ajedrez.

Yo estudiaba mucho porque, claro, en el ajedrez se tiene que estudiar mucho, se tiene que estar al día de las aperturas, los finales… es matemático. Los finales son matemática pura, está todo inventado. Y las aperturas también, jugaba hasta la 15 más o menos, y puede haber variantes, pero está todo inventado. Y tengo cuadros de cuando quedé subcampeona de España en Santander en el año 69. Gregorio me regaló un cuadro de un pintor clandestino que estaba en la lucha.

Yo había quedado subcampeona de Catalunya aquel año, pero venía el verano y entonces tenía que ir el mes de julio a jugar a Santander para jugar las zonales, pero los papás eran mayores y yo les decía que no podía irme a jugar porque no quería dejarles con el trabajo. Hubo dos o tres amigas que me animaron a ir, pero yo decía "no, porque el ajedrez es imposible. En primer lugar, no he estudiado, y se necesita estar al día y haber estudiado algo para ir a una competición nacional, que no es una regional.

Además, van a ir todos los campeones y subcampeones de España. Entonces, ¿en qué condiciones voy yo? Y además, estaría preocupada porque dejo a mis padres aquí con el trabajo. Si los dejo con el trabajo, voy a ir preocupada y no me voy a concentrar en el juego". Entonces llamaron a dos o tres amigas, y me dijeron que la Carmencina venía a ayudarles y otra de la Barceloneta, también. Total, que se ofrecieron tres. Pero yo no sabía qué hacer. Y entonces mi papá me dijo "Mira, son 15 días. Piensa como si fuesen 15 días de vacaciones pagadas". Pero yo no quería porque iba a tener remordimientos. Total, que llegamos a casa y estaba Gregorio, y mi papá se lo comentó y Gregorio me dijo "Toñi, no me hagas tener remordimientos. Voy a pensar que es por mi culpa también, que doy trabajo a mamá aquí, y que mamá no puede ir a trabajar. No te preocupes, ya nos arreglaremos, pero hazlo por mí, no me crees remordimientos que no vayas a ir por mí". Así que fue Gregorio el que finalmente me animó a competir.

Antonia Jover. Homenaje a la mujer ajedrecista, 1964, Barcelona

Maragarida Abril, Josep Serradell, Antonia Jover con otras personas, en acto de homenaje a A. Bayona,

Antonia Jover, Margarida Abril con Gregorio López Raimundo

Neus Català y Antonia Jover, en Palafrugell donde hay una estatua dedicada a los deportados

PSUC. Celebración en Can Soteras de la legalización del PSUC. De pie Gregorio López Raimundo abrazando a Baldomera del Olmo., 1977, Barcelona

Celebrando el 90 aniversario de Dolores Ibarruri. Madrid

Celebrando el 80 aniversario de Baldomera del Olmo Cuadrado.. Gregorio López Raimundo, Baldomera del Olmo y Josep Serradell., 27.02.1994, Barcelona

Celebrando el 80 aniversario de Baldomera del Olmo Cuadrado. De Izq. A Dcha. Antonia Jover, Margarida Abril y Gregorio López Raimundo., 27.02.1994, Barcelona

La comisión de solidaridad

Adoni González

Nacimiento de las comisiones de solidaridad

Las Comisiones de Solidaridad se crearon a finales de 1968 principios del 69. Yo salí de prisión en octubre-noviembre del 68, salí del Penal de Palencia e, inmediatamente, no puedo precisar a través de quién, posiblemente sea de Quim Boix o Miguel Núñez, me llamaron para crear una asociación dedicada a la ayuda de los presos políticos. Una asociación apolítica, ya que era unitaria. A partir de ese momento se organizan las primeras reuniones. En aquellas reuniones recuerdo que vino alguna vez el propio Jordi Pujol, el Guti , Raventós ...

Y es de esta manera como constituimos la Comisión de Solidaridad, que tenía dos frentes claros: uno, la ayuda a los presos y a sus familias; y el otro, la ayuda a los parados, huelguistas, etc. En el segundo caso, sólo actuábamos cómo sostén en casos muy críticos en cuanto a los parados, familias con dificultades… porque no teníamos muy buenas condiciones económicas.

A partir de allí, creamos un apéndice o una rama que fue la Asociación de Familiares de Presos Políticos. Y a medida que fuimos conectando con los familiares (padres, hermanos, sobrinos, etc.), vimos que el trabajar juntos les daba una mayor cohesión, una mayor solidaridad, aunque sólo fuera humana, ese calor humano. La Asociación de Familiares de Presos Políticos se reunía en Ronda San Pedro, número 32 de Barcelona. Mientras que

Adoni González
Como militante del PSUC participó en la clandestinidad en las "Comisiones de Solidaridad". Fue detenido y encarcelado en varias ocasiones. En la actualidad milita en el PCC y participa activamente en CC.OO y en EUiA

nosotros éramos "ilegales", y lo digo entre comillas porque, en verdad, la policía sólo nos detuvo dos veces, una vez a María Antonia Peraud por un chivatazo y otra vez a mí mismo, por error. O sea, no nos buscaban a nosotros, la policía, es evidente, tonta no era, tenía que saber que existíamos, pero quizá tenían cosas más importantes, entre comillas, que hacer. Pero además, teníamos la suerte de que estaba involucrada gente muy intocable del sistema. Cuando digo Jordi Pujol y tal, quizás… Estaba también la propia Iglesia, como el Cardenal Obispo, ellos de alguna manera participaban y colaboraban. Y la Asociación de Familiares era todavía más legal, o sea, no tenían inconveniente en decir donde se reunían, eso no se ocultaba. Mientras nosotros seguíamos en parroquias, ellos tenían una sede fija.

Pero el tema de la imagen de las Comisiones de Solidaridad es una cosa que me ha dolido siempre mucho, me ha dolido mucho porque los hombres, y te hablo en general, se han creído que el trabajo de solidaridad era un trabajo de caridad de mujeres y eso me cabrea. Solidaridad no es caridad, la solidaridad es otra historia. Y se corría muchísimo riesgo, la prueba está en la detención de Peraud y a mí que me dieron la mayor paliza de mi vida, de las siete veces que me han detenido, cuando más me han pegado ha sido por Solidaridad. Más que por el PSUC y más que por Comisiones Obreras. Me han dado, pero como esa vez, jamás.

Era un trabajo muy importante. Gracias a Solidaridad la gente se reincorporaba a la lucha, antes de Solidaridad mucha gente se perdía, y no por falta de ánimos, pero había compañeros y desgraciadamente hasta camaradas, que se llamaban así, que jamás entendieron lo que significaba "solidaridad".

Incluso es más, ahora esto me va recordando cosas. La primera manifestación que se hizo en España con Franco vivo la montamos en Badalona por la Amnistía. Fue un hecho muy divertido porque estábamos Juan Soler Amigó, el hermano de Santi, el que detuvieron con Puig Antich y yo. Fuimos con una máquina pequeña portátil que yo tenía a Capitanía y nos dijeron lo que teníamos que hacer, fuimos a un bar al lado de la estación, y escribimos la solicitud para una manifestación legal que nos fue concedida.

Y fue gracioso porque hicimos unos carteles y cuando los estábamos pegando en un pirulí que hay enfrente de la estación de Badalona, llegaron dos coches de la policía, salieron corriendo y nosotros nos los quedamos mirando y seguimos pegando. Y ellos se quedaron a mitad

LA VANGUARDIA ESPAÑOLA

SAN ADRIAN DEL BESOS:
El viernes, manifestación autorizada pro amnistía
Comenzará a las ocho de la noche en la Delegación de Sindicatos

Según expresan los carteles de propaganda, ha sido autorizada una manifestación pro-amnistía para el viernes, a las 8 de la tarde. El permiso fue solicitado el pasado día 12, por el presidente de la Agrupación de Electricidad y Electrónica de la U.T.T. local, Adonio González, y en el mismo se expresa que la manifestación pública se iniciará en la delegación de Sindicatos, calle Pi y Gibert, y por la avenida del Caudillo llegará hasta la plaza Calvo Sotelo.

El motivo de la misma es solicitar amnistía laboral para los despedidos de la localidad, si bien tendrá una dimensión más amplia, ya que las pancartas llevarán inscripciones de «amnistía general» y «amnistía laboral». — J. GONZALEZ HERGUETA.

de carrera, al ver que nosotros no corríamos, se ve que a ellos les extrañó, eso a ellos les cortó. Así que volvieron al coche, llamaron, quizás a Capitanía o lo que fuera, y les dijeron que era legal, se fueron y nosotros seguimos pegando carteles. Pero fue una situación para haberlo filmado precisamente. Porque nosotros nos quedamos tan tranquilos, pegando, pero aún estaba el franquismo, o sea, Franco había muerto, pero estaba entonces Alonso Vega o quien estuviera entonces, y nosotros tan tranquilos, allí seguimos pegando carteles. Y esa fue la primera manifestación legal en España que se hizo.

Aunque después, las cosas que pasan en la vida, hubo hasta empujones y golpes físicos por estar en la cabecera, gente que nunca se había significado. Y los que estuvimos para hacer la manifestación, los que nos movimos, nos pusimos en segunda fila para evitar que hubiese peleas. Porque para aguantar la pancarta hubo hasta agresiones entre ellos, algo de vergüenza ajena, ver cómo la gente se comporta a la hora de aparecer todo legal, y que no habían hecho nada por la manifestación, no habían movido un dedo. Y otros que estuvimos allí, pues los dejamos, porque no buscábamos el protagonismo, sino la amnistía, eso es lo que buscábamos.

Participación en las comisiones de solidaridad

En las Comisiones de Solidaridad había gente de todos los partidos, de todos, sin excepción. Había gente de Convergència, había del PSC, había del PSUC, había anarquistas y había una gran mayoría sin ideología partidaria pero que eran solidarios y colaboraban allí. Habían que no sé donde podían militar, pero eran cristianos, de HOAC . Pienso concretamente en alguno de ellos, por ejemplo, pienso en una persona que se llamaba Francesc Mateu que militaba con Convergència y el PSC, aunque él, de hecho, se sentía más próximo ideológicamente

al PSUC, pero por sus creencias católicas no se permitía militar en el PSUC, entonces estaba entre Convergència y el PSC. Tenía sus propias contradicciones, católicas y PSUC o comunistas, no podía militar con nosotros, aunque él se sentía comunista…

La Comisión de Solidaridad nos reuníamos los primeros domingos de mes a nivel de Catalunya, fecha fija para no estar cambiando, y cada lunes a nivel de Barcelona. Así, que el primer domingo nos juntábamos gente de 27 localidades diferentes de Catalunya. Que yo sepa, nunca éramos menos de 10 o 12 y a veces 18 o 20. Siempre había alguien que faltaba por alguna razón. A veces alguien, por proximidad, representaba más de una localidad, por decir algo, a lo mejor Terrassa y Sabadell, venía uno, o Terrassa y Granollers, o Cervera y Agramunt, etc. Pero éramos 27 localidades y había representantes de las 27.

Después, cada lunes hacíamos una reunión de la Comisión de Solidaridad de Barcelona y nos dividíamos en grupos de trabajo: estaban los abogados, que siempre venía alguno por si había que hacer defensas, para informarnos cómo estaban los presos, etc. (a veces, eran el contacto entre los familiares y los presos). Había el grupo de Festivales, que montábamos actos, idas al cine, al teatro, lo que fuera. El grupo de Plásticos, que era el que se encargaba de buscar materiales para vender para coger fondos. El grupo de la Prensa, que creo que se llamaban algo así cómo API que mantenían el contacto con el Correo Catalán, el Mundo Diario, Tele/eXpres, el Noticiero, etc., con todos los periódicos. Unos publicaban nuestras noticias y otros no, pero manteníamos el contacto con todos. O sea, había unas personas que se encargaban de recoger noticias y traérnoslas porque, a veces, había noticias que ellos no podían publicar y entonces nosotros lo pasábamos a esta agencia, la API, y ellos lo editaban por su cuenta.

Había también los que estaban en contacto con el Sindicato Democrático de Estudiantes. Y, por último, los que tenían la relación con los grupos Internacionales de Solidaridad, que había en muchísimos países. Entonces éramos, de forma más o menos normal, yo creo que no bajaríamos casi nunca de 10 o 12 o 15. Pero éramos muchos más, el propio grupo en que yo trabajaba, veníamos siendo unas 8 personas y no todos íbamos a la reunión, íbamos uno o dos por grupo de trabajo.

Uno de los pilares fundamentales para la creación y el funcionamiento de las Comisiones de Solidaridad fue Miguel Núñez. Es más, al margen de las Comisiones de

Solidaridad, los que éramos miembros del PSUC, de tanto en tanto, teníamos reuniones con él para asesorarnos ideológicamente pero no como partido, como PSUC, sino de cómo debía ser nuestro comportamiento. Él siempre nos decía que no debíamos ser sectarios, teníamos que ser abiertos, a veces también nos leía la cartilla, si era necesario. Nos llevaba por el camino de ser antifranquistas pero, sobre todo, de ser solidarios y si a veces teníamos que renunciar a ayudar a los nuestros para ayudar a los ácratas, para que no hubiese suspicacias, pues bueno, los nuestros pasaban en segundo lugar y pasaban por delante otros.

Él ya estaba en Solidaridad en Catalunya en el año 1968. Yo, cuando me incorporo, no sé si es a través de él o a través de Quim Boix, pero lo que está claro es que Miguel Núñez instiga, por decir algo, en sentido positivo, a que se creen, a que se pongan en marcha las Comisiones Solidarias. Él está en estas primeras reuniones del Partido, para indicarnos a los comunistas cómo trabajar, cómo actuar, cómo debemos comportarnos, cómo debemos de ser,… a irnos puliendo. Porque cuando estábamos en Solidaridad éramos comunistas en cuanto a ejemplo a dar a los demás, pero nunca comunistas en cuanto a decir los míos van por delante, nunca. Esto nuestros presos tenían que saberlo también y decirles que, en igualdad de condiciones, pasaban delante los demás, éste era nuestro sacrificio, formaba parte de nuestra lucha.

Así que Miguel Núñez está desde el principio. A las primeras reuniones incluso acude, luego ya cada dos o tres meses o cada medio año, o cuando lo veía oportuno hacíamos alguna reunión en casa de Maite Mañé o en casa de Rosa Viñolas, porque además eran vecinas y muy amigas. Eran lugares donde normalmente nos reuníamos como Partido para que él nos fuera orientando o reorientando cuando alguna vez nuestro trabajo no era suficientemente eficaz.

La iglesia y las comisiones

Las Comisiones de Solidaridad nos reuníamos en algunas parroquias cosa que, es evidente, sin permiso del cardenal no podía hacerse. Además, en nuestras reuniones venía con mucha frecuencia Joan Carreras (que después fue obispo). Él era el que la Iglesia tenía asignado en aquel tiempo al mundo obrero. Y luego teníamos, también, la cobertura económica, o sea, había una chica, "la Ramírez", que era nuestra cajera y a la vez era la que llevaba las finanzas en la Catedral, con lo cual podía esconder cantidades en paralelo, a lo mejor, no sé cómo lo ponía, pero allí tenía nuestro dinero y ella lo administraba.

Había momentos en que teníamos penurias económicas, porque cuando había muchas detenciones o muchas huelgas había gastos importantes, y entonces hubo algún momento en que lo pasamos mal. Los comunistas nunca quisimos administrar el dinero, porque después venían los problemas, así que a nosotros nos iba muy bien que esta chica se encargase de todo, así nadie nos podía acusar de que repartíamos más a los nuestros que a los otros… no, no, no, se reparte lo que se reparte, hay lo que hay, y nosotros nunca quisimos entrar en la parte de finanzas.

Además la Iglesia nos ayudaba a pasar a la gente a Francia. Al menos tres veces seguro, quizás cuatro o cinco, ayudábamos a pasar gente clandestinamente a Francia. No los pasaba yo, naturalmente. A mí me avisaba la Comisión de que había que pasar a uno, entonces yo iba, supongo que ya se puede decir, por eso lo digo, a la Vía Layetana, a la altura del número 21 o 23, al lado de un café-bar italiano. Pues en el primer piso, creo recordar, estaba Agrícola Montserratina. Yo iba allí y les decía que tenía un paquete, entonces me llamaban al cabo de unos días y me decían que me pasaban a buscar el paquete tal día a tal hora. El punto de encuentro era siempre al lado de un buzón que había en la Plaza Tetuán. Y el "paquete" lo teníamos oculto en la Floresta, ahora no sabría ni llegar, era un camino infernal, un día rompí hasta el palier de un Seiscientos que tenía, ahora supongo que debe estar todo asfaltado y precioso, por eso digo que sería irreconocible. Así que cogía mi "paquete" y lo llevaba al punto de encuentro y allí había un monje de Montserrat (que ha escrito unos libros para niños, hacía cerámica preciosa de unos tonos ocre y azul, muy buen ceramista). Él era mi contacto, luego él ya se lo llevaba y es curioso cómo lo tenían montado.

Recuerdo una de las veces en que tuve que subir a ver al Abad de Montserrat, me llevó por el convento a tal velocidad que sería incapaz de recordar por qué caminos pasé, porque subí y bajé escaleras, cambié de nivel varias veces y a derecha e izquierda, o sea, que me perdería. Y por ese camino él me explicó que recogía el "paquete" y lo pasaba a otro monje y cada uno de ellos sólo conocía al que tenía delante y al que tenía detrás, de forma que, si uno se ponía enfermo, siempre lo podía substituir, pero el camino entero no lo conocía nadie. Todos los caminos secretos que tenía por Montserrat no los conocía nadie, probablemente sólo uno de ellos que era el que trabajaba en la seguridad.

Por lo menos ya digo que seguro que en tres casos participé. Pero me viene a la memoria que hice otro viaje, porque

a uno lo pasamos dos veces y allí nos cabreamos, es la palabra que debo emplear. Fue con un grupo anarquista y nos tuvimos que enfadar con ellos, porque nos hicieron pasar a la misma persona dos veces. Y les dijimos que eso era un problema, que no podíamos trabajar así, que si querían hacer eso, tendrían que crear su propia infraestructura. Si uno estaba perseguido, fuese quien fuese, se le ayudaba, pero lo que no podíamos hacer era que ellos sistemáticamente pasasen a la misma persona. Esa no era nuestra misión.

La reunión de la detención

La cuestión fue que había montada la reunión del domingo, pero ese domingo justo se había producido la muerte en San Adrián de Fernández Márquez. Me acuerdo perfectamente, fue en 1973, y el mes creo que fue abril. Yo quería intentar tener tiempo para ir al entierro, pero claro, no me dio tiempo. El entierro era en Badalona, era el mismo día que tenía la reunión de Catalunya y, como el asunto estaba tan candente, consideramos que era más importante que yo acudiera a la reunión a que hubiese una persona más o menos en el entierro, aunque mi ánimo y mi cabeza estaban allí… en el entierro.

La cita era en la Catedral que está al lado de la Plaza San Felipe de Neri, yo estaba

ción como por su amplio y sutileza contenido. — L. V.

UN BARCELONES ANTE EL TRIBUNAL DE ORDEN PUBLICO

Madrid, 26 (De nuestra Redacción). — Ante el Tribunal de Orden Público ha comparecido esta mañana el barcelonés Adonio González Mateos.

Del encausado dice el fiscal que tiene 29 años, que es de buena conducta y que fue ejecutoriamente condenado por rebelión militar, con anterioridad, a un año de prisión menor.

Y acusa el representante de la Ley al joven González Mateos de que, el día 1 de mayo del presente año, asistió en Barcelona a la reunión que para conmemorar la citada fecha convocaron las Comisiones Obreras de Barcelona.

Asegura el representante del Ministerio público que Adonio consiguió reunir cerca de él a los asistentes al acto, dirigiéndoles la palabra sobre el significado de la efemérides.

Y agrega el fiscal que el procesado es miembro del Partido Comunista de España.

Opina el representante de la Ley que Adonio cometió dos delitos: uno de reunión ilegal y otro de asociación ilícita, por lo que solicita que sea condenado a 4 años de prisión y 15.000 pesetas de multa. José MARTIN MORALES

en la plaza con un sacerdote de la parroquia y tenía a la gente citada dentro del claustro de la Catedral. Cuando llegaba la gente yo les decía donde era la reunión exactamente. La reunión se debía realizar en un local anexo de la casa del obispado. Entonces el obispo vivía en la calle que sube desde la Plaza de la Catedral al Ayuntamiento. Allí habían vivido toda la vida los obispos de Barcelona, por eso se llama, "La Casa del Obispo" y, en una sala de allí, habría tenido lugar esa reunión, que se suspendió, bueno, la gente se marchó cuando vieron la hora que era y que yo, que era el que tenía que abrir, no llegaba.

Bueno, cuando yo pensaba que ya había venido la gente que más o menos tenía que venir, me fui a avisar a los que estaban dentro de la Catedral de que empezaba la reunión. Pero justo cuando iba a la catedral con el sacerdote apareció un coche patrulla en la plaza de San Felipe de Neri. Cuando lo vimos, fuimos rápido dentro del convento que hay al lado de la iglesia, por la puerta lateral. Desde allí observamos cómo el coche se iba y, cuando se fue, entré en la Catedral para avisar a los otros de que la policía estaba allí. Y sabíamos que no estaban por casualidad, ya habían detenido a unos y éstos les habían confesado que yo estaba en la reunión.

Pero andando hacía la Catedral me encontré a algunos en el Pati dels Anecs, y hablé con uno de ellos y me dijo que estaban detenidos, pero estaban sueltos, así que les pregunté qué es lo que querían decir. Y me contestaron que la policía les había cogido los carnets. Pero yo no entendía porque no escapaban. Y en esto que levanto la cabeza y me veo prácticamente rodeado de la policía, estaban escondidos donde las imágenes, en aquellos pequeños templetes. Y salí corriendo pero, francamente, la duda de si tenía que empujar o tirar la puerta que daba a la Catedral… pues me hizo perder tiempo y allí me pillaron, me llevaron a un lado más apartado y allí empezó una gran paliza, dentro de la misma Catedral. Pasaron sacerdotes indignados clamando que no había derecho y que era una falta de respeto y de vergüenza, pero tampoco intervinieron. Se quejaron, lamentaron la situación pero, bueno, quizás no sabían lo que ocurría, sí vieron que la policía me estaba maltratando, eso sí, y quizás hubiesen tenido que decir algo… pero bueno, eso es un problema de ellos.

Así que allí mismo me dieron una paliza impresionante. Ellos tenían prisa en que yo dijera dónde estaban los demás. Si yo hablaba, les cogían a todos, pero mi plan era todo lo contrario. Mi plan era aguantar todo lo que pudiera para que cuando fuera débil, si lo llegase a ser, los demás ya hubieran escapado. Como yo era el último en entrar, si yo no llegaba ellos sabrían que algo estaba ocurriendo, era evidente. Resistí hasta el final, no dije nada. Pero a uno siempre le queda la duda de si podrá o no podrá resistir. Entonces, uno me cogía por los pelos para que no me doblegara, dos me tenían cogido con las esposas por detrás, me soportaban por debajo de los sobacos, y otros dos o tres me pegaban por delante, en el estomago, el pecho, la cara, todo. Me pegaron hasta que se cansaron, hasta que vieron que el tiempo pasaba, el reloj corría y yo no decía nada.

Entonces me trasladaron a la Comisaría. Allí montaron un simulacro con un com-

pañero, como si le pegasen para ver si así confesaba. Luego lo supe todo porque mi compañero me dijo que no lo pegaban a él, sino que pegaban a sofás, a los muebles, y que gritaban ellos mismos para hacerme creer que lo estaban matando. Era sólo para reblandecerme, pero yo, indiferente. Aunque ya me habían dado bastante, así que no me tocaron más. Supongo que ya veían que la cosa se les iba de las manos, y que yo no iba a decir nada. Incluso es curioso porque en el informe de la policía llegaron a poner algo que, no es que me molestara pero tampoco lo entendí nunca, porque ellos sabían que yo no era así, pero en el informe ponía "Elemento peligroso cuyo cinismo llega a negar lo evidente". Lo de peligroso, la verdad es que nunca he sido peligroso, nunca he sido violento, ¿peligroso de qué?, pero lo de que negaba lo evidente es porque había cosas que ellos sabían, que yo sabía, pero que negaba.

Cuando ellos me decían que había uno que me conocía, yo les contestaba que ese hombre no me conocía de nada y que debía de ser un confidente de ellos. Y me llegaron a decir que iba a tener careos y yo decía que no tenía ningún problema. Pero no sé si fue Can o Peña los que me dijeron que yo no iba a tener nunca careos. Porque para mí, el éxito era lograr hacer renunciar la declaración del anterior. Esto es un hecho curioso, alguien que te ha denunciado cuando le llamas "embustero", "cobarde" o "chivato" en la cara, lo que sea, lo que haces es que rebobina y niega lo que ha afirmado, toma conciencia. Al ver que tú resistes, se animan a resistir, y puede pasar que digan que se han equivocado, que no era el hombre que creían o cosas de esas.

El Cardenal también estaba implicado de alguna manera. A mí, cuando me interrogaron, me preguntaron por él, no me preguntaron por nadie más. Era Modrego , creo recordar. Y la policía insistía en preguntar por él y en qué estaba haciendo yo en la Catedral y quién era el responsable de la reunión, etc. Pero yo negaba toda reunión, a pesar de que había otros detenidos y alguno me implicaba. Yo lo negué todo, decía que los que me denunciaban eran confidentes de la policía que me querían perjudicar y que yo no sabía nada, que ni el Cardenal, ni nadie, ni la iglesia estaban involucrados en el tema, y corté por aquí, se acabó.

Ellos tenían un interés especial en hacer lo mismo que hicieron con el Abat de Montserrat, que lo echaron, y tenían interés en involucrarlo. Pero yo decía que fui a la Catedral a buscar homilías y de allí no me sacaron. Esa fue mi declaración. Total, que ya pudieron darme lo que quisieron… que me dieron y me dieron, llegué a estar muy grave, no se me olvi-

dará jamás. Pero la Iglesia se involucró muchísimo, quizás por corresponder a mi silencio, como pago a mi silencio.

Estuve en la cárcel unos meses, hasta octubre o noviembre. Luego Franco ya tenía la tromboflebitis, así que el juicio se aplazó, ya tenía fecha y todo, me tenía que defender Ruíz Jiménez, pero no se llegó a realizar. Me pedían 8 años de condena en la petición Fiscal, pero ya digo que no llegó nunca.

La comisión de festivales

Yo estaba en la Comisión que denominábamos de Festivales. Estábamos con las Universidades, con las Parroquias de varios sitios y con otras entidades que nos cubrían y con los propios representantes.

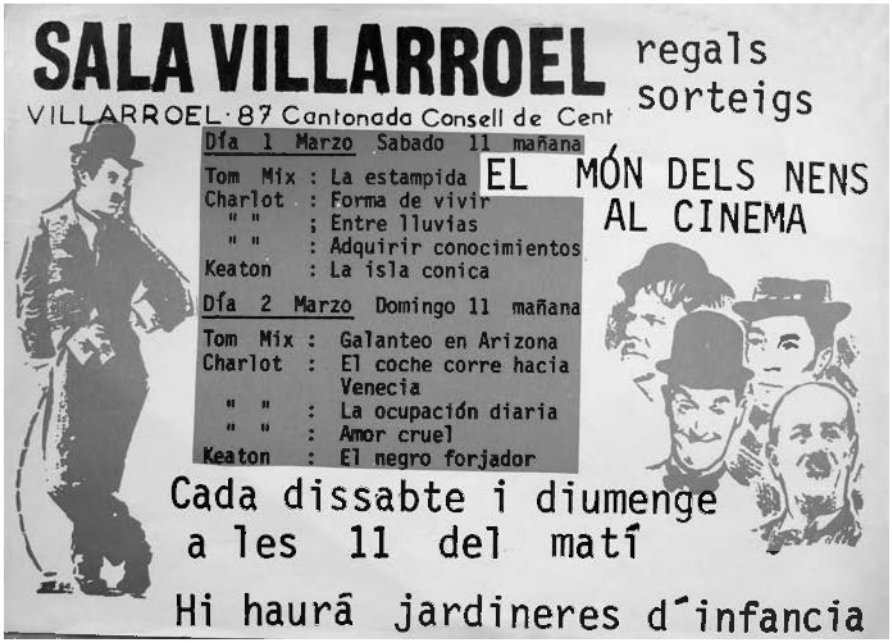
Una anécdota. Para mí toda la gente de la "canción protesta" son muy queridos, aunque sólo fuera por agradecimiento personal. Me pusieron una fianza para salir de la cárcel que fue la mayor fianza que pusieron en España, de medio millón de pesetas de entonces. Y los propios cantantes, cuando se enteraron, organizaron un Festival en la Farándula de Sabadell para recoger dinero para pagar mi fianza. Se recogieron más de 600 mil pesetas, incluso sobró dinero que fue a parar a la Solidaridad. Todos los cantantes se ofrecieron, absolutamente todos, lo que pasa es que podían cantar lo que podían cantar, claro, tenían unos horarios, algunos cantaron una canción sólo, algunos dos como mucho.

Pero fíjate, por ejemplo, una vez el mismo Ovidi Montllor tenía que ir a un Festival para recoger ayuda para los de la SEAT. El Festival lo montábamos en Santa Coloma, en la Parroquia de Santa Rosa. Él vivía entonces en la Calle Constitución, cerca de la Iglesia de San Medir y dormía en el suelo con una manta, no tenía ni agua ni luz, porque no podía pagarlas y estaba con un gripazo terrible. Cuando lo fui a recoger y lo vi, le dije que suspendiéramos el festival, pero el insistió en que no se podía suspender y que la situación de los trabajadores de SEAT era mucho peor que la suya. Así que vino a cantar, no quiso cobrar nada, lo único que "cobró" fue que vino a comer a mi casa, vete a saber cuánto tiempo hacía que no comía en condiciones.

Es decir, todos ellos tenían actitudes muy generosas con nosotros. Sus representantes también tuvieron una actitud muy generosa al buscar huecos entre sus representados. Por ejemplo, decíamos que necesitábamos a alguien para el 27 de octubre y ellos nos decían que podíamos disponer de éste o de aquel. Nos decían quién lo patrocinaba y, si no

había nadie, lo hacían como suyo, lo cual era peor para ellos porque pagaban los impuestos.

El último Festival famoso que organizamos fue el Festival de Caldas, todo el dinero fue para nosotros. Es decir, cuando el Festival se terminó, nosotros fuimos con nuestras bolsas a buscar el dinero que se había recaudado. Era así, la gente como Núria Batalla nos decía que todo era para nosotros. El comportamiento fue… increíble. Ya digo que algunos no llegaron a actuar porque, claro, "egoístamente" usábamos a los más famosos porque eran los que más dinero podían traer. Pero no eran sólo ellos, eran muchos, gente de teatro colaboró, gente de cine, etc.



La Sala Villarroel, por ejemplo, nos prestaba la sala. Hubo un tiempo en que los domingos por la mañana en la Sala Villarroel proyectábamos cine para los niños de los presos políticos. Miquel Porter, que tenía la librería La Hormiga de Oro, tenía muchas películas de Tom Mix, de Charlot,… y las pasábamos en la Sala Villarroel para los niños, e incluso hicimos alguna reunión allí también. Hacíamos pases matinales para los presos y represaliados. Los de la Sala Villarroel fueron una gente… cómo Ángel Alonso, el director de teatro, que ha hecho "Amadeus" y "La Jaula de las locas" y… José Antonio, bueno, todos ellos, los tres o cuatro que había entonces allí, fueron gente solidaria, maravillosa. Todos ellos, o casi todos, eran ácratas, pero con un corazón enorme. Yo los recuerdo con muchísimo cariño, siempre, siempre estaban dispuestos a colaborar.

Bueno, estuvimos haciendo varias cosas, incluso cosas de payasos y circo. Y hacíamos teatro, a veces, con el Sindicato Democrático de Estudiantes, que tenían un grupo de teatro montado y hasta una vez me tocó a mí actuar sin querer, porque les faltaba una persona.

Representaban una obra que se llamaba "El General" y, como yo la había visto varias veces, pues tuve que subir al escenario. Me río mucho cuando lo recuerdo, porque en el momento en que el General muere, mi hijo se puso a llorar pensando que me había pasado algo a mí. Es la única que vez que he actuado en un escenario.

El grupo de prisiones y de colonias

Las visitas a los presos corresponden al grupo de Prisiones de las Comisiones de Solidaridad. Pero bueno, yo sé más o menos cómo lo hacían porqué también lo hicieron conmigo. Cuando yo estuve en Palencia, mi mujer y dos de mis hijos vinieron a verme. Los de Prisiones tenían unas fichas con los datos de las familias de los presos, maridos, esposas, hijos, padres, los niños que tenían, la escuela… porque había lugares en que la escuela echaba a los niños. Aunque, que yo sepa, en todos los casos cuando fueron a ver a los profesores o directores de las escuelas no echaron nunca a los niños, pero nunca se sabía.

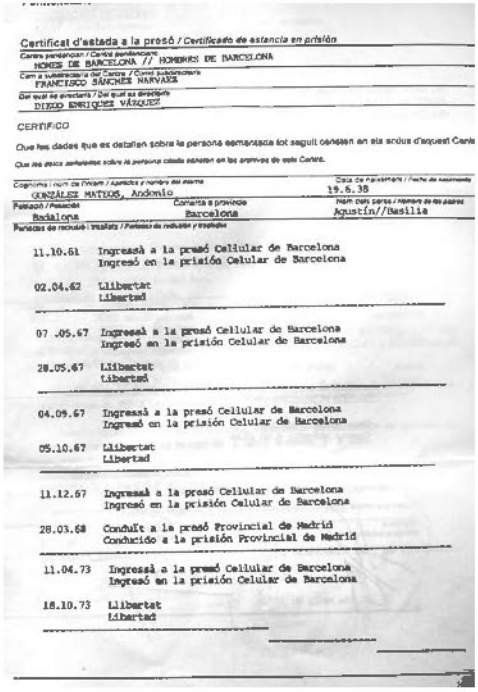
Entonces, las visitas a las cárceles eran el 24 de septiembre, el 6 de enero y Navidad. Había sólo estos tres días al año. El 24 de septiembre porque era la Merced, la Patrona de los Presos. Entonces iban a la familia y les daban los billetes (de transporte) y generalmente buscaban y, si no, lo pagaban, un lugar donde se pudiesen hospedar, en casas de amigos o conocidos, a través de las redes a nivel de España. En el caso de mi mujer, por ejemplo, fue a Palencia a casa de unos conocidos. Y esto se hacía con todos, hasta donde abarcábamos.

También había otro grupo, el de Colonias, que se dedicaba a enviar a 60, 70, 80 niños de vacaciones en verano a Francia, a la Alemania Democrática (RDA), a Italia y a Rumania. Y allí, al frente de la Comisión, estaba Maite Manyé y creo que también Rosa Viñolas, que ha sido concejala en el Ayuntamiento de Barcelona y una mujer muy solidaria, bueno, todos son muy solidarios.

Maite Manyé estaba en la línea del PSC. Y ellos organizaban de verano en verano estas vacaciones, e iban escogiendo a las familias porque los niños tenían que tener entre 7 y 12 años. Entonces iban hasta París, lo sé porque también les tocó una vez a mis hijos, y luego iban a Tarbes, a Francia, donde el Socorro Popular Francés y la CGT, el Sindicato, tenían un Castillo para colonias con niños franceses e invitaban a 20, 30, 40 niños españoles y allí estaban 20 días o un mes de vacaciones. En Italia lo mismo, estaba el SGIL y la España Libera.

Daniel Martín, Juan Muñiz, Juan Ramos Camarero, Adoni González, Esteban Cerdán, Simón Ródena en el X Congreso PCE, Madrid

Segunda Fila Adoni González, Isabel Vicente, Margarida Abril, Rafael Juan y Juan Muñiz en un Comité Cental del PCC, Barcelona



Certificat d'estada a la presó / Certificado de estancia en prisión

Centro penitenciario / Centro penitenciario
HOMES DE BARCELONA // HOMBRES DE BARCELONA

Cargo subdirector del Centro / Cargo subdirector
FRANCISCO SANCHEZ NARVAEZ

Del que se directora / Del que es director
DIEGO ENRIQUEZ VÁSQUEZ

CERTIFICO

Que les dades que es detallen sobre la persona esmentada tot seguit consten en els arxius d'aquest Centre

Que los datos señalados sobre la persona citada obran en los archivos de este Centro.

Cognoms i nom de l'intern / Apellidos y nombre del interno: GONZÁLEZ MATEOS, Antonio
Data de naixement / Fecha de nacimiento: 19.6.38
Població / Población: Badalona
Comarca o provincia: Barcelona
Nom dels pares / Nombre de los padres: Agustín//Basilia

Períodes de reclusió i trasllats / Períodos de reclusión y traslados

11.10.61 Ingressà a la presó Cellular de Barcelona
Ingresó en la prisión Celular de Barcelona

02.04.62 Llibertat
Libertad

07 .05.67 Ingressà a la presó Cellular de Barcelona
Ingresó en la prisión Celular de Barcelona

28.05.67 Llibertat
libertad

04.09.67 Ingressà a la presó Cellular de Barcelona
Ingresó en la prisión Celular de Barcelona

05.10.67 Llibertat
Libertad

11.12.67 Ingressà a la presó Cellular de Barcelona
Ingresó en la prisión Celular de Barcelona

28.03.68 Conduït a la presó Provincial de Madrid
Conducido a la prisión Provincial de Madrid

11.04.73 Ingressà a la presó Cellular de Barcelona
Ingresó en la prisión Celular de Barcelona

18.10.73 Llibertat
Libertad

Adoni González, Marçal Giró, Josep Serradell, Juan Ramos Camarero, Paco Trives, Marià Pere 1983, Barcelona

Jornadas organizadas por PRAXIS con la colaboración de la Fundació Pere Ardiaca *"El 1968 a Catalunya:Mèrits i Insuficiències" en el Museo d'Historia de Catalunya, 24.01.2009, Barcelona*

PCC. XII Congrés en las Cotxeres de Sants, 23, 24.01.2010

Cafès dels divendres de la Fundació Pere Ardiaca *sobre Prostitución, 24.04.2009, Barcelona*

Fundació Pere Ardiaca *Sopar de la Fundació, 25.04.2009*

Las mujeres en las comisiones

Os voy a decir, a nivel anecdótico, que a mi grupo le llamaban "Adonio y sus mujeres" porqué todo lo que había eran mujeres, sólo hubo dos hombres y no duraron ni un mes, se marchaban, y no sé si fue por verse rodeado de mujeres o que.

Pero yo estoy muy contento de haber trabajado con las mujeres con las que estuve, aprendí muchísimo, porque aprendí a ver el mundo de otra manera. Yo era tan machista como cualquier hombre, posiblemente sigo siendo machista, pero cuando puedo rebobinar las cosas me doy cuenta de lo que he aprendido estando tantos años entre mujeres, he aprendido lo que ellas sienten y viven. Llegó un momento en que cuando hablábamos no hablaba un hombre con mujeres o mujeres con hombres, hablábamos entre personas.

Me acuerdo que una vez, aquí al lado de la Fuente de Canaletas, me encontré un día con un amigo y le dije "Es que nosotras…" y él se quedó parado y, que quieras que te diga, pues me salió espontaneo, me salió "nosotras", eran todo mujeres y, sin embargo, a los hombres hay que ver lo que les ha costado entender la importancia de la solidaridad para la lucha. Es acojonante.

Así que había muchas mujeres, muchas, muchas. El porcentaje en total sería el doble de mujeres que de hombres. Había hombres en cosas muy concretas tipo abogados, en prisiones, en prensa, etc. En relaciones internacionales había habido siempre un hombre, generalmente Quim Boix, pero después también estuvo una mujer del Canadá que se vino a vivir aquí. En general, había el doble de mujeres que de hombres.

También estaban entre nosotros las compañeras Tomasa Cuevas y Manola Rodríguez. Manola Rodríguez, con las mujeres que estaban en mi grupo, o yo en el grupo de ellas, dilo como quieras, de Festivales, montaron el Primer Congreso Democrático de Mujeres en la Universidad y, como había tanta confianza entre nosotros, a mí me cogieron como su peón. Era de los pocos que tenía coche, así que les hacía de taxista. Se reunían en la calle que va desde Sants a San Medir y allí las llevaba o las recogía, porque si terminaban tarde, en aquellos tiempos, por razones de seguridad, yo las llevaba a casa. Y es que recuerdo esto con tanto cariño… a todas ellas, porque aprendí tanto…

Desaparición de las comisiones de solidaridad

Bueno, cuando desapareció el franquismo ya no tenían razón de existir, porque una gran parte de nosotros y de nosotras pasamos a incorporarnos a

los respectivos partidos como afiliados, y otros aun sin afiliar en el franquismo, pues se unían con los que sintonizaban ideológicamente. Así que las Comisiones de Solidaridad estuvieron presentes aproximadamente hasta el 77. Recuerdo que hicimos una cena de despedida en un bar muy típico que estaba en Poble Sec, muy conocido por nosotros. Allí hicimos una cena y nos despedimos todos porque hay gente con la que no nos hemos visto nunca más, porque eran de distintas localidades, distintos frentes, y cada uno nos fuimos "diluyendo" en nuestras respectivas organizaciones. También es verdad que algunos otros, en este caso yo mismo, asumimos desde la legalidad las tareas de Solidaridad como PSUC. O sea, en mi caso empecé con la Solidaridad con Argentina, Palestina, Chile, Uruguay, Paraguay, allí donde hubiera dictaduras. Mi misión era conectar con los grupos Solidarios, tanto de los que estaban aquí como de los que estaban fuera, o bien ayudar a los que estaban aquí exiliados y hacían de puente para los de fuera. Yo todavía colaboro con la Comisión del Sáhara, porque llevas esta cosa de la Solidaridad dentro, y allí estamos.

La lucha antibélica

Además de la Solidaridad, mi otra lucha fue la antibélica. Esta sensibilidad me viene porque mi padre había sido militar. El inicio de la Guerra le cogió con el bando rebelde, pero se pasó al bando constitucional, a la República con la ayuda de mi madre. Mi madre lo arrastró a este lado y recuerdo que él siempre me decía que Tolstoy en "Guerra y Paz" define al buen militar como ladrón, pendenciero, borracho, mujeriego y matón, o algo así. Y siempre añadía que lamentablemente o tristemente era verdad que los militares eran así, y decía además "qué profesión tan desgraciada la de tener que aprender a matar a los demás". De forma que mi padre se fue convirtiendo en un antimilitarista.

Y a partir de esta sensibilización, cuando aparecieron los temas de la OTAN, cuando aparecieron las primeras manifestaciones, y con manifestación no me refiero a las callejeras, sino en cuanto a actitudes humanas de oponerse a la OTAN, yo me incorporé a las campañas contra la OTAN.

También por esas influencias paternas, yo entendía bastante de militarismo, en aquellos tiempos yo era nuevo en Barcelona, y al principio me junté sobre todo con Esteban Rafael Grasa y Pere Vilanova, y luego con otra gente. Ahora ellos saben mucho más, son catedráticos, tienen alumnos que les ayudan en sus trabajos, yo me he quedado muy atrás. Pero empezamos a interesarnos por los temas militares, y recuerdo que algunos me recriminaban porque no

entendían que yo estudiase al ejército. Pero yo les explicaba que un médico que estudie, por ejemplo, la viruela, no es para defenderla, sino para atacarla. Si hemos de atacar el militarismo, hay que conocerlo, no basta con decir "no a las armas", hay que dar argumentos, porque los militares también aprenden.

Recuerdo una vez en que estuve conversando con uno que había sido Delegado Militar en EEUU, de nuestro gobierno, y me explicaba que los militares eran gente pacífica y que él mismo tenía una granja cerca de Tarragona y que lo que más le gustaría en el mundo era dedicarse a cuidar a sus gallinas. Lo que pasaba, me decía él, era que algunos civiles hacían cosas malas, lo hacían todo mal, y entonces los militares se veían obligados a intervenir. En ese momento me di cuenta de que ellos habían cambiado el discurso.

No existe ningún país del mundo con un "Ministerio de la Guerra", todos son "Ministerios de Defensa", claro, que se van a Irak a hacer la guerra, pero son Ministerios de Defensa. Están cazando piratas en sus propias tierras y estamos robando su pescado y dicen que nuestros soldados están haciendo su trabajo, que es proteger el pirateo de nuestra industria pesquera. Es el colmo, y encima ellos son los piratas, no somos nosotros.

Hay que ir con cuidado porque el lenguaje es importante y de allí viene que estudiara temas militares para poder contrarrestar toda la información militar que entonces se daba desde la OTAN, justificando o intentando justificar el porqué de la existencia de la OTAN, el porqué ellos decían "no" al Pacto de Varsovia, etc. que los del otro lado eran unos agresores y ellos los que defendían la libertad y la democracia y estas cosas. Y de allí viene que me incorporé de lleno a las campañas contra la OTAN mientras estuvo todo esto. Los temas militares debo decir que me siguen interesando, lo que pasa es que ahora mis conocimientos, respecto a otros, se han quedado muy atrás.

Acudimos a varias conferencias. Estuvimos con Pere Vilanova, que participaba en los actos contra la OTAN. Estábamos todos, no solamente en manifestaciones, dando conferencias, dando mítines, o sea, sensibilizando a la gente, o incluso hacíamos algunas entrevistas para algunas emisoras de radio, inclusive, creo que por Radio Barcelona se hizo alguna entrevista. También tuve contacto con Pepe Beunza y con el sacerdote jesuita que se ahorcó, Xirinachs, me acuerdo porque iban muchas veces juntos y hacían las sentadas cantadoras delante de la cárcel.

También nos reuníamos con los insumisos. Ellos entonces se reunían en Comtessa de Sobradiel. Fuimos a varias reuniones. Pero bueno, teníamos ideas dispares, o sea, yo no quiero al ejército, pero mientras exista…, mi concepto no es el ejército actual. Puesto a existir, mientras no podamos decir que no existe lo quiero obligatorio, donde los niños de papá también tengan que ir al ejército. Pero ahora tenemos mercenarios que son capaces de irse a Irak voluntariamente para matar a otros. Entonces, si se involucran, que se involucren todos, porque sino, al final, quien va a la guerra son los desgraciados de siempre.

Mi primera idea es "no al ejército", porque claro, cuando conseguimos la igualdad y la mujer también va al ejército, maldita la falta que hace, la igualdad es que los hombres salgan del ejército y no que se unan las mujeres, eso es la igualdad. Así pues, mi única diferencia con los insumisos es que yo no quiero el ejército, pero si tiene que existir, que sea obligatorio para todos. Ahora es más clasista todavía. Es lo que han hecho los yanquis. Los yanquis han quitado el ejército obligatorio y ahora tienen un ejército de mercenarios, y nosotros les copiamos la idea.

Los etcéteras

Uno de mis autores preferidos en poesía, a mí la poesía me gusta desde siempre, es Brecht. Y Brecht tiene uno de sus poemas basado en preguntas de un obrero ante un libro de historia . El obrero, cuando lee ciertos hechos, se pregunta si César iba solo y no llevaba un cocinero o si Felipe II, cuando se hunde la armada, sólo lloró él; diversos hechos, como si la muralla china la construyó el emperador, etc.

Y la lucha contra el franquismo, incluso habiendo dirigentes prestigiosos, no sólo lucharon ellos, ha habido miles de personas que han luchado y que no salen en la historia y que tienen que tener un lugar en la historia porque, sin ellos, no se hubiera escrito. Y mi mayor esfuerzo es que por lo menos consten en los archivos todos esos nombres. Si después no salen publicados, no será por mi voluntad.

Pero cada vez que recuerdo un nombre lo apunto, y así, a medida que me voy acordando de cosas, las voy añadiendo porque quiero que estén aunque sea en un papel. No sé, quizás reproducir 100, 200, 300 nombres, quizás sea exhaustivo, pero al menos que en algún sitio estén, que consten, porque ellos y ellas ayudaron. Es decir, cuando el grupo de Festivales éramos 4 personas que estábamos trabajando, pero no estábamos solos, cuando había que montar un Festival y preparar las cosas, éramos 8 o 10 o 12 o 15. Cuando sale la idea de poner en marcha las Comisiones Obreras Juveniles, pues me

reuní con 8 o 10 o 12 o 15 chicos jóvenes, pero luego se fueron sumando otros que también deben estar.

A mí me duele, por ejemplo, que en Comisiones Obreras hicieran un acto de aniversario de la creación de CCOO y de los fundadores no fuera invitado nadie, nadie, absolutamente nadie, eso me indigna, me quema. Porque hay gente de las Comisiones Juveniles que las pasaron putas. Es que a Oriol Solé lo mataron cuando salió de Burgos y estaba allí. Y es que a Téllez lo torturaron y de qué manera y fue de los fundadores, y otros muchos, y sin embargo no fueron invitados. Aparecían una serie de "popes" que a mí me indigna, si los quieren invitar que los inviten, pero que inviten también a los que estuvieron dando el callo. Lo siento, me enfado, pero es que estas cosas me sublevan. Que cuando aparecen las horas de las medallas aparecen montones de gente que tienen méritos… y de los que estuvieron allí, nadie se acuerda de ellos, esta situación me enciende, me subleva.

Preguntas de un obrero que lee

Bertolt Brecht

¿Quién construyó Tebas,
la de las Siete Puertas?
En los libros figuran
sólo los nombres de reyes.
¿Acaso arrastraron ellos
bloques de piedra?
Y Babilonia, mil veces destruida,
¿quién la volvió a levantar otras tantas?
¿Quienes edificaron la dorada Lima?,
¿en qué casas vivían?
¿Adónde fueron la noche
en que se terminó la Gran Muralla, sus albañiles?
Llena está de arcos triunfales
Roma la grande. Sus césares
¿sobre quienes triunfaron?
Bizancio tantas veces cantada,
para sus habitantes
¿sólo tenía palacios?
Hasta la legendaria
Atlántida, la noche en que el marse la tragó,
los que se ahogaban
pedían, bramando, ayuda a sus esclavos.
El joven Alejandro conquistó la India.
¿Él sólo?
César venció a los galos.
¿No llevaba siquiera a un cocinero?
Felipe II lloró al saber su flota hundida.
¿No lloró más que él?
Federico de Prusia ganó
la guerra de los Treinta Años.
¿Quién ganó también?
Un triunfo en cada página.
¿Quién preparaba los festines?
Un gran hombre cada diez años.
¿Quién pagaba los gastos?
A tantas historias,
tantas preguntas.

Lola González, Sopare de la Fundació Pere Ardiaca, 25.04.2009, Barcelona

La militancia constante

Lola González

La verdad sea dicha, no sé cuando nací exactamente porque me quedé sin presentar en el ayuntamiento. Mi madre cuando nacían sus hijos se los llevaba a mi abuelo, y mi abuelo los presentaba. Cuando nací, mi abuelo estaba muy enfermo, así que yo me quedé sin presentar. Por la cuenta que me han hecho, nací en el año 1918 en un pueblo de Murcia, El Puntal. Mis padres se llamaban José Antonio González Martínez y Dolores Nicolás Muñoz. Mi padre trabajaba en la tierra y hacía transportes en el carro. Llevaba el pimentón al puerto. Cargaba el carro de pimentón e iba andando, detrás, desde Murcia hasta Alicante. Y no eran caminos como ahora, eran caminos de piedra. Y además iba calzado con unas alpargatas. Cuando yo voy a Murcia ahora pienso: "¡Cuánto sufría este hombre!".

Eran republicanos y sus hermanos también. La familia de mi madre eran todos de izquierdas y ella siempre hablaba de la República. Estábamos tan explotados que no podíamos ni comer, así que mi madre siempre decía: "¡Ay! ¿Cuándo vendrá la República?" Como mi abuelo, que cuando murió dijo: "¡Ay! Me muero sin ver la República…". Y se murió con esa réplica.

En mi casa siempre se ha hablado de izquierdas. Mi madre no podía ver a la Iglesia, ninguno de mis hermanos hemos hecho la comunión. Yo quería hacer la comunión porque la hacían todos los vecinos. Cansada de oírme, mi madre me dijo: "¿Tú quieres ir? Yo no te voy a llevar. Todo eso es mentira. Pero si tú quieres ir, pues anda, ve sola". Así que

Lola González, Miliciana durante la guerra y con posterioridad recorrió el territorio español siguiendo a su marido de cárcel en cárcel. Participó en Barcelona en la infraestructura del PSUC. Es militante comunista y socia de honor de la Fundació Pere Ardiaca

se quedó lavando y guisando y yo fui sola. Tenía 7 años y sólo la quería hacer porque la hacían todos los niños. Fui vestida de calle y con mis alpargatas y me senté al lado de los otros niños. Cuando vino el cura me dijo: "Tu, niña, no te puedes sentar aquí que esto es para hacer la comunión", y yo le dije que también la quería hacer.

Dolores González, "Lola", 18.10.1932

Entonces la comunión se hacía en ayunas y muchos críos se desmayaban. Así que, después, las madres les daban galletas y chocolate. Cuando yo volví a casa se lo dije a mi madre y me contestó que: "eso es que están todos muy desocupados, yo tengo más trabajo del que tú te crees." Yo le decía a todo el mundo que había hecho la comunión, por si me daban algo. Cuando pasó el cabrero le dije: "Manuel, he hecho la comunión" y él me contestó: "Anda ve a mi casa y díselo a la Tía Pequeña", que era su mujer. Fui y me dió 5 céntimos. Mi hermana pequeña no quiso hacerla, esa era más rebelde… no quería ir al sitio social a comer porque tenía que cantar el "Cara al sol", y ¡tenía 6 años!

No fui nunca al colegio. Con ocho años empecé a trabajar de niñera y cobraba un duro al mes. Cada mañana iba a escuchar la tabla de multiplicar. Cogía a mi hermana inválida en brazos, iba andando hasta el colegio del otro pueblo y escuchaba la tabla, porque me hacía ilusión. Todos los días andaba por lo menos 2 o 3 kilómetros con mi hermana en brazos. Me sentaba fuera y la oía y, cuando terminaba, me iba a mi casa. Todos los días del mundo.

Cada día veía pasar por mi casa a una niña con un uniforme blanco y yo cada vez que la veía le decía a mi madre: "Mama, ¿cuándo iré yo al colegio, mañana?" y mi

madre me respondía: "No, mañana no, que tienes que cuidar a tu hermana que yo tengo que ir a ayudar a tu padre. Ya irás pasado mañana". Y al día siguiente le hacía la misma pregunta y me decía: "No hija no, que tengo que ir al mercado a vender los huevos de las gallinas o se pondrán malos". Y le daban un real por cada docena de huevos, pero con eso nos compraba alpargatas. El dinero que yo ganaba se lo daba a mi madre para que comprase para mis hermanos. Pero me daba un hartón de llorar por no tener para mí.

La guerra

Estuve toda mi infancia sirviendo en la misma casa, pero en el año 1933 me salí porque no querían a mi futuro marido. El dueño me vio un día con él y me riñó muchísimo, y me preguntó: "¿Es que tú vas con ése?" y yo le dije que sólo era un amigo, pero él me contestó que antes prefería verme muerta a que estuviera con él, porque decía que mi marido tenía que morir en la cárcel. Sabía que era comunista y me dijo que sería una desgraciada si me casaba con él porque iba a morir en la cárcel. Pero yo dejé la casa porque no le querían y en 1937 me casé con él. Mi hijo nació en 1938.

Cuando entró la República mi casa fue una fiesta. Éramos siete hermanos, yo era la tercera. Ahora sólo quedamos dos,

Dolores González, "Lola" con sus hermanos pequeños

mi hermana y yo. Ella es la más pequeña, que nació cuando vino la República. Lo que viví con 12 años… Eso fue una cosa maravillosa. Estaba todo el mundo en la calle. Toda Murcia estaba en la calle, unos con banderas, los otros abriendo conventos. Aquello era precioso.

Tenía un vecino que tenía una radio. Allí nadie tenía radio, sólo este hombre, así

que todo el pueblo fue a oírlo a su casa y todo el mundo abriendo botellas de vino. Todo eran gritos de "¡Viva la República!". Todo era alegría. Eso no lo vais a vivir vosotros porque otra República no sé si vendrá ya.

Mi padre era un hombre que no sabía ni escribir ni leer. Pero se hizo socio de la Casa del Pueblo cuando entró la República, y venía todo contento de lo bien que hablaban. Mi marido, Miguel Serrano, hacía mítines y hablaba a los obreros. Cuando era joven, todas las semanas cogía "El Mundo Obrero" y se lo escondía en el abrigo y, cuando salían los obreros de trabajar, se reunían en el cementerio o en cualquier otro sitio y él les leía el periódico. La verdad es que mi marido era muy buen orador y leía muy bien.

Todos se reunían en el mismo sitio y cada uno hacía su faena. Normalmente se juntaban en el cementerio. Mi suegro, que sufría mucho, no le dejaba ir y le reñía pero Miguel hacía lo que quería. Y allí se reunían y hacían sus cosas. Fueron después los dirigentes del Partido Comunista en Murcia.

Después vino la sublevación militar. Era un sábado. Nunca se me olvidará el día que se sublevaron, un sábado por la noche. Mi hermano ya no vino a mi casa esa noche. Y yo preguntaba: "¿Pero qué pasa? ¿Qué pasa? ¿Dónde está mi hermano?". Y al día siguiente viene y nos dice: "¡Mamá, que ha estallado la Guerra! Hemos estado toda la noche oyendo a "La Pasionaria" y hablándole al pueblo." Y luego se fueron al cuartel de la Guardia Civil para no dejarles sublevarse y después toda la juventud se fue al Cuartel de Murcia a impedir que los militares saliesen a la calle.

Dolores González, "Lola", de miliciana con 16 años,

Yo tenía un vecino que era militar, era sargento, un chusquero, y estaba en la Brigada. Él sabía que estaban preparando la sublevación. Su madre me contó que el hijo le había dicho que le mandara una carta diciéndole que estaba muy grave, y así el pudo venir y se escondió en el pueblo, pero no lo vio nadie. Nadie lo sabía. Y ése… ¡no hizo faena ni nada! Cuando salió de su escondite empezó a pegar palos y pegar palos. Porque él se iba enterando de cosas y nadie sabía nada.

Me acuerdo también de cuando mataron a Fermín Galán y a García Hernández. Los pillaron porque hablaban por teléfono y la telefonista los denunció. Me acuerdo de cuando los fusilaron, luego sacaron un disco donde se oía cómo los bajaban del camión y luego el momento de fusilarlos. Se oía como les dijeron: "¿Quieren ustedes tener los ojos vendados?" Y ellos contestaron: "No. No. ¡Viva la República! ¡Viva la Libertad!". Entonces, les fueron a tirar el tiro, pero antes de que los matasen, dijeron: "Fermín Galán y Ángel García Hernández piden permiso para abrazarse" y se abrazaron los dos gritando: "¡Viva la República! ¡Viva la Libertad!". Entonces se oyen los tiros. Que ese disco alguien lo tendrá... En ese momento estaba todo el mundo escuchando el disco y a todas las casas que fueras, todo el mundo, todo el mundo, tenía un retrato de Fermín Galán y García Hernández. Recuerdo que les miraba a los dos en el retrato y luego miraba para arriba y los veía a los dos en el cielo, porque tenía los ojos tan cansados de mirarles…

Mis hermanos y Miguel estuvieron en el Ejército Republicano. Mi marido se fue voluntario. En mi pueblo se fueron todos voluntarios. El día de San Antón, el 17 de abril, mataron a dos chicos de mi pueblo que marcharon con mi marido. También se fueron dos de mis hermanos y no volvió ninguno. Se fue toda la juventud, no se quedó nadie.

Yo me pude casar con mi marido una vez que vino con un permiso de la Guerra en 1937. Y luego mi marido se metió a Tanque. La Escuela de Tanques estaba en Archena. Estaba allí con los rusos. Un día me avisó que ya no podría venir más porque se iba al Frente. Así que cogí el coche y fui yo a despedirme, estuve un día con él. Estaban todos los tanques por el pueblo haciendo maniobras. Y allí estaba también el hospital donde estuvo Miguel cuando lo hirieron en Teruel.

Él iba en un tanque y un vecino era el conductor. Cuando entraron en Zaragoza no podían maniobrar porque estaban todos los militares en la Iglesia y, como está tan alta, dicen que se los comían a tiros. Así que salieron del tanque y allí

lo hirieron y a su primo le quitaron todo los dientes de un disparo, vino con toda la boca torcida.

Y entretanto yo estaba en el pueblo. Mi marido estaba en el Frente y yo cuidaba a mi hijo. La primera vez que Miguel vio a nuestro hijo fue cuando lo detuvieron. Cuando se acabó la Guerra se fue a Albatera porque, aunque decían que se presentaran los que no se habían manchado de sangre, mi marido no se atrevió. Entonces se escapó con los hermanos de mi cuñado, que eran los dirigentes del Partido Comunista. Ellos habían fundado el Partido en Murcia. Su madre tenía el carné nº 1. Eran cuatro hermanos y uno de ellos se tuvo que ir porque era Comandante en la Guerra, así que, cuando finalizó la Guerra, se fue exiliado a Chile. Y a otro, con el que huyó mi marido, le mataron un día que estaba escribiendo a máquina folletos para tirar por la calle.

Dolores González, "Lola", con su marido el día de su boda

Como en mi pueblo no sabían leer ni escribir, ni mis padres ni mis hermanos, porque los ponían de muy jóvenes a trabajar, ellos, los hermanos de mi cuñado, formaron una especie de "escuela" en su casa. Cuando salían de trabajar ponían unas mesas y unas sillas y enseñaban a toda la juventud a leer y a escribir. Luego compraron un terreno para hacer un Colegio, pero después se lo quitaron, claro. Después se fueron a luchar en el Frente, en Archena, pero tuvieron que huir a Albatera.

Pidieron los pasaportes para irse d*El País* antes de que acabase la Guerra porque peligraban, pero había un señor allí, que era médico, que les detuvo los pasaportes. Así que se tuvieron que ir a Albatera. Se fueron también con un chico

de Alicante al que habían escondido. El padre de este chico tenía mucho dinero, y le dijo que tenía que escoger entre sus ideas o su casa. Como él eligió luchar, lo recogieron mi marido y los hermanos de mi cuñado. Habían puesto precio a su cabeza, y salió en los periódicos y todo. Así que en Albatera cogieron a este chico y a todos, porque les engañaron. Y de allí los llevaron a los campos de concentración.

La posguerra fue otra guerra

Un día este chico de Alicante les dijo a todos: "Yo me voy a escapar. Esta noche me voy, si vosotros queréis seguirme, sólo quiero que sepáis que a mí me van a matar. Pero si me matan huyendo, me da igual, se ha terminado". Y no lo cogieron. Se escondió en una cueva durante un día o dos, sin poder salir de allí. Él era de Elche, pero después vino a Barcelona en tren. Subía en el tren y cuando venía el revisor, se tiraba y esperaba al siguiente y así hasta que llegó a Barcelona. A veces iba hasta la carretera y cogía un camión por detrás sin que lo vieran.

Cuando llegó a Barcelona se quedó a vivir en Baja de San Pedro y pillaba gatos por la noche y los llevaba a la Barceloneta por la mañana a venderlos en los restaurantes. Iba al mismo quiosco todos los días a leer el periódico y preguntó si sabía de alguna casa que lo pudiese recoger y el quiosquero le dijo que había una señora muy mayor, que pasaba por allí, que decía que no tenía dinero para poder tener a alguien en casa, pero que necesitaba ayuda. Se fue a vivir con ella, pero esta señora se puso enseguida muy enferma, así que la cuidó hasta que murió. El entierro, como ella era muy pobre, lo pagó todo él.

Se hizo un carné de mentira con una foto donde lo enfocaron de muy cerca y no lo reconocía nadie. En la foto estaba monstruoso, no se parecía para nada. Un día vino un sobrino suyo con su suegra al médico, aquí en Barcelona. Y estaba Eusebio sentado leyendo el periódico en Santa Catalina y su sobrino pasó y lo reconoció, pero no le dijo nada. Al día siguiente su sobrino fue otra vez a Santa Catalina a ver si lo encontraba. Y allí estaba su tío leyendo el periódico, pero como no sabía cómo acercarse, pasó rozando su periódico con la gabardina para conseguir que levantase la cabeza. Cuando él lo hizo, le preguntó si se llamaba Eusebio Serrano, pero Eusebio lo negó. El sobrino le dijo: "Usted es mi tío, yo soy hijo de su hermano". Le dijo que se fuese a vivir con él, pero Eusebio no quiso, no quería complicar la vida a nadie. Hasta que un día se lo encontraron muerto en el piso. Estábamos preocupados porque hacía

días que no lo veíamos, y cuando fuimos a su casa, ya estaba muerto, de viejo o de cansancio. El piso que había heredado de la mujer se lo dejó en un testamento al Hospital San Pablo porque él estuvo enfermo y lo cuidaron allí.

A Miguel, cuando acabó la Guerra, lo apresaron en Albatera y se lo llevaron a un campo de concentración, pero se escapó y se fue al pueblo de al lado del mío, a esconderse en la casa de un tío suyo que vivía en la huerta. Pero todo el mundo se enteró. Yo iba a llevarle de comer porque su tío no le daba nada que llevarse a la boca.

Los hermanos de mi cuñado también se escaparon pero no podían más, así que se cortaron las venas con la pena de que los pillaran antes de morir. Así que los cogieron los cosieron y los curaron y, después, los fusilaron. Fue toda la Falange de Espinardo. ¡Tenían unas ganas de fusilarlos…! y los fusilaron a todos juntos. Mi cuñado consiguió esconderse. Querían hacerle ir a un sitio y hacerle desaparecer, pero uno de ellos se chivó y se lo contó y así se salvó.

Su madre y lo que quedaba de la familia se estaban muriendo de hambre, porque sólo había mujeres, viejos y niños. Por ese motivo un chico del Partido de Espinardo les dijo a sus camaradas que esta familia se moría y que había que ayudarles, pero no podían acercarse porque estaba todo vigilado. Eso era la miseria. El padre de mi cuñado se murió de hambre.

La familia de él padeció mucho, mucho, porque además todos los días iban a registrar la casa buscándole.

Yo estaba sirviendo y le quitaba comida de la despensa a la señorita. Lo tenían todo cerrado bajo llave, pero cuando se iban, entraba y escondía todo lo que podía bajo el abrigo y salía corriendo, corriendo, y picaba en la puerta de mi casa y lo dejaba allí y me iba corriendo otra vez.

Como decía antes, cuando se escapó mi marido fue a casa de su tío, pero allí no hacía nada porque su tía no quería que estuviese allí. Se vino a mi casa una noche en El Puntal, pero estaba toda la casa rodeada de falangistas que lo estaban esperando. Todos los falangistas del pueblo estaban escondidos en un huerto que estaba al lado de mi casa porque sabían que él se había movido. Y nada más entrar en mi casa, se echaron todos encima, lo esposaron y acusaron de robar la ropa de Tanque, cuando él no había sido. Mi suegro, que también había venido a mi casa, se fue detrás de él. Y la Guardia Civil le dijo: "Váyase a su casa que a su hijo no le va a pasar nada yendo con nosotros. Va a la cárcel." Mi

suegro se fue a su casa pero, en verdad, lo llevaron a Espinardo, a la Falange, que allí los llevaban a todos. Lo tuvieron dándole de palos quince días.

Lo metieron en casa de un falangista. Le dijeron que se sentase y le dieron un cigarro. Cuando se lo encendió, le dieron en toda la cara. Y allí mismo a los hermanos de mi cuñado les rompieron los pulmones porque querían que delataran a otros. Ellos decían que no sabían nada, así que les pegaron una paliza. Cuando lo metieron allí, yo tenía a mi hijo que se estaba muriendo, pero iba todos los días a llevarle de comer porque allí no le daban nada, allí nada más que paliza va y paliza viene y lo encerraban, se caía al suelo medio muerto, le echaban agua fría y a seguir pegándole. Un día que fui a llevarle comida me dijeron que lo iban a sacar de allí y a llevarlo a la cárcel. Y entonces cogí a mi hijo y me fui hasta allí para que lo viera. Cuando yo llegué ya estaba esperando un coche de línea. Lo vi salir, ¡cómo lo sacaban!, no tuve valor para mirar. Me metí con mi hijo en la entrada de una casa y vi a los dos hermanos de mi cuñado, que los sacaban juntitos y ya iban muertos. Iban con todos los pulmones desechos. Muertos ya iban.

Y después salían los presos, uno detrás de otro, y estaba el segundo "caudillo" que iba nombrándolos y los hacían subir al coche de línea de malas maneras. Entonces empecé a llorar y ya no sabía ni donde estaba. Se acercó a mí una señora del pueblo y me dijo: "Ay no llores, no llores, que con tanto lloro nos vas a matar."

Me fui a mi casa, no podía más. Mi hijo se puso más malo, y yo iba cada día a verlo, pero al final ya no me dejaban ni verlo. No podía entrar en la habitación. No me dejaron verlo durante meses. Hasta que al final se me murió el chiquillo.

A Miguel lo juzgaron el día 12 de agosto. En este juicio actuó mucho la CNT. La CNT hizo mucho mal en mi pueblo. Hicieron muchas cosas malas, mataron a tres del pueblo.

Un hermano de mi cuñado (les llamaban Los Radas) era carpintero, y fue una vez la Guardia Civil a la carpintería para decirle a su jefe que lo echara porque era comunista. Pero su jefe no quiso porque era buen trabajador y buena persona, y le daba igual su ideología. Después, la CNT fue a pedirle dinero y, como no quiso dárselo, se lo llevaron y lo mataron. Pero, por suerte, ellos se descubrieron solos, todos sabíamos que fueron los de la CNT. Cuando pasó su mujer dijo "Si hubiesen estado allí Los Radas a mi marido no lo hubieran matado". Otro hermano de mi cuñado que estaba en el frente bajó al

pueblo cuando se enteró y fue a la CNT y les preguntó por qué habían hecho eso. Ellos querían que se unieran a la lucha, pero la CNT hizo mucho daño.

Por su culpa se llevaron a un chaval del pueblo. Había uno de la CNT al que llamaban "El Catalán", porque era de aquí, de Catalunya, y siempre llevaba una pistola, era un chulo, enseguida la sacaba y amenazaba con ella a todo el mundo. Todos le tenían miedo, menos una mujer que salió un día y le dijo "Tú lo que eres es un cobarde y un sinvergüenza, por mucha pistola que lleves". Ese chico hizo mucho daño, se llevó a muchos por delante. Cuando lo iban a matar dijo "Soy arriero y conmigo me llevo a mis compañeros". Mataron a un chico de 18 años y a sus dos hermanos por su culpa. Los de la CNT mataron a un hombre y le dieron su anillo al Carmelo, que estaba trabajando en una fábrica de tejidos, y la novia de él era sastre y vivían en la carretera. Lo acusaron de matar al hombre. Y su pobre novia, cuando pasaron con el camión por su casa para cogerlo, estaba en la puerta viendo como lo subían a matar.

A mi marido lo condenaron el 12 de agosto. Le hicieron un juicio sumarísimo. Empezó a las 10 de la mañana y terminó a las 10 de la noche. Lo condenaron a muerte, salieron de su juicio treinta y tantas penas de muerte.

Yo estuve durante todo el juicio pero, como había tanta gente, no lo pude ver ni entendía lo que pasaba. Se ve que le preguntaron a éste de la CNT por mi marido, para ver de qué lo condenaban. Pero le preguntaron por su nombre completo, y como a Miguel lo conocía todo el mundo por el apodo del pueblo, "El Sillero" (porque su padre y su abuelo hacían sillas), pues él no lo reconoció, y suerte, porque si llega a decir que sí… no sé qué hubiese pasado.

En una ocasión estuve sirviendo en una casa en Espinardo. A los dueños les habían matado a un hijo, que era capitán de la Falange. Se ve que lo mataron tres o cuatro días antes de terminar la Guerra. Éste dejó una agenda escrita y la leí un día a escondidas (que me hubiese podido quedar con ella). Mentaba a "El Catalán", porque decía que, a cambio de dinero, los de la CNT enviaban a los que estaban escondidos a Alicante para que se escaparan. Y decía que si algún día se moría que a este chico no le faltase el trabajo en su casa. Luego mentaba a todos los que se habían llevado bien con él. Por lo visto, por medio de la Iglesia, mandaban a los falangistas a Alicante para que se escaparan. Y eso lo hacían los de la CNT. Yo a los de la CNT no quiero ni verlos, en mi pueblo hicieron muchas cosas malas. A mi marido le sangraron. Estaba en la Escuela de Tanque y vino al

pueblo con un permiso. Fue a casa de sus padres y allí lo estaban esperando. Los de la CNT estaban todo el tiempo: "Me cago en los comunistas…". Todos los fascistas se metieron en la CNT. Todos los de mi pueblo de derechas, falangistas, estaban apuntados allí. Estaban todo el día en el bar que si los comunistas no sé que no sé cuantos…

En una ocasión bajé a buscar a Miguel y le dije que nos fuésemos a casa que estaban todos los de la CNT borrachos perdidos. Se fue a su casa, para no meterme a mí en líos, y ellos estaban escondidos debajo de un carro y, cuando llegó mi marido para abrir la puerta de su casa, uno le sacó la pistola y le dijo que levantase las manos. Pero Miguel, en vez de eso, le dio un empujón a la puerta y se metió en la casa y se escapó por la puerta del patio. Se fue a Espinardo a hablar con los hermanos de mi cuñado, para ver qué pasaba. Entonces llamaron al Gobernador y le contaron lo que le habían hecho.

Pero bueno, al final a mi marido, al que condenaron a pena de muerte, se la quitaron a los tres meses.

Yo fui a hablar con el Fiscal de la Audiencia Provincial de Murcia. Entonces estaba sirviendo en esa casa en la que les mataron al hijo en la Guerra. Allí cuidaba a la abuela. Y mi tía estuvo trabajando allí durante 25 años. Así que fui ese día llorando a trabajar en la casa porque aún no sabía a qué habían condenado a mi marido. Cuando mi tía me vio, me dijo "Mira, vamos a ir a hablar con el Salvador", que era el Fiscal, el que lo condenó a muerte. Llegamos allí y mi tía preguntó "¿No está Salvador?" y le dijeron que estaba acostado, "Pues díganle que se levante que quiero hablar con él", contestó mi tía. Así que fueron a avisarle y entramos en el despacho, tenía a Franco allí, enorme, en un cuadro. Y dijo mi tía: "¡Coño, qué guapo pero qué sinvergüenza eres!" y Salvador le contesta: "¡Carmen! Yo no te permito que hables así", a lo que mi tía le contestó: "Pues le digo la verdad. Mira Salvador, ésta es mi sobrina y ayer juzgaste a su marido y quiere saber a qué le han condenado, que no sabe si le han echado años o qué". Y entonces me preguntó cómo se llamaba mi marido, y miró en su libreta y, cuando lo encontró, me hizo un gesto con la mano como que lo iban a decapitar. Y yo me puse a llorar aún más fuerte y le dije: "Pero si mi marido no ha hecho nada más que irse al frente voluntario, y nada más que venía con permiso y se iba. Pero si mi marido no ha hecho nada."

En el juicio le acusaron de haber quemado la Iglesia, bueno, eso se lo ponían a todos, de asaltar los cuarteles de la Guardia Civil, los cuarteles de Murcia,… A todos les ponían lo mismo, y claro,

que eran comunistas, que eso era lo único que era verdad. Y entonces él me dijo: "Bueno, esto se ve que es de algún chivato, son cosas del pueblo, rencillas del pueblo." Porque en el pueblo pasó una cosa fuera de serie. Y siguió diciendo: "Mira nena, tu mañana vas a ir y vas a decirle a tu marido que diga que se han equivocado y que está muy furioso. Que tu marido no es lo que allí pone."

Así que me fui a la prisión a verlos a todos ellos y les dije que había hablado con el Fiscal y que me había dicho que tenían que hacer eso. Y yo lo expliqué delante de los sargentos y todo. Y al final le dije a un sargento que había allí: "Mira, mi marido no ha hecho nada de lo que aquí pone. Porque quien lo ha hecho habéis sido vosotros. La Iglesia la habéis roto vosotros porque lo he visto yo. Tú fuiste al campo a decirles a los trabajadores que fuesen contigo. Yo vi como lo hacíais vosotros." Y el sargento contestó: "¿Yo tengo que arrepentirme de lo que aquí hay escrito? Cuando si todos tuviesen las ideas que tengo yo matarían a todas las rojas embarazadas para que no nacieran. Yo no voy a firmar nada de esto. Yo no voy a corregir nada." Y claro, no firmó nadie, ninguno.

Y entonces fue mi suegro a hablar con ellos (con la Guardia Civil) a explicarles que su hijo no había hecho nada y que ellos lo sabían, que tenía sus ideas y había estado en el frente voluntario, pero que en el pueblo no había hecho nada. Les decía: "El no ha hecho nada y encima vosotros lo sabéis. Si lo matáis, lo que yo haga, no lo sé". Y como se enfrentó a ellos, lo cogieron y se lo llevaron a la cárcel. El pobre dormía cada noche al lado de la puerta de la celda de su hijo. Dormía allí, en la puerta, por donde tenían que salir. En las celdas había rendijas y lo veían, y los compañeros le decían a Miguel:"Mira tu padre ya vuelve a estar allí acostado".

Un día estaba sirviendo y me dijeron que le habían quitado la pena de muerte. Yo no sabía qué pensar. Pero el día de la Virgen del Pilar llamaron a los presos para pegarles el tiro, pero a mi marido no lo llamaron.

En mi pueblo fusilaron a casi todos, mataron a casi cuarenta. El día de la pena de muerte todos fuimos para arriba, todos para el cementerio.

Mujer de preso

Miguel salió de la cárcel en el año 1946. Cuando le quitaron la pena de muerte le echaron 30 años de cárcel. Se lo llevaron a un convento, a Las Isabelas, y yo iba a verlo allí. Nos veíamos en el patio y ponían dos maderas entre él y yo. Por en medio se paseaba un vigilante, que eran

muy malos todos, eran navarros, muy malos. Iba a verlo y le llevaba algo de comida a escondidas, y cuando el vigilante se despistaba se lo echaba por debajo de las tablas. Los presos iban todos con mono, así que mi marido se ponía un cinturón e iba llenando el mono. Todos hacían igual. Cuando volvían adentro, se lo iban quitando y lo iban echando a la caldera de la comida, fuese lo que fuese, si era chocolate, a la caldera, si eran higos secos, a la caldera, si eran huevos duros, a la caldera. Así que allí había de todo, en esa caldera.
Un día a mi marido le tiré un pedazo de pan y me vio el vigilante y viene y me pregunta: "¿Que ha hecho usted?" y yo le dije "Nada… es que tiene hambre y le he dado un trozo para que se lo coma." y cogieron toda la comida que llevaba y lo fueron tirando uno a uno por el tejado, el pan, los higos secos… Y entonces todos lo vieron y cogieron bien su mono para que no les quitaran nada.

Cuando se murió mi hijo en el Hospital estuve toda la noche mirando cómo se moría, y levantaba la cabeza y veía la cárcel, que era el convento de Las Isabelas… y pensaba que Miguel me miraba desde allí.

Después de estar allí un tiempo, se lo llevaron a la Totana, otro convento que había allí que lo pusieron de cárcel, y estuvo hasta que salió para Burgos. Nosotros, como no podíamos pagar el viaje en coche de línea, íbamos andando de Espinardo a Totana. Andábamos toda la noche, en alcantarillas y todo. Todas las mujeres que teníamos los maridos en Totana amanecíamos allí y los íbamos a ver.

Me acuerdo de que un día fui a un Guardia Civil y le dije: "¿Me deja usted que le dé a mi marido un café con leche?" Y me respondió que "sí". Así que fui hasta donde estaba Miguel y cuando le estaba acercando el café, vino un Guardia Civil jefe y me pegó una guantada que me tiró el café con leche al suelo. Y me dijo: "¿Quién le ha dado usted permiso para darle un café a estos criminales?". Pero ¿qué criminales? Si el que más o el que

Penal de Burgos. Marido de Dolores González entre otros

menos llevaba treinta años. Y condenados a muerte que iban, pero ahora estaban indultados. No había ni un criminal allí. Y yo le dije: "Yo he pedido permiso, yo no sé a quién, yo no conozco a nadie aquí, pero yo he pedido permiso." Pero nada, eran malísimos. Y bueno, cada día volvíamos todas las mujeres otra vez andando, toda la noche, a casa.

Al final lo mandaron a la cárcel de Burgos. Y entretanto me puse a servir en una casa en que la señorita me maltrataba mucho, y me veía llorar, porque lloraba mucho, pero le daba igual. Y siempre me decía: "¡Qué llanto ni que niño muerto!, si habéis nacido para ser esclavos de nosotros. ¿Qué queréis? ¿Compararos con nosotros? Nunca, nunca vais a conseguirlo". Y así vivía. Estaba allí, maltratada, ganando una peseta cada día, que la guardaba para mandarle paquetes de comida a Miguel, que se le pudrían por el camino o nunca le llegaban… Sólo le podía mandar los paquetes de kilo. Y todo lo que trabajaba era para mandárselo a él, pero siempre le llegaba la comida mala porque tardaba mucho tiempo en llegar. Y mientras, yo estaba allí, maltratada y sin un duro, que en ocho años no me había comprado nada. Me compré unas alpargatas y las cosía y recosía. Todo lo que ganaba era para él. Así que pensé: "Oye, yo me voy a Burgos". Y me fui a Burgos.

Yo le dije a Miguel que me quería ir a servir a Burgos porque, servir por servir, pues me iba a servir donde estaba él. Entonces mi marido me dijo que había una chica andaluza que vivía allí, que también tenía a su marido en la cárcel. Así que Miguel se puso en contacto con ella y quedamos que me vendría a buscar. Mi madre sólo hacía que decirme: "No te vayas hija, mándale lo que puedas desde aquí. Pero no te vayas sola por esos mundos sin conocer a nadie". Pero me fui.

Me despedí de una amiga mía y me dio un duro, la otra dos pesetas, la otra una peseta. Y así. La cuestión es que ese fue el capital que yo llevaba. Y lo llevaba en un pañuelo por no tener maleta. No tenía ropa tampoco. Me dieron un vestido negro, que no era negro ni era de ningún color de lo malo que era. Me acompañaron a la estación mi suegra y mi madre y, una vez allí, nos encontramos a un militar que le preguntó a mi madre a dónde iba y mi madre le contestó que venía a acompañarme porque iba a Burgos, y este hombre le dijo: "Ah, pues mi hijo también va a Burgos", y a mi madre se le ocurrió decir: "Pues que se sienten juntos que mi hija no sabe ni a donde va". Así que me senté con él y bajamos en Madrid. Allí nos tiramos todo el día, porque nuestro tren salía por la noche. El chico me avisó de qué tren era y nos subimos.

Habían pasado dos estaciones, (o no sé, porque no sé dónde me hizo bajar), pero la cuestión es que vino el revisor. Y yo le enseñé mi billete que era de pobre. Ponía en mi billete: "Pobre de rematación". Fíjate si sería pobre…. El Gobernador ponía normalmente "Pobre de solidaridad", pero a mí me puso "Pobre de rematación". No había nadie más pobre que yo. Pero el revisor me dijo que con ese papel no podía ir en el tren que había cogido. Y yo le decía: "Es que yo no sé, porque no sé el que tenía que coger". Y él me contestó "Usted tiene que bajar del tren. O me paga o se baja del tren". Después ese chico me explicó que cogía ese tren porque llegaba a las 6 de la mañana y, como él era militar, tenía que llegar a esa hora porque así le constaba que llegaba el día antes, ya que cuando tocaban la diana él ya estaba allí. Pero si llegaba en el siguiente, en el de las 10, llegaba con un día de retraso. Así que cuando el revisor me dijo que me tenía que bajar, él me dijo que no podía bajar, que lo habría hecho pero que no podía. Yo tenía que coger uno normal y se ve que cogí un expreso, o algo así.

Total, que viene un señor y le dice: "Déjela usted. No ve que no puede. Usted no gana nada con eso. Haga la vista gorda". Y es que yo no llevaba cuartos para pagar. Pero el revisor me dijo que tenía que bajar y se fue. Y este señor vino y me dijo: "No se baje usted. Hágase la dormida". Así que yo no me bajé, no sabía lo que tenía que hacer, no entendía nada. Pero volvió el revisor y cuando me vio se quedó parado a mi lado hasta la siguiente estación y me bajó a la fuerza del tren, en un desierto. No era una estación, era un apeadero, en un desierto. Me cogió del brazo y me echó.

De repente, estaba allí, sola. Empecé a llorar y me cogió la desesperación de no saber que tren tenía que coger y donde estaba. Se acercó un señor y me preguntó que qué me pasaba y yo no podía hablar de tanto llorar. Él tenía a su mujer allí y me consolaron. Pude explicarles: "Mire usted, yo voy a Burgos porque tengo a mi marido allí y me han bajado del tren porque no lo puedo pagar. Llevo un billete de pobre." Y él me dijo: "No se apure usted que cogerá el tren que viene ahora, que es el de usted. Yo le diré donde se tiene que bajar." Yo no había subido nunca a un tren. Y venía el tren "troc, troc, troc" y yo con un miedo… allí encogida…

Estábamos a punto de llegar a Burgos y el hombre me dijo: "Yo bajo una parada antes, pero usted, cuando vea una catedral blanca, allí debe bajarse". Me bajé del tren y no sabía dónde tenía que ir. Así que me senté allí, en la estación. De repente, veo a una mujer con un delantal, así, andando

muy ligera, muy ligera, y pensé que era ella. Y sí, vino hacía mí y me dijo: "¿Usted es Lola? Yo Mercedes. A su marido se lo llevaron ayer de aquí al Penal. Se lo llevaron a Valdenocera - Vente, te daré algo de comer y luego te acompañaré a la estación. Tienes que irte a Villacanes, en la provincia de Burgos. Tú te bajas allí y yo te voy a dar la dirección de una amiga mía, que tiene a su marido preso en ese Penal y tú le das la nota mía y te quedarás a dormir allí esta noche. Y mañana ya te dirá ella el coche que tienes que coger para ir a Valdenocera".

Cuando llegué a la casa de esa chica le dije: "Me manda Mercedes, mira esta nota" y me dijo que no me podía quedar a dormir allí porque tenía a su suegra. Pero me llevó a una casa para dormir, que se pagaba una peseta la noche. Cuando cogí la cama, me hundí allí, que era de lana, porque antes en Burgos todos los colchones eran de lana. Y le dije a la mujer que me despertase a las siete porque tenía que coger el coche para ir a Valdenocera. Me despertó y voy al coche y no había ningún asiento libre. Así que ya empecé a llorar, iba llorando por todos los sitios. Parecía la malagueña. Llorando todo el tiempo, de cansada, de no comer y de la pena de ir sola sin saber a dónde ir. Pero al final me dejaron subir y le dije a un señor que me tenía que bajar en Valdenocera y me avisó cuando llegué. Me fui para el Penal porque Miguel sabía que iba, se lo había comunicado Mercedes. Aquel Penal era muy malo, pasaba el río por debajo y hacía un frío… Pero el director era una bellísima persona. Era andaluz, y resulta que esta chica (la amiga de Mercedes) era del mismo pueblo que este hombre. Y ella hablaba muy gracioso.

Cuando llegué estaban todos en el patio y Miguel me dijo que subiese a la montañita, que él iba enseguida. Vino y me dio una nota con la dirección de otra chica que vivía en ese pueblo porque su marido también estaba preso. Me dijo que ella me buscaría un sitio para dormir. Así que me fui a esa dirección y dormía en el suelo, encima de una manta y no comía nada, pasaba más hambre que un perro. Cada día pasaba por allí un funcionario de prisiones a dormir en otra habitación. La mujer del funcionario me quiso dar un platito de sémola porque me veía muy mal, pero se conoce que su marido le dijo que no me diese nada, que me dejase morir. Y no me dio nada.

Cada día iba a ver a Miguel al Penal. Pero tenía que ir huyendo de la Guardia Civil, porque en esos tiempos perseguían a las mujeres, porque hacían estraperlo. Así que tenía que cruzar el río, porque el Penal estaba encima del río, y había un hueco y pasábamos por allí, para no

pasar por el pueblo y que nos cogiese la Guardia Civil.

Un día estaba hablando con mi marido en el patio y me dice él: "Mira niña, dile al Director, que es buena persona, que nos alargue la comunicación para poder estar más tiempo hablando." Y fui al director y le dije: "Director, yo soy de Murcia y he venido a ver a mi marido. Si usted me hiciese el favor de darme una comunicación especial" Y el Director me dijo que "sí", que al día siguiente fuese que estaría yo sola con él y que en vez de dos rejas, habría sólo una. Ese día estuve una hora u hora y media hablando. Después el Director me dijo: "¿Sabes? Lo voy a sacar de aquí a trabajar, porque aquí se va a morir, aquí hay mucha humedad y estos hombres no aguantarán." Y a esta chica (la amiga de Mercedes), que era andaluza y venía también cada día conmigo, el Director le dijo: "Mira, Ana, voy a sacar a tu marido también". Y las dos muy agradecidas "Sí, sí".

Así que de allí se lo llevaron a Pedrosa de Valdeporres. Yo me fui a servir a Burgos, porque Mercedes me consiguió un puesto en una tienda de comestibles, pero no me acostumbré a estar allí. No sé que me pasó que sólo hacía que llorar y me dijo la mujer: "No llore usted, que yo iré a ver a su marido y le llevaré lo que usted quiera, lo de comer. Pero usted estará en mi casa muy a gusto.". Pero yo cuando veía a Mercedes me enganchaba a su cuello y a llorar. Y ella me decía que me tenía que acostumbrar, pero no podía. Ella era mi protectora. Yo no conocía a nadie. Yo, nada más que llorar y llorar porque no me acostumbraba a estar allí sola.

Dormía con Mercedes. Y dormíamos tres o cuatro juntas. Me llené de sarna. Todas teníamos sarna. Así que decidí que tenía que cambiar de sitio. Me fui al panadero y le pregunté por una casa para servir, en la Castellana, que eran todos gente rica. Y el panadero me dijo: "Sí, yo tengo una casa para ti. Te doy la dirección y mañana vas a hablar con la señora." Fui y me presenté y le dije que me mandaba el panadero. Me dijo que necesitaba una mujer para servir y me preguntó: "¿Y usted de donde es?", "De Murcia" dije yo. Y me preguntó: "¿Y qué hace usted aquí?". Y yo le conté la verdad, pues que tenía a mi marido en el Penal y me había venido a servir para estar a su lado. También me preguntó si mi marido había matado a alguien, pero Miguel no había matado a nadie, estaba allí por unas ideas. Entonces, me dice la mujer: "¿Sabe usted hacer merluza en salsa verde?" Y yo no lo había hecho, nunca, pero le dije: "Si usted me enseña, la haré". La mujer se lo estaba pensando, así que me dijo que volviese al día

siguiente. A la mañana siguiente me dijo que no porque el cura le había mandado a otra chica. Así que volví al panadero. Él me dijo que tenía otra casa, pero que iba a trabajar mucho porque tenían vacas, cerdos, etc. Pero a mí me daba igual, porque yo lo que quería era trabajar para ganar cuartos.

Y bueno, me presenté allí y estuve más a gusto que nada. Trabajaba como una negra. Limpiaba las vacas y los cerdos, me mandaban a repartir la leche todos los días. Pero yo era feliz porque eran muy buena gente y me ayudaron mucho. También tenían una mujer que era de Jaén, que había salido del Penal. Y esta mujer tenía 15 días hasta que la enviaran a otro lugar. Así que la señora me dejó ir a ver a mi marido a Pedrosa, donde él estaba trabajando, haciendo una vía y un puente y dormía allí, en los barracones. Había tres destacamentos de presos y Miguel estaba en el de Pedrosa. Así que la señora me preguntó cuándo quería ir a ver a mi marido, y yo le dije que cuando ganase dinero. Pero ella me dijo que me fuese ahora, que aprovechase que estaba esa mujer unos días, y así yo podía estar una semana con mi marido. Pero yo no tenía dinero y ella me dijo: "Usted tranquila, yo se lo pagaré por adelantado". Y me dio dos litros de aceite y chorizos… me dio de todo. Me dejaba ir una vez al mes a ver a mi marido y me pasaba el fin de semana con él. Era muy buena esa mujer. Me tiré 8 días con él en casa de una chica que era modista y pagábamos una peseta la noche.

Y estuve sirviendo en esa casa hasta que ya no me podían mantener porque vendieron las vacas y los cerdos y ya no podían mantenerme. Pero yo me quedé allí en Burgos en una habitación que alquilaba a una chica que vivía en una casa muy grande y alquilaba habitaciones.

Así estuve cuatro años, hasta que él salió. Cuando iba a verlo pasaba antes por el abonador y él me hacía un papel para pagar menos en la estación. Pero como cada semana iba a enviarle un paquete con el tren, en la estación ya me conocían tanto que no me cobraban. Me decían: "Corre, corre, que sale el tren, échalo, échalo".

El revisor siempre que me veía con el saco y todo me decía: "Usted se mete donde sea" y yo le decía: "Yo lo que no quiero es quedarme sin subir". Ya me conocían más que a las ratas. Me llamaba La andaluza.

Pero después de dejar la casa donde servía pasé mucha pena, porque me metí en una casa que era una fonda y el dueño era un fascista. Iban todos los cadetes cada domingo a comer. Sabían que mi marido estaba en la cárcel y su mujer siempre

me decía: "No será un santo su marido, no será un santo si está en la cárcel". Era malísima. Y ella tenía un hermano militar, y cuando empezó la Guerra Mundial, su hermano le dijo: "El marido de ésta estará contento". Ellos siempre hablaban entre ellos de mí.

Había un funcionario que era muy malo y los paquetes que yo le mandaba a Miguel, con pan y café, no se los daba. A mi marido no le llegaba nada. Este funcionario fue a Burgos, a la fonda, a informarse de lo que ganaba porque pensaba que no era normal que yo le mandase tantos paquetes a mi marido, que lo debía estar robando. La señora le dijo que yo ganaba doce duros cada mes, pero que además tenía muchas propinas, porque las propinas eran la mitad para cada uno, me dejaban mi parte en la mesilla. Todos los domingos los militares iban a comer y un domingo los atendía la otra chica y el otro domingo, yo. Ellos daban mucha propina. Yo allí ganaba mucho dinero. Compraba para mi marido cada semana chorizos, una bola grande de queso, azúcar, café…

Cada domingo iba a la tienda con la cartilla y preguntaba que había, entonces hacía un paquete y me iba a la estación a mandarlo. Pero la señora, que cada domingo iba a misa cuando yo iba a enviar los paquetes, me vio llegar y me

Dolores González, "Lola", con una amiga

preguntó de dónde venía, y yo le dije: "De misa", y me dijo que no era verdad, y entonces yo me puse toda colorada. Me había descubierto porque me había visto venir de la estación. Así que me preguntó: "¿De qué misa viene usted?" y le dije; "De Santa Montea" y contestó: "¿Y cómo llevaba la casulla el cura?", para pillarme, le dije que yo no me fijaba en esas cosas, pero que si quería le podía preguntar a mi compañera, Victoria, que había venido conmigo. Así que la

llamó y la señora le preguntó otra vez y ella le dijo: "Yo cuando voy a misa, voy a dormir, no voy a ver al cura". Yo me moría de risa. La señora toda enfadada, dijo: "Será posible que una a la otra se estén tapando". La señora era muy mala muy mala, muy fascista.

Me acuerdo yo que en otra ocasión me bajé en la estación y salió otro preso a esperarme. Le pregunté donde estaba Miguel y me contestó que lo había arrestado don Silverino que era este funcionario tan malo que no le daba nada a mi marido, porque se ve que había leído mi nota y no quería que nos viésemos. En la nota sólo le decía que iba a ir a verlo y que saliese a buscarme. Porque siempre que iba, salía fuera a la estación a buscarme. Le dejaban venir a buscarme. Total, que ese día el chico me acompañó a la casa en la que yo me quedaba cuando iba a ver a mi marido, dormía en una cuadra con un colchón de saco. Me hospedaba allí y lo arreglaban para mí. Así que dejé mis cosas y fui al Penal. Salió a buscarme un chico de Madrid al que llamaban El Peque, porque era el más jovencito de todos, y me dijo: "Tu marido está en el calabozo porque don Silvino ha leído tu carta y dijo que, cuando vinieses, le cogería y no dejaría que te viese". El Peque me dijo: "Anda, ve a hablar con el Jefe nuevo que está recién casado y te entenderá". Fui y había un funcionario gordo, muy gordo y le dije que quería hablar con él y me hizo pasar. Entonces, le dije: "Mire usted, yo estoy sirviendo en Burgos, y soy de Murcia y cada mes vengo a ver a mi marido. Le mandé una carta informándole de que venía y don Silvino la vio y lo tiene escondido en el calabozo." Él me preguntó si lo había escondido por ese motivo y, cuando yo le dije que sí, me contestó: "¿Y por qué su marido no ha ido a trabajar hoy?" Pero a mí El Peque ya me había explicado que no había ido porque no tenía alpargatas, porque aún no le habían llegado las que le mandé. Se lo conté todo, y entonces él buscó el nombre de mi marido en su lista. Y yo como lloraba y lloraba, lloraba como una madalena en todos los sitios, pues me dice: "váyase usted que yo lo arreglo". Oí cómo le decía a otro funcionario: "Dile a don Silvino que suelte a este hombre que lo he dicho yo. Y que ya hablaremos los dos". Salí fuera, pero me esperé a ver si lo soltaban.

Volvió El Peque para avisarme de que ya estaba suelto y de que fuese para el patio. Fui otra vez al patio y estaban todos los presos que habían salido de trabajar allí sentados. Al llegar pasé mucha vergüenza, todos me miraban… y un funcionario nos vio y me dijo: "Métase usted y su marido en la cocina" porque estaban todos allí pelando patatas. Los dos nos sentamos en la cocina como tontos. El

funcionario se nos quedó mirando y me dice: "¿Y usted por qué no ha venido a hablar conmigo? ¿Por qué ha ido a hablar con el Jefe?" y le contesté: "Mire usted, es que yo no sabía con quien tenía que hablar" Muy enfadado me dijo que la próxima vez se lo dijese a él. Y yo toda colorada y asintiendo. Nos siguió mirando y nos dijo: "Mire, se pueden ir ustedes por allí un rato, pero cuando toque el pito para cenar, los quiero aquí". Y yo una vergüenza… porque todos los presos estaban mirándose unos a los otros y riéndose, unas risas…

Bueno, después de eso me fui de la fonda donde servía y me puse a vivir donde estaba Miguel. Me dediqué a lavar ropa, a limpiar las fondas… Siempre iba a una fonda que llevaban unas hermanas y venía la gente de Bilbao a veranear allí. Cada domingo había presos que se iban con el primer tren a Bilbao y volvían con el otro.

Allí había muchos establos y ganados y había mucho trabajo. Me iba al río a lavar, llegaba, quitaba la nieve y a lavar. A veces venía la mujer del capataz de los presos de la cárcel, que era más buena… y siempre me preguntaba: "¿Vas al río? ¿Ya has comido?" Y me invitaba a desayunar y luego venía a ayudarme al río. Traía un caldero de agua caliente para que pudiese poner las manos cuando se me helaban.

También lavaba y remendaba la ropa a los tres destacamentos que había de presos. Me tiraba las noches sentada en la cama, con una botella con gasolina con una torcía, y amanecía al otro día negra. Toda la noche cosiendo con la torcía…

Me daban 3 pesetas cada día y la comida y la cena. Con esa cena comíamos mi marido, yo y otro preso que había de Madrid y que también venía a cenar, porque tenía a su madre en la cárcel de Madrid y no tenía a nadie más.

Un día vino una orden de que cogieran a todos los presos y se los llevaran porque los maquis estaban muy cerca de ellos. Y es que ya no había trabajo casi, a mí ya no me pagaban ni una peseta al día. No les pagaban a los presos, que de eso los presos sacaron canciones y todo. Porque trabajaban para la compañía BC, que era la de los curas, pero allí ya no les pagaba nadie. Cuando vino la orden de llevarlos a todos al Penal otra vez a nadie le importó.

Yo me había comprado un barreño que me había costado tres duros, y allí calentaba agua y lavaba la ropa de los presos y luego en el río la aclaraba. Pasaba tanto frío… Me acuerdo de que un día estaba en Pedrosa lavando y pasó un señor con una cesta y me preguntó: "¿A usted qué le pagan por estar aquí?" Y yo dije que

tres pesetas. Y me dice: "Tome usted las tres pesetas y váyase a su casa porque cada día que paso por aquí no duermo pensando en usted" del frío que hacía. Pero yo no le cogí las pesetas porque yo tenía que trabajar.

Bueno, total, que dan la orden y cogí mi barreño, metí todos mis trastos, mi puchero, mi olla, el cazo y todo lo que tenía y me fui con él.

Primero fueron todos a los destacamentos de San Martín de Porres y, cuando fue la Guardia Civil a buscarlos, ya habían ido todos solos allí. La Guardia Civil preguntó: "¿Éstos son los presos? ¿Y para qué hemos venido entones? Que se vayan al Penal solos, si han venido solos hasta aquí…"

Así que fuimos a la estación a sacar los billetes, yo con Miguel y una señora con su hijo. Dije que quería ir con él en el tren y un Guardia Civil que me oyó, se acercó y me dijo: "Si quiere ir con él, vaya usted a hablar con el capitán". Pero yo no quería ir y entonces el Guardia Civil fue a preguntárselo y nos dijo que sí, que podíamos ir juntos. Dicho y hecho, nos montamos en el tren con ellos. Llegamos a Burgos y yo dejé en consigna el barreño de cosas que llevaba y me fui al Penal con ellos andando, hasta que abrieron las puertas del Penal y los metieron a todos. Entonces me fui a la primera casa en la que había estado sirviendo, aquéllos que eran tan majos. Ella me dijo que no me podía pagar pero que me podía quedar en su casa sin problemas, que ella me acogía. Así que yo le hacía la faena a cambio de dormir. Le regalé una manta de los presos porque estaban arruinados. Allí estuve hasta que encontré una casa para alquilar. Me dedicaba a lavar ropa, a hacer faenas, a vender pájaros, porque yo llevaba a mi marido un saco de huevos, los metían en el Penal y allí hacían pájaros y yo, después, los vendía.

También hacía de enlace de Miguel. Él me sacaba parte del trabajo del Partido que hacía y escribía para que yo lo pasara a otro contacto. Mi marido me ponía en muchos compromisos a mí. Con los papeles iba a la cárcel de Burgos, y allí en el río había otro preso trabajando que era del Partido también. Bueno, pues iba al río y me sentaba por allí con la mujer de este preso, que por cierto luego se vino de Madrid y dormía conmigo. Cuando se empezaban a ir todos los presos formados, él se iba quedando atrás, atrás, y le daba el parte de mi marido. Él dejaba lo que llevara allí escondido, en el río, debajo de una piedra, en un sitio que teníamos acordado, y allí yo lo cogía y lo metía en el Penal, para dárselo a Miguel.

Una vez introduje en el Penal un paquete y lo vieron, pero a mí no me pillaron, no

sabían quién había sido. Un funcionario que estaba con unos presos trabajando me llamó porque se habían encontrado unos papeles y yo tuve mucho miedo. Me dijo: "¿Usted metió ayer algo en la cárcel?" Y yo dije que "sí", porque yo sabía que él ya tenía conocimiento y me dice: "Niéguelo usted, ¿eh? Niéguelo porque la están esperando. Diga que no ha sido usted". Cuando llegué a la cárcel, había otro funcionario esperándome y me preguntó si había metido algo. Le contesté que no, que no sabía nada. Y así se quedó la cosa. Me fui corriendo hasta el coche y me quedé escondida hasta que llegué a casa. Cuando pude volver a ver a mi marido le dije: "¡A mí no me comprometas más!" porque sabían que había sido yo. Pero no me sirvió de nada, porque después venían todos los presos que me traían leña, porque yo siempre iba buscando leña para cocinar, y me decían: "Aquí tienes leña y debajo hay una carta,…" Allí tenían su escondite y siempre me estaban comprometiendo.

Un día voy a ver a Miguel y me encuentro con un funcionario, al que yo le hacía mucha gracia porque siempre le decía: "Déjame un ratito más que mi marido está muy guapo hoy" y siempre me daba dos minutitos más. Total que un día viene y me dice: "Me parece que su marido se va en libertad" y sí, tenía razón, salía en libertad.

Me dijeron que salía en libertad por la tarde porque tenían que traer los papeles de la otra cárcel. Por fin salió y yo estaba esperándole. Me acuerdo que estaban todos los funcionarios mirando a ver qué hacíamos cuando saliese mi marido. Todos. Y nosotros, muy formales, nos fuimos para la comisaria, porque él se tenía que presentar para que le diesen los papeles.

Miguel en libertad

Viniendo de la cárcel nos encontramos con un ingeniero al que yo le lavaba la ropa en el campo de Pedrosa. Este hombre había estado preso muchos años y luego salió y ya se quedó allí. Se encargaba de construir las casas de un barrio nuevo al lado del Penal. Había hecho una casa que ponía: "Dios te dé salud y gozo, casa, corral y pozo". Y le dije yo: "Mira, ha salido mi marido del Penal" y me respondió: "Cómo me alegro ¿Y a dónde van? Puede venir usted mañana a trabajar aquí si quiere". Pero Miguel le dijo que quería volver a su pueblo. No le gustó mucho la idea y le comentó: "Qué cosa más mala, yo fui a Madrid un día a ver a la familia, pero volví al siguiente y ya no he vuelto más".

Así pues pidió permiso para regresar, pero ¡ojalá no lo hubiese pedido! Le dieron la libertad y podía ir donde él

Dolores González, "Lola", con su marido.

quisiera. Así que nos fuimos para el pueblo, pero fue la perdición. El ingeniero ya le avisó, le dijo: "Eso no es buena idea, porque cuando llegues, tú tienes a todos los enemigos allí y te van a hacer la vida imposible. Van a poner Viva la República y van a decir que lo has puesto tú, te van a gritar ¡Viva el Comunismo! y vas a ser tú y los vuestros, porque eso me ha pasado a mí". Y dice mi marido: "Pero es que yo no tengo más remedio que ir". Así que nos fuimos a la comisaría a que firmase.

El Comisario, que era bien malo, le dijo: "¿A usted le han dado la libertad? ¿Usted estaba condenado a muerte y después condenado a treinta años, y a usted le han dado la libertad? Mira qué bien, ¿estará usted contento, no?" Más malo era... Cuando salimos de allí mi marido ya tenía los pasaportes para irse, pero no teníamos ni cinco. Así que fui a hablar con el Gobernador, que ya me conocía, siempre iba a hablar con él. Me conocía más que a las ratas. Le dije: "Mire usted, que mi marido ha salido en libertad pero yo no puedo irme porque yo no tengo cuartos." Y él me contestó: "Mire, irá usted con otro señor. Tienen que ir juntos y, cuando venga el revisor, presentará este papel como que van con este señor." Y así pasó. Nos encontramos en la estación, allí mostramos los papeles y nos fuimos hasta Madrid. Cuando llegamos ese hombre me dijo que tenía que ir al Ministerio de Fomento y allí me darían el pasaporte. Así que fui, me puse a la cola y me lo dieron. Entonces nos fuimos a Murcia y en Murcia ya estaban esperándolo los mismos que le habían denunciado para que Miguel les pidiese perdón. Pero mi marido no fue, no les dijo nada. Cuando llegó al pueblo se metió otra vez en el lío del Partido. Y otra vez en mi casa teníamos reunio-

nes, teníamos a uno escondido que lo acabaron matando en Floridablanca, en Murcia. Lo mataron porque tenía una reunión allí y, al llegar, lo estaban esperando y lo mataron. En mi casa hubo muchos escondidos… con el peligro que significaba para nosotros…

Un día fue la policía a mi casa y Miguel estaba durmiendo en un huerto, escondido, porque habían cogido a uno de mi pueblo y no se fiaba. Yo ese día, cuando me levanté, fui a por agua y me dijeron que la policía estaba en "Can Manco", en casa de uno que era del Partido. Volví corriendo a casa y desperté a un chico que dormía en mi casa desde hacía años porque no tenía ni madre ni padre y tenía escondidos un montón de papeles y de Mundo Obrero, un montón enorme. Le dije "José, que están registrando en "Can Manco", que viene la policía y se llevan al Manco preso". Se tiró de la cama corriendo, cogió todos los papeles y los tiró. Pero cuando llegó al taller a trabajar, ya estaban esperándolo a él también. Los papeles habían desaparecido, pero a él se lo llevaron preso igualmente.

Cómo Miguel estaba trabajando en Murcia me fui corriendo a buscarle y le dije que ya no viniese a mi casa. Se escondió en un huerto y estuvo bastante tiempo escondido porque después iban a por él. Él se tenía que presentar al cuartel de la Guardia Civil una vez al mes, y nosotros íbamos juntos siempre, pero ellos decían que no se había presentado.

En otra ocasión vino a mi casa uno de los que le acusó y le metió en la cárcel. Uno de los falangistas que le pegaban palos esos quince días. Y justo en ese instante estaba mi marido en casa escondido detrás de una cortina. Abrió mi madre, y le dijo: "Vengo a buscar a su yerno. Pero no le vamos a hacer nada. Es porque tiene que hacer el servicio militar, porque si no lo van a dar por prófugo. Se tiene que presentar en el cuartel de la Guardia Civil en cuanto pueda." Entonces dijo mi madre: "Es que mi yerno no está aquí. Dijo que se iba a buscar trabajo por la Mancha o por ahí" Y el Guardia Civil le dijo "Pues dígale usted que venga que si no lo van a condenar por prófugo". Así que mi marido y yo fuimos al Cuartel de la Guardia Civil, pero cuando llegamos vimos que en su ficha ponía "Ojo" y nos dice el Guardia: "Espérense un segundo que voy a buscar al Capitán". En cuanto se dio la vuelta salimos corriendo los dos.

Si cogían a Miguel se descubría todo el ajo, pero si no lo cogían estaba todo parado. Así que iban a matarle. Habían cogido a un pobre chico dentro de la cárcel y le daban de palos para que confesara y acusará a mi marido. Un día le dijo a su hermana: "Dile al Sillero que se

MINISTERIO DE TRABAJO
INSTITUTO NACIONAL DE PREVISION

Dirección de Subsidios y Seguros Unificados

30/A/39.301

Subsidiado D.ª Dolores de San Nicolás Muñoz

natural de Churra provincia de Murcia, nacido el día 7 de Diciembre de 1887, estado Vda.

profesión agricola, y domiciliado en Churra, calle de Practicante Avalos núm. —

Murcia, 7 de Diciembre de 1954

El Jefe del Servicio,

El Director Provincial,

(Firma del Subsidiado)

V. 068

Carnet de subsidio a Dolores de San Nicolás, madre de Dolores González "Lola"., 07.12.1954

esconda, que se vaya ya, que yo no puedo resistir los palos ya. Que se vaya porque lo voy a delatar."

Así que a las dos de la mañana nos levantamos y nos fuimos andando por el campo hasta llegar a Molina, a otro pueblo por el que también pasaba el tren que iba a Barcelona.

Allí estuvimos todo el día escondidos en la casa de un hombre que había salido de Burgos preso. Y nos recogimos hasta que salió el tren por la noche. Él cogió el tren y yo me volví a casa andando, cuatro kilómetros anduve, toda la vía abajo.

Cuando llegó a Barcelona se quedó a dormir en casa de la suegra de un chico del pueblo que vivía en Barcelona, en el Campo de la Bota, pero me dijo que no podía mandarme cuartos ni nada, porque con lo que ganaba sólo tenía para él. Así que decidí venirme a Barcelona, enferma y todo que estaba, tenía colitis. Estuve 8 años con colitis, que de no comer se me habían caído los intestinos, del hambre que pasaba. Llegué al Campo de la Bota y cuando vi que tenía que vivir allí… todo el mundo guisando en el suelo, todas las paredes de piedras, todos en barracas…. Pero bueno, luego me acostumbré y estaba muy a gusto. Yo me puse a hacer faenas y él hacía pozos.

La señora que nos acogió tenía un hermano que era paleta y trabajaba en lo del agua, en lo de los pozos artesanos, y fue el que le dio trabajo a mi marido. Un día, en una de las casas donde hacía la faena, me dijo la buena mujer si queríamos ir a vivir con ellos. Le contesté que, si ella quería, nosotros encantados. Así que esa misma noche nos instalamos en su casa.

Me pagaban tres duros por cuidar a los críos. Y luego, bueno, ellos se fueron a Argentina y vendieron aquella casa. Después nos fuimos de alquiler a una casa, porque ya teníamos más cuartos. Fue entonces cuando nos dieron una parada en la plaza de Pueblo Nuevo y nos pusimos a vender. Allí estuvimos hasta que se murió. Pero claro, con nombres supuestos, mi marido se trajo el carné de mi hermano, la "célula personal" que se llamaba antes, y yo me cambié el nombre. Él tenía mis apellidos y yo me llamé García Hernández. Cada vez que iba a un sitio en que me tenían que llamar, estaba pensando "García, García, García…".

Por esas fechas fue cuando mataron aquí, en Barcelona, a estos dos hermanos que venían de Francia y mataron a un comisario. Así que nos encontrábamos siempre a la policía que iba parando a todo el mundo pidiendo la documentación. Si nos llegan a pillar…

La clandestinidad

Miguel era muy activo, si en mi casa vivió hasta Gregorio López Raimundo… Y tuve a un chico de Francia, a uno que era de Comisiones Obreras de Terrassa, a uno de Murcia... En mi casa todos los domingos se hacían reuniones. Venía muerta de trabajar y les hacía de comer. Me llamaban "La del pastel de manzana", porque de postre les hacía un pastel de manzana todos los domingos. López Raimundo estaba encantado con el arroz que le hacía. Todo el mundo quería mi arroz. Compré una paella de kilo y medio o dos kilos de arroz y para encima del hornillo compré un aparato, y allí hacía el arroz cada domingo. No sé, yo pensaba que era lo que más llenaba. Cuando me llamaba Miguel le preguntaba: "¿Cuántos sois?" y así cada domingo del mundo.

No he tenido miedo nunca. En una ocasión en mi casa había una reunión y estaba uno sentado en mi habitación porque eran muchos y no cabían en el salón. Se sentó en la ventana, pero mi marido, que era muy distraído, se dejó la luz encendida. La vecina vio la luz encendida y una cabeza. Así que al día siguiente me preguntó: "¿Ayer estuvo tu sobrino en tu casa? Porque estuve viendo una cabeza y pensaba, este es Pepito, seguro". Mi sobrino, Pepito, que estuvo siete años en mi casa. Y yo dije: "¡Ah sí! Es que ayer vino un familiar de Francia, pero estaba medio malo, así que se vino mi sobrino para que no estuviera solo. Y allí estuvieron todo el día en la habitación, mi familiar en la cama y mi sobrino cuidándole". Y dice: "Ya lo decía yo, ese es Pepito". Y yo muerta de risa.

Siempre le decía a Miguel que no dejase el coche en la puerta porque así la policía

no sabía si estábamos en casa o no. Pero él lo dejaba porque era muy distraído. No sé cómo no nos pasaron más cosas aún… Mi marido se arriesgaba mucho. Un día picaron a la puerta y era un matrimonio que venía de Uruguay, pero él era un poco fachita. Los recogimos porque era el cuñado del que le hizo un pasaporte falso a Miguel y le debíamos el favor.

Había una señora de Cartagena que me venía a comprar al Mercado todos los días, y yo le conté que tenía mucho miedo porque estábamos en unas condiciones muy difíciles. Esta señora tenía un yerno que trabajaba en la Pegaso y era del Partido. Ella se lo explicó todo a su yerno, así que él le dijo que fuésemos el sábado a verle. Y fuimos. Entonces le hizo un carné como que trabajaba en la Pegaso y le dio un aparato para que mi marido picara el carné, fichara. Cada día cuando se levantaba fichaba. Este chico le dijo: "Si te coge la policía tú le dices que trabajas en la Pegaso". De esa manera hicimos amistad con Ángel, que así se llamaba este chico, y ya no se despegó de nosotros nunca. El encargado de la Pegaso también era del Partido y entonces estaban todos compinchados por si llamaba la policía poder encubrirlo.

En casa de mis padres también estuvieron escondidos algunos. Es que mi familia ha tenido mucho valor siempre. Me acuerdo que tenía un cofre en casa donde guardaba las monedas. Vino la policía a buscar a un hombre que tenían escondido, pero ya se había ido y, cuando llegaron, le dijeron a mi madre que abriese el cofre. Mi madre se puso al lado de la policía y, mientras ellos estaban despistados, iba metiendo la mano en el cofre lentamente, poco a poco, sin que ellos se dieran cuenta y sacó la bolsita con los cuartos que tenía escondidos y se los metió en el bolsillo. ¡Cómo son las madres! Porque la policía se la hubiese querido coger y no se la hubiera devuelto y, si los pillan, los matan.

Tuvieron también a un chico de Murcia que se escapó de un campo de concentración. Y éste iba armado siempre, éste no se dejaba coger. Pero el marido de su tía era de la Falange, y un día su tía oyó una conversación sobre que iban a por él y ella, como era su sobrino y le dolía mucho verlo así, avisó a mi casa. Nos lo mandaron para aquí y esa misma noche mi casa del pueblo estuvo rodeada de policías. Entraron a la casa, registrando todo como fieras. Le dijeron a mi hermano que tenía once años: "¿Y esta escalera dónde lleva?" y mi hermano dijo que daba a la habitación donde dormía él. Pero, en verdad, era la habitación del chico. Así que se llevaron a mi hermano por delante y la policía y la Guardia Civil detrás. Mi madre les dijo que no tenía a

nadie escondido allí, que no sabía qué estaban buscando. Entonces le dicen: "Venga, ¿y su yerno donde está? Sabemos que está en Barcelona". Como no dijo nada la cogieron y le dijeron: "Acompáñenos", porque también iban buscando a mi hermano porque decían que había robado un motor, cosa que, claro, era mentira.

Y bueno, a este chico de Murcia lo acogimos en mi casa cuando llegó a Barcelona. Lo metieron en la Pegaso a trabajar y allí le daban de comer y le dieron documentación.

Así ha sido mi vida. Siempre luchando por los míos y por mis ideas. Aún ahora no me cansa la lucha.

Lola González con Jordi Miralles en un acto de conmemoración de la II República organizado por Esquerra Unida i Alternativa (EUiA) en el Museo d'Historia de Catalunya, 14.04.2009, Barcelona,

Sopar Fundació Pere Ardiaca en Cotxeres de Sans , 17.04.2010, Barcelona

Sopar Fundació Pere Ardiaca en Cotxeres de Sans , 17.04.2010, Barcelona,

Presentación de libro "Margarida Abril, d'un roig encès". *Paqui Cruz, 24.09.2004, Mataró (Barcelona),*

Una niña en la prisión

Paquita Cruz

La historia de mi familia me marcó mucho. Tener unos padres como los que tuve, de los cuales me siento muy orgullosa, que lucharon al lado de la República, y todas las consecuencias que después trajo la vida, pues fue por eso, porque seguro que si ellos hubieran estado con Franco no hubiéramos tenido los problemas que hemos llegado a tener todo el tiempo. Y, como mujer, claro que te marca porque estás doblemente oprimida y doblemente explotada en todos los aspectos de la vida, tanto en la calle como en la casa. Las mujeres, ya sabemos, tenemos que espabilarnos para defendernos porque si no nos machacan.

La verdad es que yo nací un mes antes de que terminase la Guerra. Nací en el 39. Mis padres estaban en San Clemente, Cuenca. Nosotros somos de La Mancha. Mi padre fue Comisario Político y mi madre era una pionera en la lucha porque, por su valentía y por su arrojo, las compañeras la nombraban en todas las cositas que había que hacer, ella estaba allí. Fue la primera que dejó a su hija sin bautizar, que fue una hermana mía, y fue la primera que se sindicó, que parece así como raro que "una mujer se sindicó", pues sí, en aquel momento y en un pueblo de aquellos de La Mancha, que estaba más atrasado que Catalunya o que Madrid, pues era raro. Ella se puso al frente y era una mujer… según me dicen, porque claro, yo no la conocí.

Y las cárceles… antes de llegar a Uclés ellos estuvieron en más cárceles, tanto

Paquita Cruz
Nació en la cárcel, hija de presa política que moriría poco después a causa de las enfermedades. Militó en el PSUC y dedicó su actividad a la Asociación de Vecinos.
Militante del PCC, en la actualidad participa en EUiA de Rubí (Barcelona) y en la memoria histórica democrática.

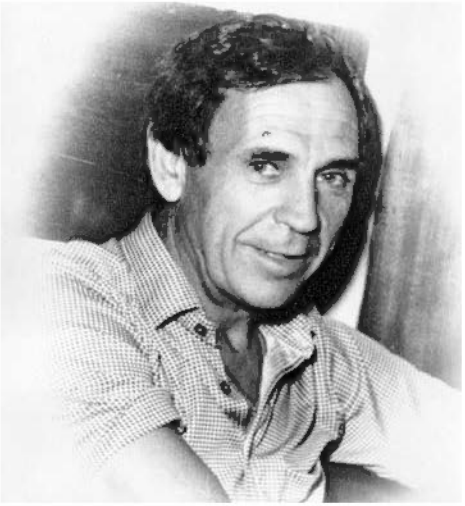
mi padre como mi madre, en la Mota del Cuervo, que era el pueblo de ellos. Yo nací en San Clemente, donde estaba mi padre de Puesto. Y ellos nacieron en la Mota del Cuervo, que a veces se me olvida y yo digo que soy de Mota, pero no soy de Mota, soy de San Clemente. Después se lo llevaron a Belmonte. En la Mota, mi padre, gracias a Francisca Redondo, y tengo que decirlo -ahora Francisca está postrada y por eso no se le puede hacer ninguna entrevista y eso me llega a emocionar-, mi padre logró sobrevivir. Porque ella lo sacó de la Mota, lo estaban matando a palos, cada día le daban una paliza y querían matarlo sin tenerlo que juzgar ni nada. Y Francisca lo sacó de allí.

Bueno, después hubo un largo peregrinar de cárcel en cárcel, a San Clemente, a Belmonte y, al final, a Uclés. En Uclés fue donde murió mi madre. Yo tenía 16 meses. Allí estaba mi padre también y otro hermano de mi padre que murió unos días antes que mi madre.

Mi padre me cedió a su hermana, porque era la única hermana, y su hermana, la tía Francisca, fue la que me llevó con ella, y a partir de entonces empieza un peregrinar de cárceles con mi tía y pasamos las de Caín, pasamos muchísimo de cárcel en cárcel, con frío, con calor, hubo momentos muy críticos para mí, en una ocasión estuve a punto de morir de frío en Ocaña, en otra ocasión de calor, o sea, una tragedia. Ella tenía 7 hermanos, menos el que había muerto y otro que murió en el frente, los demás estaban todos en la cárcel y ella a todos les llevaba de comer, a todos, y a mí me llevaba con ella.

Todos ellos estaban en la cárcel porque eran republicanos, tuve suerte en la familia, y todos se fueron voluntarios a defender la República, hasta el pequeño que no tenía ni la edad ni nada, que fue al que fusilaron en Ocaña, Faustino.

En mi casa, el luchar siempre ha sido una necesidad. Tenéis que pensar que



Juan Martínez, marido de Paquita Cruz

nosotras, mis hermanas y yo, no tuvimos ni acceso a la escuela siquiera, o sea que era pura vocación nuestra lucha, pura necesidad. Además yo no estaba en la lucha sólo por mí, yo estaba pensando siempre en mi madre, que nos la habían arrebatado tan temprano, y que mi padre estuvo 10 años en la cárcel también.

O sea que, después, cuando yo salgo de la cárcel porque mi madre muere, está una hermana con unos abuelos, otra hermana con otros y yo con esta tía. Así que ni siquiera pudimos estar juntas hasta los 10 años, cuando salió mi padre de la cárcel. Que al final los cumplió en el Valle de los Caídos, en aquel tremendo desastre de trabajos y de sufrimientos que estaba pasando, donde hoy tienen Franco y José Antonio su digna tumba, mientras los demás están todavía en las cunetas y en las fosas comunes, etc.

Paquita Cruz

De Francisca Redondo, que ella estaba ya aquí, en Catalunya, y de vez en cuando iba a su tierra porque ella era de otro pueblo colindante al nuestro, Las Pedroñeras, recuerdo que ella iba a recoger dinero allí para sus presos. Porque ella sabía que allí tenía a su gente, a sus camaradas, y sabía que nosotros la íbamos a ayudar. Yo era muy pequeña todavía cuando oí que le decía mi hermana mayor, que siempre fue adulta, ella no fue nunca niña, le decía "¿Pero es posible que haya gente en la cárcel todavía? ¿Y estáis organizados?" Y Francisca le contestaba: "Claro, cómo si no van a salir de la cárcel". Yo veía que todos ayudaban, o sea que ya empezábamos a colaborar, pero desde la distancia y sin estar militando. […]

En catalunya

Nosotros, cuando vinimos aquí, fue porque yo tenía que salir de casa e ir a servir. Y me vine aquí porque mi hermana, la mediana, ya estaba aquí. Yo tuve que salir a servir muy pronto, por eso digo que yo no tuve acceso a la escuela ni nada […]

Después de que mi padre saliera de la cárcel estuvimos un poquito mejor, porque estábamos con él y aquello para nosotros era importantísimo. Con el hambre que teníamos de padre… Pero, después seguía la tragedia porque no teníamos para comer, no había trabajo y no comías, o más bien poco. Recuerdo que sacaron hasta las collejas en el pueblo, en el campo.

Bueno, el asunto es que cuando empezábamos a tener un poquito más de edad y empezábamos a valernos, y empezábamos a saber cómo se friega y cómo se lava, pues teníamos que salir a servir, ya no podíamos quedarnos en casa. Porque el campo dura un poco, es la temporada del campo, pero luego es todo el invierno que hay que comer y que no hay nada para llenar el estómago. Un día mi padre me planteó que yo me fuera a Barcelona porque ya había una hermana mía aquí, la del medio. Bueno, me vine para acá. No tenía ni 14 años o 14 años recién cumplidos, no sé ni si los había cumplido ya, y recuerdo que mi hermana me colocó en una casa en la que pasaba más hambre todavía que en casa, que ya es decir… y le dije: "Me sacas de aquí que yo aquí me muero, y si no me vuelvo al pueblo con mi Faustina". Y me puso en otro sitio en Badalona y ya estuve mejor.

Y a todo esto, pasó el tiempo, bastante… yo siempre con mis ganas de leer, de estudiar, con mis ganas de cantar. No me dejaban cantar porque decían que no era ético, no me dejaban coger un libro, según en qué casas, porque decían que yo no tenía derecho, que yo tenía bastante con lavar y planchar bien y limpiar la casa, que ya tenía suficiente; que aprendiera bien que eso también era bueno y que los libros los dejara al margen. Y esas cosas fueron las que me fueron marcando, yo ya estaba bastante marcada pero aquello fue lo que me fue acrecentando más la rebeldía que yo sentía por dentro. Ya no como mujer, sino también como persona, ¿por qué no tengo yo derecho a coger un libro?

La militancia

A partir de aquí va viniendo toda la familia y ya vamos conociendo a personas del Partido, además de Francisca. Nos vamos a Terrassa y en Terrassa es donde empieza mi militancia, allí en San Lorenzo. Recuerdo que me ofrecieron el carné, también hubo un proceso. En San Lorenzo había una lucha, porqué no teníamos alcantarillas, ni luces, ni guardería para los niños, yo ya tenía a mi segundo hijo. (Hemos hecho un salto en el tiempo bastante grande). Y, entonces, nos juntamos un grupo de chicas y fuimos

al Ayuntamiento a pedir una Guardería. Recuerdo que el alcalde era de los de Franco todavía y puso el grito en el cielo, que quién éramos nosotras para ir a pedir una guardería, que ya sabían ellos cuándo se ponía una guardería y cuándo no. Y aquello es lo que más me marcó y me curtió como persona, me hizo más valiente, me hizo más fuerte para seguir en la lucha.

Empecé la militancia organizada aprendiendo. Estaba yo ya en el Partido y no lo sabía. La verdad es ésta. Eran los años 60 y aquellas chicas con las que estaba reivindicando la guardería eran de la Asociación de vecinos. A partir de aquí, una de las compañeras me pregunta… Porque yo les explico, yo nunca me he callado lo mío. Yo explico en todos los sitios que mi madre murió en la cárcel, que mi padre fue Comisario, que a mis tíos también los fusilaron… todo eso siempre lo he explicado. He tenido suerte de que no me escuchó nadie del Régimen porque, si no, me hubiese ido yo también derecha, pero tuve suerte. Y, con todo eso, las camaradas estaban allí observando, y me dijeron "¿A ti te gustaría ingresar en el Partido?" .

Francisca nunca nos invitó a militar, a pesar de que estábamos colaborando con los Presos Políticos aquí en Terrassa también; pero Francisca, como habíamos pasado tanto, nunca se atrevió a pedirnos la militancia. Pedía nuestra colaboración, ya nosotros teníamos un poquito de poder adquisitivo porque estábamos trabajando, no sobraba nada, pero como todos trabajábamos pues teníamos y más ayudábamos todavía. Hubo un momento en que, cuando me puse a militar, una viene y me dice: "¿Cómo? ¿Qué estás militando en el PSUC y no me lo has dicho?". No, porque yo tampoco sabía nada… Entonces eran las Asociaciones cada

Paquita Cruz el local del PSUC de Sant Just Desvern (Barcelona)

una muy independientes, seguro que había un núcleo que se reunía pero estábamos en San Lorenzo y para mí era como si el Partido estuviera en San Lorenzo.

Fui viendo, fue muy curioso, a todas las chicas que habíamos estado hablando de la guardería y en la Asociación de Vecinos, a toda la gente que nos juntábamos para reivindicar, para hacer la sentada, porque nos íbamos a la carretera principal a sentarnos en el suelo, y era la misma gente, la del Partido, o sea que estaba con los mismos. Y así es como empecé y en mi casa no sabían que yo estaba militando ya. Claro, cuando Francisca se lo contó a mi padre, él se sorprendió porque no se lo había contado. Pero había la complicidad de decir "yo me comprometo pero no quiero comprometer a mi padre y no quiero decirle nada a mi hermana", por lo que habíamos pasado. Porque, la verdad, nosotros veníamos de sufrir muchísimo. Pero bueno, cuando entramos todos fue una alegría, de estar todos juntos otra vez militando.

Paquita Cruz y su padre, Alejandro Cruz López

Bueno, al principio, cuando estaba en el PSUC, no ocupé responsabilidades. Supongo que había muchísima gente que sabía y yo era una ignorante, una inculta, y me comprometí a hacer cosas y estaba siempre en todos los sitios, siempre que podía. Porque yo dentro de casa también tenía el problema de que tenía unas horas de militancia. Pero ya cuando se produjo la ruptura del PSUC y se creó el PCC, que es este nuestro Partido, entonces sí que me dieron cargos de responsabilidad. Recuerdo que Manuel Linares, de allí, de San Lorenzo, me dijo: "Ahora tu vas a ser la responsable política de nuestra Célula" y yo le dije: "¿Yo? Pero qué dices, si yo no sé" y me contestó: "Así aprenderás". Y sí que mis intervenciones eran atropelladas, las mismas que estoy haciendo ahora más o menos, pero bueno, fui creciendo políticamente.

Fui la Responsable Política de mi Célula, pero luego también llevaba la tarea de propaganda, de Agitación y Propaganda. Entonces yo tenía que ir a recoger el periódico del Partido, el AVANT, a Sabadell y repartirlo a todas las células de Terrassa, y luego ir a hacer el stand en la Rambla, allí en frente de la Plaza, poníamos nuestro stand y vendíamos. Y vendíamos cantidad de Avant, igual que antes Mundo Obrero también. Pero a mí me gusta mucho, cuando veo venir a alguien que no es de nuestras filas, por supuesto, decirle "Mira, el Mundo Obrero. Mira, el Avant", así, ofrecerles y, a veces, luego me dicen: "Pero chica, si ese era del PP", claro, pues si yo ya lo sabía, pero por eso iba, una manera de provocar. Cada vez que me acuerdo… es muy bonito.

Recuerdo muchos actos en los que participé. Muchos. Me parece que sería imposible de explicar aquí cuántos. Por ejemplo lo del tren, la acampada de Tortosa, y eso fue un logro del Movimiento Feminista porque se fletó un tren todo de mujeres para ir a Tortosa. Se iba a hacer una Academia Militar Femenina en Tortosa. Entonces a las mujeres feministas se nos revolvieron las tripas porque estaban las guerras por allí todavía… y decían que iban a hacer una Academia.

Paquita Cruz con Manola Rodríguez

Bueno, pues fuimos, pasamos nuestros miedos… porque al principio nos organizamos e íbamos todas muy bien, muy fuertes. Hasta la conductora del tren era mujer, o sea que se fletó un tren todo de mujeres, bueno, recuerdo que iban dos chicos que eran periodistas y se corrió la voz de que estaban en paro, porque la que más y la que menos preguntaba ¿y éstos a dónde van?, la verdad, éramos muy nuestras, y nos dijeron que estaban en paro y que los traíamos para que hiciesen un reportaje. Y a mitad de camino nos viene alguien y nos explica: "Mirad, que cuando lleguéis a Tortosa están las fachas preparadas, así que cuidado". Y fue una cosa tan cívica y tan bonita. Llegamos a la estación y se pusieron todas

las jóvenes enganchadas por los brazos, toda una hilera, y dejaron un pasillo entre el tren y las camaradas jóvenes, y entonces las personas mayores (yo por esa época ya era mayorcita y me dijeron que pasara por el medio) y las madres que llevaban a sus niños fueron saliendo todas por allí, todas con la cabeza muy alta. Y las fachas estaban allí con su verborrea, insultándonos y diciéndonos no-se-qué y nosotras con nuestros eslóganes feministas y poco a poco se fueron acallando las voces. […]

Y bueno, después hicimos una acampada muy bonita. Las jóvenes hicieron charlas, había gente muy preparada, y una fiesta por la noche allí en la acampada. Luego vino gente de otros sitios d*El País* en autocares. A la mañana siguiente teníamos un recorrido desde el parque donde estábamos alojadas, allí en la acampada, hasta el Ayuntamiento. Y se decía que entonces saldrían las fachas con sus cacerolas en las ventanas. No acudió ni una, no se vio ni una, todas las ventanas estaban cerradas. Y para nosotras era un punto a nuestro favor y luego al ver que no se hizo, un logro…

Eso por un lado, porque a ver, no os podría decir en todas las cosas en que participé, porque fueron los encuentros de la Universidad, Montjuïc fue el último, en Mundet el primero y ahora este año se ha celebrado en otro… voy recordando así… encierros en la Universidad por el aborto… manifestaciones muchas, muchas… tener que correr delante de los grises, ése era el pan de cada día. Y bueno, muchas satisfacciones, la verdad, y muchos sufrimientos también. Yo, suerte que en casa tenía a mi padre de mi lado, mis hijos fueron creciendo también, el mayor estuvo en la Juventud Comunista.

Es cierto que yo lo del feminismo no sabía cómo cogerlo, pienso que es el nombre que se le da a la mujer luchadora, entonces pues todas somos feministas, todas. Porque toda mujer que esté reivindicando, aunque no esté organizada, pero que esté reivindicando algo desde dentro de casa, hay que estar siempre alerta también dentro de la casa… yo pienso que todo esto es feminismo. Pero estando en la lucha me da igual ser feminista que otra cosa, yo soy comunista. Lo primero para mí era ser como mis padres, ser una comunista como yo lo siento aquí dentro.

De todas formas te sientes, muchas veces, discriminada como mujer. Es que además para mí era inevitable, porque a los hombres, para cambiar el chip, también les costó tiempo. En mi casa ya lo fui superando, me impuse y dije,

bueno, tú haces tu vida y yo hago la mía y yo estoy donde estoy y mientras no te falte a ti al respeto ni a nadie, yo quiero hacer mi militancia, y un poco se fue entendiendo.

Pero, claro, como era Responsable de Agitación y Propaganda y era de la Coordinadora en el barrio, pues tenía que acudir al Comité local y las reuniones del Comité local en aquellos tiempos no era llegar y estar una hora o dos horas, no, no, era salir del Comité local a las 3 de la mañana. Entonces algún compañero o compañera te podía llevar, pero claro, entonces los que conducían era normalmente compañeros. Y claro, te llevaban y yo miraba por las ventanas porque alguien seguramente estaba mirando por allí seguro, pero yo hacía como que eso no me podía molestar. Pero era un sufrimiento, estaba en un barrio con gente muy de pueblo y con mujeres muy atrasadas, de verdad, y tenían un criterio muy distinto al nuestro. Costó mucho ponerse al día con estas cuestiones.

Desde siempre he sido un poco acomplejada. Pensar si lo que yo hago estará bien, o lo harán ellos mejor. Y después, a la hora de elaborar las listas, si cogían a una mujer para una lista de algo, pues seguro ibas detrás, porque siempre

Paquita Cruz y Manola Rodríguez

había alguien más listo que tú que tenía que ponerse delante. Yo nunca luché por esto, ya te digo que tampoco tenía ninguna ilusión y a mí lo que me gusta es la calle, el tajo.

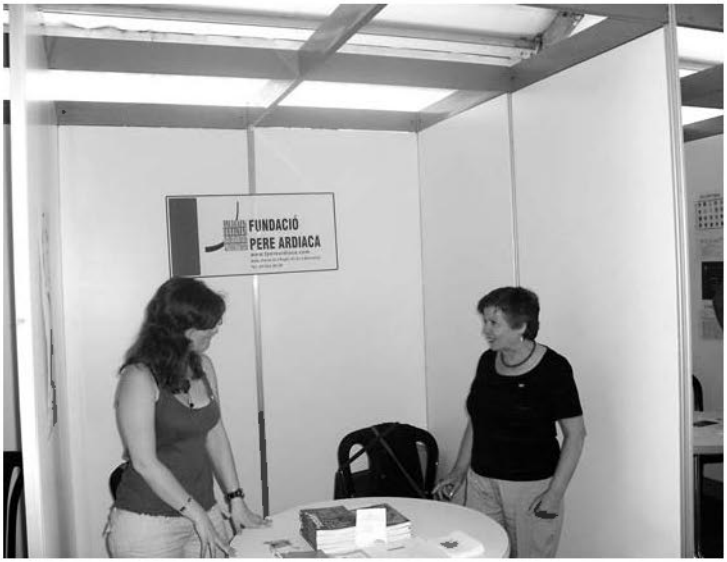
Un recuerdo que tengo muy bonito y os lo voy a explicar es en la base. Yo había empezado con las mujeres de la limpieza a reivindicar sus derechos cuando ellas hacían una huelga. Las mujeres de la limpieza, las más sencillas de todas, eran muy valientes. A ellas las tenían, como a todos, en un salario de miseria, y muy supeditadas, y encima las maltrataban psicológicamente, y claro, hacían sus reivindicaciones como todos los rangos. Me puse de voluntaria para ir con ellas porque yo tenía un coche-

cito, iba con ellas, hacíamos piquetes, íbamos a parar las otras fábricas que no habían parado. Y a mí, como me veían que era tan lanzada y tan así, pues no me soltaban. Enseguida que tenían que hacer otra huelga, a llamar a la Paqui. Hasta incluso, cuando ya me fui a vivir con Juan a Rubí, las mujeres me siguieron llamando desde el Sindicato, y me decían "Paqui, que las mujeres de la limpieza están aquí, que están en huelga y están preguntando por ti para ver si vas". Y bueno, yo iba derecha, porque me gustaba, porque ésas eran las cosas que a mí más me gustaban, estar en la calle con gente sencilla, aunque no hablase muy bien.

En la actualidad sigo en la brecha, estamos preparando cosas, estamos con lo de la Memoria Histórica dentro del Partido. Y luego lo que nos hace ilusión también es que se está haciendo ya la Plataforma Contra la Violencia de Género en Rubí y preparamos para el 8 de marzo unas acciones muy contundentes y muy bonitas. [...]

Veo diferencias entre la militancia de antes y la de ahora, porque vosotros podéis salir y entrar a casa cuando queráis, porque ya tenéis esta confianza con los padres para decir que estáis militando y los padres, yo pienso, lo entienden. En Rubí, por ejemplo, hay un grupo de jóvenes majísimos y ellos están allí en el Ateneo, y si tenemos una reunión que dura hasta las 12 o la 1, ellos están allí también. Esto, los jóvenes de antes, y sobre todo las chicas, ni pensar que podían volver a casa a esas horas. Y yo veo bien que los jóvenes tengan esta confianza con sus padres.

Hay que luchar siempre, no parar. Siempre en la brecha.



Paqui Cruz en el stand de Fundació Pere Ardiaca , junio de 2005, Barcelona